



El

Diablo

Melody Calixto

El Diablo

Melody Calixto

Copyright © 2020 Melody Calixto.
Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A todos los amantes de las letras y que están luchando por abrirse un hueco en este mundillo de la escritura.

Puedes seguirme en:



@melody.calixto.792



@CalixtoMelody



@melody.calixto



<https://melody-calixto.blogspot.com>

Los primeros rayos del sol entraron por mi ventana obligándome a abrir los ojos de mala manera, odiaba madrugar así que maldije el modo en el que había despertado. Me esperaba un día lleno de asuntos que arreglar, ante todo era un profesional y no debía abandonar mis negocios; en breve llegaría una mercancía de cocaína desde el norte de África y como no podía ser de otra manera, tenía que conocer todo detalle de la operación; de ello dependía que unos miles de euros llegaran a mi poder y fuera un poquito más millonario.

Aun sin levantarme de la cama tomé mi teléfono, marqué el número de Fabio, mi mano derecha y también mejor amigo por el momento, ya que en estos negocios quien menos lo esperas te puede traicionar, aunque él conocía las consecuencias de ello... la traición se paga con la vida en estos mundos y yo no pensaba flaquear en ese sentido, debía mantener mi reputación.

Tras unos largos y desesperantes tonos, una voz familiar atendió al otro lado del teléfono, con voz contundente y segura contestó:

—Ya estoy en la costa, no te pongas dramático. —Dijo en tono tranquilizador.

—No esperaba menos de ti. —Respondí aliviado—. No olvides pagarle su parte a Matteo Bertotti.

Matteo Bertotti, un inspector de policía que amablemente trabajaba para nosotros, le pagaba una cantidad de dinero bastante tentadora y él a cambio se volvía ciego, sordo y mudo, de esta forma me beneficiaba de ciertos privilegios con la ley, así eran las reglas del juego, todos tenemos un precio.

Colgué a Fabio después de aclarar el panorama y tranquilizarme con la buena noticia; eché un vistazo a mis mensajes, mujeres, negocios y más negocios. Borré algunas chicas que me dejaron de interesar y bloqueé a algunas otras, total para lo que las quería cualquiera que me gustara físicamente me servía, he de reconocer que tenía mucho éxito con las mujeres, supongo que mi aspecto y mi condición económica las conquistaba sin mucho esfuerzo.

Ya en pie, me contemplé en el espejo enterizo de mi habitación, encantado de haberme conocido y como si de una gran obra de arte se tratara, me contemplé con admiración cada parte de mi cuerpo.

—¡Joder! Cada vez estoy más bueno... no puedo con tanta perfección. —Me halagué.

Para ser sinceros no estaba nada mal, contaba con treinta años recién cumplidos, cuerpo escultural, rubio y con ojos azules, creía ser el creador de todo y merecedor de una vida cargada de cosas maravillosas, como si eso fuera lo realmente importante en la vida.

Después de agasajarme una y otra vez, me dispuse a darme una larga y relajante ducha.

Mi móvil comenzó a sonar y aun sin haber terminado mi baño salí rápidamente completamente lleno de jabón; sequé mi rostro rápidamente y enredé una toalla a la cintura para atender cuanto antes a la llamada, en cuestión de segundos las cosas se podían torcer en ese terreno tan pantanoso como el del narcotráfico.

Un incómodo silencio al otro lado de la línea hizo que presagiara lo peor, la falta de información aumentó mi desesperación. Algo debió salir mal en cuanto Fabio volvía a repetir su llamada, no era lo habitual en él.

—¡Habla Fabio! —Ordené—. ¿Qué ha pasado?

Deduje que estaba preso del pánico, no sé si tenía miedo a mi reacción o a lo que le hubiese

ocurrido, la incertidumbre se estaba apoderando de mí y la paciencia no era una de mis grandes virtudes.

—¡Que hables Joder! —Grité impaciente.

—Los Cannavaro se han adelantado... nos han robado la mercancía. —Tartamudeó.

Colgué el teléfono sin más, necesitaba pensar, planear algún tipo de venganza por lo sucedido y hacerles entender a esa familia que con Elio Carletti no jugaba nadie, tampoco me convenía dar la imagen de débil, en Italia me conocían por ser despiadado y no quería que cambiaran de parecer. Me volví a meter en la ducha para terminar lo que había comenzado y centrarme en algún plan maligno que hiciera arrepentirse a esos inconscientes.

Transcurrió un día desde lo sucedido con mi mercancía, tiempo suficiente para que los Cannavaro confiaran en el triunfo de su hazaña. Ellos, nuestros eternos competidores por quedarse con el mejor trozo del pastel; en toda historia siempre existe un enemigo, en la mía eran todos y cada uno de los miembros de esa familia. Sin meditarlo demasiado me puse en contacto con algunos de los hombres que trabajaban para mí, quería lo que me pertenecía a como diera lugar o por lo menos que recibieran un buen escarmiento.

Ordené que me trajeran al más joven de la familia, un chico llamado Gabriel de unos dieciocho años, a mi parecer no tenía nada que ver con el negocio, pero la vida podía ser muy injusta, a veces pagaban justos por pecadores.

Les di instrucciones a mis hombres sobre lo que debían de hacer con él, el plan era llevarlo a mi lugar secreto donde los traidores, ladrones y demás escorias recibían su merecido.

Me vestí de forma informal con ropa deportiva, para el trabajo sucio no había que usar nunca ropa de calidad, las manchas de sangre son demasiado difíciles de quitar y pensé que ninguno de ellos merecía que me preparara para la ocasión.

A penas transcurrió una hora y mi equipo de trabajo (como me gusta llamarlos) me tenían a ese desgraciado en el lugar acordado, un descampado situado lejos de la ciudad, cuanto más lejos, menos testigos. Al estacionar mi coche fuera de la pequeña choza, pude oler el miedo de aquel inocente, por lo visto salía de la universidad donde estudiaba, mala suerte pertenecer a ese círculo vicioso, donde no existía la bondad, ni el perdón.

Entré con toda seguridad, haciendo entender a todos los presentes que allí estaba yo; cualquier persona con un mínimo de sentimiento hubiera sentido lastima por Gabriel, ese chico maniatado y con la cara tapada con un pasamontaña. Me acerqué a él y de un gesto le arranqué el trozo de tela que cubría su rostro, representaba la viva imagen del miedo.

—No te preocupes, te voy a dar una oportunidad. —Susurré en su oído.

Había que estar preparado para cualquier imprevisto, así que tomé el teléfono que utilizaba para estos casos, uno totalmente equipado para no poder ser descubierto, ni el número real ni tampoco la ubicación, imposible de rastrear por ningunas de las formas existentes. Tecleé el número del que supuse que sería el perrito faldero del cabecilla de la familia.

—Tremenda osadía la de ustedes ¿no? La mercancía la quiero en la costa en una hora ¿entendido?

—Ni lo sueñes, esta vez no te saldrás con la tuya. —Respondió con firmeza la sabandija asquerosa al otro lado.

—Bueno... tengo aquí al pequeño Cannavaro, te lo paso para que se saluden y puedan llegar a un entendimiento.

Le extendí el teléfono para que hablara, la imagen no podía ser más digna de un cuadro; el joven no articulaba palabra mientras que el aburrimiento se apoderaba de mí con tanto drama. Bostezaba, miraba mi reloj... todo para hacerle entender que mi tiempo era muy preciado y lo estaba perdiendo con alguien que para mí no tenía ni un ápice de importancia. Tras un tiempo prudencial en el que todo eran llantos, dudas y tragedia, decidí que era hora de que acabaran la charla.

—Una hora, ni un minuto más. —Advertí.

Colgué sin quitar la mirada de Gabriel por el que solo sentía un gran desprecio. Las imágenes de mi niñez visitaron mi mente, esa maldita familia siempre fue un lastre para nosotros, recordaba cuando solo tenía siete años de edad y el padre del sujeto que se encontraba a escasos centímetros de mí acabó con la vida de mis padres delante de mí sin una pizca de piedad.

Paseábamos por un precioso parque situado en Nápoles, cuando dos disparos me hicieron aprender lo que era la maldad de ese mundo al que siempre pertencí sin saberlo, el patriarca de esa familia ordenó matar a mis padres por un tema similar al que estaba viviendo en aquellos instantes. Desde entonces, Marco mi único tío se encargó de mí, hasta que cumplí los dieciocho años, en mi propia fiesta de cumpleaños lo mataron de forma similar a la de mis padres. En mi interior solo quedaba odio, resentimiento y ganas de venganza, así que seguí con el negocio familiar, necesitaba vengarles de alguna manera y para ser francos me parecía un “trabajo” bastante “fácil”.

Cerré los puños de rabia al recordar cada episodio de mi vida, yo al menos le estaba dando la oportunidad para que rectificaran, aunque en mi cabeza cabía la posibilidad de que el chico acabara como el rosario de la aurora.

Mi paciencia se estaba acabando y las agujas del reloj a penas se movían, los minutos parecían hora, desesperado no paraba de contemplar la grotesca imagen de ese chico asustado, me recordaba a mí con su misma edad.

Por fin la espera acabó, llamé por teléfono a Fabio para comprobar que todo estuviese en orden y la mercancía en el lugar indicado. Salí del escondite en el que me encontraba para que nadie escuchara la conversación de ambos.

—¿Ha llegado la mercancía? —Pregunté contundente.

—En perfecto estado. —Alegó Fabio.

Sonreí aliviado, la suerte estaba de nuevo de mi parte y las amenazas hicieron efecto, entré de nuevo al tenebroso lugar, mis muchachos tenían que conocer la buena noticia, además de darles nuevas órdenes.

—Todo ha salido como lo habíamos planeado. —Festejé.

—¿Qué hacemos con este? —Dudaron.

—Denle mejor vida... Quiero que se lleven una lección que jamás olviden. —Ordené sin titubear.

Salí de aquel lugar con una sonrisa triunfal, de fondo el sonido de los disparos que hicieron que el orgullo invadiera todo mi ser, por algo me llamaban “El Diablo” y pensaba seguir manteniendo ese apodo de por vida.

Llegué a casa con una sensación de satisfacción en mi interior, encendí un puro habano de esos que tanto me encantan y serví una copa de wiski, alcé la copa frente a la imagen de mis padres colgada en mi despacho.

—¡Salud! Por muchos triunfos más. —Brindé.

Sabía que desde donde estuvieran ellos (probablemente con mi tocayo de allá abajo) estarían completamente orgullosos de lo que se convirtió el pequeño Elio. Después de ese ritual, pensé durante unos instantes cual podría ser mi nueva residencia, cada cierto tiempo debía cambiar de lugar para no ser encontrado, aunque mi mansión estaba completamente alejada de la civilización y con mucha seguridad, me podrían encontrar de un momento a otro.

Organicé una fiesta esa noche, quería celebrar mi triunfo y que todo el mundo contemplara mi poder, quería sembrar el miedo, pero también ayudar a otros para que no conocieran mi verdadera personalidad, de esa forma contaría con la ayuda de muchos en caso de tener que abandonar el país o el negocio y buscar un plan b. Mi modelo a seguir era el gran Pablo Escobar, odiado por

muchos, pero amado por otros, yo mismo le tenía un altar al “patrón”; quería contar con favores del más allá a ser posible de un grande como él.

Mis empleados prepararon una fiesta por todo lo alto, donde acudieron personas de toda la ciudad. Solamente gente con poder de todos los gremios, desde empresarios hasta deportistas de élite y como no podía ser menos, mujeres, muchas mujeres...

—¡Elio!;Despierta! —Gritó Fabio.

Desperté sobresaltado quedando sentado en la cama, la cabeza me daba vueltas y no recordaba nada de lo que había sucedido en la noche anterior. Mire a cada lado de la cama, dos mujeres me acompañaban, una rubia, otra morena, me encantaba mi vida, me encantaba ser yo.

—Después de todo no estuvo tan mal la noche por lo que se ve. —Comenté sonriente. —Elio, esto es serio, llevo llamándote toda la mañana, ya es mediodía.

Mi amigo abrió rápidamente las cortinas de la ventana. La claridad me deslumbró, así que llevé las manos a la cara.

—¡Mierda Fabio! ¿Por qué hiciste eso? ¿Acaso quieres que te mate o qué? —Grité.

—Tenemos que hablar... es serio...

Me levanté dejando atrás mi agradable compañía que seguían durmiendo tal cual vinieron al mundo. Atiné a tomar los pantalones que se encontraban en el suelo y nos dirigimos a mi despacho.

Aun medio aturdido me apoyé en la mesa, me parecía una situación surrealista, yo con unos pantalones vaqueros sin blusa, descalzo e intentando recuperar la memoria de la noche anterior.

—¿Para qué tanta prisa? ¡Habla! —Interrumpí.

—Han descubierto a Matteo Berttoti... lo han despedido del caso y lo van a juzgar por trabajar con nosotros.

—¿Qué? —Grité como un energúmeno—. ¿Por qué no me llamaste antes?

—Llevo toda la mañana llamando Elio, tanto a la casa como a tu teléfono personal...

Caminé por todo el espacio intentando buscar una solución a lo ocurrido, pero de repente se me vino a la cabeza que podría traicionarme contando todo.

—Nos delatará, ya verás cómo nos delatará... —Musité.

—Tranquilo... por su bien no hablará... ya le he advertido de las consecuencias si lo hace.

—Buen trabajo Fabio, por eso eres mi mano derecha.

Esta vez me senté en mi asiento, tendría que empezar de cero con el nuevo inspector asignado, debía conocerlo, trabajar mano a mano con él.

—Habrà que empezar de cero con el nuevo inspector que asignen... —Expuse mientras pasaba la mano por mi pelo.

—Es una mujer... la acaban de ascender...

La situación se complicaba, nunca había tratado con inspectoras, en general con las mujeres, no tenía idea de cómo interactuar con ellas, una cosa era en el terreno sexual y otra distinta hablar de tú a tú.

—Quiero saberlo todo de ella, dónde vive, todo sobre su familia, amigos, hasta el color de su ropa interior. ¡Todo! Al amigo hay que tenerlo cerca, pero al enemigo aún más.

—¿Algo más? —Preguntó Fabio.

—¡Vete, estás tardando! ¡Para ayer es tarde! —Ordené.

Fabio salió a toda prisa de mi casa, parecía mentira que me estuviera sucediendo eso a mí, lo sucedido con los Cannavaro, luego esto, ¿qué más me faltaba? Volví a mi habitación, pero esta vez no tenía humor de nada.

—¡Chicas! Recojan sus cosas y márchense.

Las dos se miraron confundidas, supongo que sería por mi cambio de actitud, lo cierto es que me importaba bien poco.

—¿Me llamas? —Cuestionó una de ellas.

—La verdad es que no lo creo... les doy dos minutos para que abandonen mi casa.

Sin más preámbulos abandoné mi habitáculo, tenía demasiadas cosas que atender y ellas no eran mi prioridad, sinceramente no conocía ni sus nombres.

Sentí cerrar la puerta de la salida, volvía a estar solo, lo necesitaba, tenía que pensar una nueva estrategia. A cada rato miraba el teléfono a la espera de alguna noticia, la impaciencia se estaba apoderando de mí.

Después de varias horas, Fabio me llamó, lo notaba nervioso y como estos temas no se deben de tratar de esa forma, le ordené que viniera a mi casa para que me pusiera al día.

Fabio tardó lo mismo que un suspiro, a los minutos ya lo tenía en la puerta de mi casa. La señora del servicio le atendió al timbre, en mi mundo algo tan simple como abrir la puerta de la entrada supone que el enemigo pueda acabar contigo.

—El señor le espera en su oficina. —Atiné a escuchar.

Le conocía perfectamente, su impaciencia me hacía presagiar que las noticias no eran las que esperaba.

—Siéntate y desembucha. —Dije mientras me acomodaba en mi asiento.

—La nueva inspectora tiene veintiocho años, su nombre es Ella Jarez, es de Roma y estudio derecho para poder llegar antes a su cargo...

¿En serio? ¿Tantas horas para solo decirme eso? Debía de haber algo más, una hermana, un padre, un novio... pero con esos datos no podría hacer mucho. ¿Con qué la podría amenazar?

—¿Me quieres decir que llevas horas investigando esa mierda de información? — Cuestioné demasiado enfadado.

—Vive sola aquí, no tiene familia, ni amigos cercanos, ni pareja estable... creo que esta vez lo tenemos muy complicado Elio. —Comentó pesimista.

Me levante enfadado de mi asiento, no estaba dispuesto a darme por vencido y mucho menos quedarme con esa información escasa por no decir nula.

—¡Quiero fotos! —Ordené.

—Eso es otra cosa... por eso he tardado, no tiene redes sociales, así que me he tomado la libertad de ir a la comisaría y sacarle algunas fotos.

Me extendió el teléfono, el teléfono apenas pude ver nada, a lo lejos lo que se suponía que era una chica vestida con uniforme policial. Clavé mis ojos en mi amigo, suerte tenía de llevar demasiados años a mi lado, porque en ese mismo instante hubiese acabado con él.

—Qué suerte tienes de la confianza que te tengo... acabaría contigo en ese instante. — Le advertí.

Pensé durante unos instantes en la solución, medité, medité y medité, esta situación era distinta, debía buscar otra manera de acercarme a ella.

—Menos mal que yo soy la cabeza pensante. —Esbocé—. Quiero que la obligues a vernos cara a cara, amenázala, sobórnala, haz lo que tengas que hacer, pero esta noche quiero verla delante de mí.

—¿Uso violencia?

Me acerqué a él a punto de perder la paciencia.

—Queremos que esté de nuestro lado, ¿Entiendes? No que vaya a delatarnos de la noche a la mañana, esta noche en el restaurante de los negocios, lo que tengas que hacer es cosa tuya. Sin violencia.

Sin tiempo que perder, mi extraño pero fiel amigo abandonó la oficina, en esta ocasión necesitaba usar la mente más que la fuerza, así que debía estar a la altura de las circunstancias.

Para comprobar lo que Fabio me advirtió, encendí mi ordenador personal, inventé un nombre y un apellido para crearme una cuenta falsa en Facebook, busqué de todas las maneras “Ella Jarez”, “Jarez Ella”, “Ella Ja Rez”, nada de nada, ningún resultado, como si solo existiera en aquella foto malograda. Tenía demasiada curiosidad, ¿Cómo alguien que no tenía nada que ocultar

no tenía redes sociales? Algo tenía que ocultar esa chica y yo estaba totalmente dispuesto a encontrar su punto débil.

La curiosidad hacia esa misteriosa mujer aumentaba con el paso de las horas; llegué a la conclusión que debía de tener demasiado carácter para tomar las riendas de ese puesto conociendo las consecuencias que podía tener metiéndose en este “mundillo” tan peligroso.

No podía esperar más, Fabio tenía que darme más información, me estaba desesperando. Le envié un mensaje de texto.

Elio_18:33

¿Alguna novedad? ¿Ha aceptado ir al restaurante?

Fabio_18:35

No he podido saber ningún dato más sobre su vida, pero mandé dos de nuestros chicos a informarle de lo de esta noche y según ellos ha aceptado. Dice que o es a partir de las 21:30 o no se presentará.

Tremenda osadía la suya, no sé con quien se creería que estaba hablando, dándome órdenes a mí, se suponía que debía temerme no retarme, iba a saber quién era yo. Ordené al personal del servicio a que eligiera mi ropa, tenía otros pendientes que atender no sin antes maldecir algunas veces más a esa descarada.

Tras una tarde de trabajo, me preparé con el atuendo elegido, algo elegante, la ocasión lo requería ya que el restaurante además de famoso era de todo lujo. Observé el resultado final en el espejo enterizo de mi vestidor, me veía bastante imponente, justo lo que buscaba, me perfumé con mi perfume favorito, un hombre bien perfumado es más peligroso que cualquier arma.

El chofer me esperaba en la entrada, he de decir que me encantaba conducir, pero para dirigirme a algunos lugares hacia uso de mi personal, ya que podía ser peligroso.

Al llegar, el *maître* me atendió con toda amabilidad, solía ser un cliente frecuente, además de por su comida, sus vistas eran espectaculares situado en una de las calles más importantes de Roma, ideal para cerrar negocios y tomarse alguna que otra copa de vino para celebrar.

Me invitó a sentarme en el mejor lugar, al lado de un ventanal precioso, había que causar buena impresión. Me aseguré de que el establecimiento estuviese cerrado para nosotros solos, nunca quería testigos cuando lo visitaba.

Miré la hora en mi reloj de marca, las nueve y veinticinco, aún faltaban cinco minutos para que se cumpliera la hora acordada y ni rastro de ella. Nada cambio minutos después y me estaba empezando a impacientar además de enfadar.

Las diez menos cuarto y la puerta se abrió con el camarero y una chica, olvidé el enfado por unos instantes, una chica espectacular caminaba hacia mi mesa. Su pelo era fuego, de lejos pude intuir que en sus ojos se reflejaba el mar, su cuerpo lleno de curvas o tal vez sería ese vestido rojo a juego con su cabello que marcaba su preciosa silueta. Toda ella era sensualidad, su contoneo, su expresión corporal... La foto que vi de ella poco favor que le hacía.

Me puse en pie y un terrible nerviosismo se apoderó de mí, su seguridad y determinación me tenían eclipsado, supongo que acostumbraría a tratar con personajes malignos como yo, la conclusión que saqué fue que, si de lejos me había dejado sin habla, de cerca mejoraba la perspectiva.

—Señor... la señorita pregunta por usted, supongo que será su acompañante.

—Gracias, se puede retirar hasta nuevo aviso. —Dictaminé.

Le extendí la mano a mi preciosa compañía, la cosa se ponía interesante por momentos y por fin hablaríamos de tú a tú. La pelirroja descarada se sentó sin devolverme el saludo.

—Vamos al grano señor Carletti, no tengo toda la noche.

Otro en su lugar ya estaría criando malvas por mucho menos, pero con ella quería ir más allá conocer sus intenciones. Me senté en mi lugar.

—Llegas tarde... odio la impuntualidad, esta no son formas de hablar de negocios. — Indiqué.

—Sí, he llegado tarde pero es que además de tratar con desechos de la sociedad también tengo una vida ¿Sabe? Y en cuanto a lo de negocios... eso lo dejaremos entre paréntesis ¿le parece? — Contestó de forma retadora.

Lo que me temía una mujer indomable, no podía ser menos para dedicarse a esta profesión rodeada de hombres, debía tener entre otras cosas determinación y seguridad.

—Bueno, como tú dices...

—Dirá como usted dice ¿no? No le he dado permiso para tutearme y yo le estoy tratando de igual forma, así que pido un trato igualitario. —Interrumpió.

Boquiabierto me encontraba, estaba a punto de perder la paciencia cuando recordé que si de desaparecía tendría encima a toda la policía del país además de la internacional. —Bueno... como usted prefiera señorita Ella. Hablemos de negocios. ¿Cuánto quiere por trabajar con nosotros? Supongo que su sueldo como inspectora tampoco la hará millonaria, pero bueno si trabajamos codo con codo podrá recibir alguna compensación.

Arqueó una ceja mientras clavaba sus ojos en los míos sin ningún tipo de temor. En esta vida no hay nada más peligroso que alguien que no tiene nada que perder, a esas personas nada les sorprende, nada les hace tener miedo.

6

Se tomó unos instantes para meditar mi propuesta o al menos eso creí, respiró hondo y sin más dilación habló con total firmeza.

—¿Sabe que tiene suerte de que no este de servicio? Si lo estuviera podría detenerle por intentar sobornarme y así no tendría que estar largas horas investigándole y trabajo resuelto.

¿Qué pretendía esa descarada? No tenía ni idea de cómo llevarla a mi terreno, que cediera ante mis sobornos.

—¿Por qué tanto odio hacia mí? No nos conocemos de nada. —Cuestioné.

—Digamos que es un tema personal, lo que usted hace me parece rastrero, poco moral y un atentado contra la salud pública, por gente como usted mi hermano falleció de una sobredosis y mis padres murieron por un fuego cruzado entre dos “bandas” de narcotraficantes, jamás supe quiénes fueron los culpables, pero no descarto que su familia. —Explicó con la mirada entristecida.

Con razón tanto odio hacia mí sin conocerme de nada, algo en mi interior se encendió, para llegar a esta chica debía usar otras armas, lejos del dinero y de los chantajes, a ella se le llegaba por su corazón.

—No me esperaba esa respuesta... simplemente pensé que eras una de esas... ya sabes, de las que odian a los hombres.

—Yo no odio a los hombres señor Carletti, solamente odio a las malas personas y señor déjeme confirmarle que usted es uno de ellos. —Respondió con total desprecio.

No me interesaba tenerla en contra, así que debía ponerme manos a la obra y aprender a cortejar a una dama, ya que normalmente no eran precisamente el tipo de mujeres con las que solía frecuentar.

—Bueno... esos temas podríamos tratarlos en otro momento, ahora deberíamos de ir pidiendo la cena. ¿No cree?

Rápidamente se levantó de su asiento como alma que llevaba el diablo, su expresión era de desconformidad.

—Señor usted está confundido, no sé por quién me toma, solamente he venido a advertirle de lo que está por venir y para avisarle de que voy a acabar con usted. Quien avisa no es traidor.

Sin dejarme turno de réplica, caminó hacia la salida con el mismo vaivén en sus caderas, con la misma seguridad y la misma determinación.

Era un juego que no estaba dispuesto a perder y menos a dejarme amedrentar por una chica que recién había llegado al cargo. Mi próximo objetivo era saber dónde vivía, los lugares que frecuentaba y cuáles eran sus intereses. La señorita Ella no se iba a librar de mí tan fácilmente.

Me levanté de inmediato de mi asiento, no iba a pasar vergüenza ante los empleados del restaurante, nunca debía mostrarme débil y menos por una mujer. Me dirigí hacia la puerta como si la fiesta fuera a seguir en otra parte, me dirigí al maître y le extendí un cheque.

—Parece que la señorita quiere seguir con la fiesta en casa. —Mentí.

Esperé a mi chofer mientras ojeaba mi alrededor, en busca de alguna pista de aquella pelirroja tan llena de misterio. Ni rastro, como si de un sueño se tratara subí a la parte trasera de mi automóvil y con la mente centrada en ella ordené volver a casa.

Durante unos días no tuve noticias sobre la que creía mi nueva “archienemiga”, hasta que al fin mi hombre de confianza me pudo proporcionar la dirección exacta de residencia de Ella. Debía crear un plan de seducción que para mí suponía un esfuerzo sobrehumano.

Busqué en internet cómo podía llegar a su corazón, quién me lo diría a mí, que tenía tanto conocimiento de amor como de física cuántica, es decir... ninguna.

Busqué en mi armario ropa informal, leí en un artículo en una de esas webs de consejos amorosos que muchas mujeres buscaban la sencillez, alguien detallista y atento. Manos a la obra y después acicalarme; puse rumbo a la morada de esa misteriosa mujer.

Esta vez conduje yo, mi objetivo era acercarme más que me rechazara; unas calles antes de llegar paré para comprar unas flores, medité unos instantes, ¿Qué se le regala a alguien que no se conoce demasiado? ¿le gustarían las flores?

Al no decidirme pedí consejo a la dependienta de la floristería que por cierto me trató muy amable. Me decanté por unas rosas rojas.

Caminé lo que me quedaba dejando atrás mi deportivo, no sin antes asegurarme de que no fuera una zona “conflictiva” ese día no quería ninguna muerte, mi meta era otra bien distinta.

Llegué al edificio, decidí llamar al timbre de algún vecino, ya que probablemente Ella no me atendiera. La voz de una señora me sacó de mis pensamientos.

—¿Diga? ¿Quién es?

—El... El cartero. —Mentí—. ¿Me puede abrir... por favor?

Con lo que me costaba pedir las cosas de buenas formas y allí estaba yo, pidiendo las cosas “por favor”. En cuestión de segundos la señora abrió la puerta.

Subí al segundo piso, el lugar donde vivía mi dolor de cabeza. Llamé a la puerta, estaba seguro de que allí se encontraba porque mis hombres la habían estado vigilando. No tardó en abrir, supongo que pensaría que era estúpido, apoyado a la pared con un ramo de flores que por cierto odiaba. La miré de arriba hacia abajo, moño de estar por casa, camiseta de tirantes, pantalón corto que marcaban sus caderas y descalza, sencilla pero sexy, mi mente voló en cuestión de segundos, por lo menos estaba de muy buen ver.

—¿Quién te ha dado mi dirección? —Cuestionó interrumpiendo mis pensamientos tórridos.

—Eso es lo de menos... ¿No crees? —Respondí.

—Te puedo denunciar por acoso ¿sabes? Yo no te he facilitado mi dirección ¿de dónde la has sacado?

—Tengo mis contactos. Te he traído un detalle...—Extendí el ramo.

—Odio las flores, me parece una crueldad arrancarlas para tenerlas unos días y luego tirarlas a la basura, pero ¿qué voy a esperar de alguien sin corazón como tú?

Una cosa es ponerlo difícil y otra bien distinta es hacérmelo imposible.

—¿Puedo pasar? —Propuse.

—No y si no te vas voy a llamar a mis compañeros para que te lleven al calabozo.

¿entendido?

Sin más cerró la puerta, no me dejó turno de réplica, mi paciencia estaba llegando a un límite.

Me enfrentaba a la prueba de fuego, ideé un plan para que la nueva “mercancía” llegara a las costas, esta vez la recibiría por dos lugares diferentes, sabía que la comisaria de hierro estaba tras de mí y yo no iba a dejar mi negocio por eso.

Indiqué que una cantidad ínfima llegara al lugar de siempre, ya que estaba seguro de que allí ya estaría esperando Ella y sus hombres, pero no contaba con que la verdadera ración la recibiría en otra parte muy diferente, a grandes males grandes soluciones.

Recibí un mensaje que me sorprendió bastante.

Ella_08:00

Ya estás viniendo a la costa, no tienes escapatoria.

Consciente de que todo salió como había planeado, no dejaba de estar sorprendido por cómo consiguió mi número telefónico.

Elio_08:05

Vaya, vaya, vaya, pero miren quién ha investigado mi número telefónico, ¿quién es la acosadora ahora?

Ella_08:06

Déjate de tantos rodeos y ven ¡Ya!

Me preparé y puse rumbo al lugar indicado, no tardé en llegar ya que se encontraba cerca de casa.

Allí estaba ella con su uniforme y unas gafas estilo aviadora, espectacular, quería arrancarle la ropa y hacerla mía apasionadamente, ese look de chica dura me enloquecía y apostaba cualquier cosa a que Ella conocía mis intenciones. Me acerqué como si conmigo no fuera el asunto.

—Buenos días, ¿para que soy bueno? —Saludé con descaro.

—¡Confiesa! ¿Dónde está el resto de la cocaína?

—¿De qué me hablas? Yo no me hago responsable de nada... —Mentí con una sonrisa de satisfacción.

—¿Crees que somos estúpidos? ¿Dónde está el resto? —Insistió.

—Señorita Jarez... veamos pues, me envía un mensaje a mi teléfono, el cual yo no le facilité el número, me presento aquí como buen ciudadano a colaborar con la ley y ¿me juzga como culpable? ¡Qué decepción! Yo que soy un hombre de bien...

De un gesto se quitó las gafas de sol, la estaba llevando al límite y eso me encantaba.

Clavó sus preciosos ojos en mí.

—¿Tengo cara de idiota? ¿Me cree tan estúpida para creerme sus palabras?

—¡Vaya! Vuelves a tratarme de usted, me gusta.

Ella cerró uno de sus puños en señal de desesperación, estoy seguro de que deseaba pegarme tan fuerte como sus fuerzas le permitieran.

—Bueno... pasaba por aquí simplemente porque me lo dijiste, pero vuelvo a insistir... no me hago responsable de esto, no soy el propietario de esta mercancía, aunque bien me gustaría... pregúntenle a la familia Cannavaro.

Me dispuse a abandonar el lugar, pero otra vez la señorita inalcanzable me detuvo.

—De aquí no te vas hasta que confieses.

—Pero por favor señorita, por quien me toma, yo no tengo nada que ver. ¿Tiene alguna orden

de arresto? —Cuestioné con total tranquilidad.

Sus mejillas se encendieron, estaba al borde de la desesperación y yo me lo estaba pasando en grande, Ella no pudo articular palabra, simplemente negó con la cabeza y yo me despedí de todos, no tenían pruebas en mi contra y no había nada más que hacer en aquel lugar, simplemente fui para verla, toda ella era un espectáculo que me encantaba contemplar.

De camino a casa ideé un plan, quería tenerla cerca y me daba igual lo que tuviera que hacer para conseguirlo, pero Ella... sería mía, solamente mía.

Sumergido en mis pensamientos en mi despacho, comencé a escuchar bastante escándalo en el recibidor. Salí extrañado, no tenía nada pensado para ese día, en cuestión de segundos caí en la cuenta de que siempre que nuestras hazañas salían a la perfección celebrábamos en mi casa. Me dirigí hacia Fabio que se encontraba demasiado ocupado con algunas chicas como para percatarse de mi presencia.

—¿Me explicas que significa esto? —Pregunté con cara de pocos amigos.

—Como todo ha salido...

—¿Te dije que hicieras algo? —Interrumpí.

—No, pero... supuse que...

—Pues no hiciste bien. —Indiqué en tono amenazador.

Dos chicas se acercaron, estoy seguro que mi no acertado amigo las avisaría de que cuando estuviera allí presente se presentaran, eran despampanantes, ambas tenían un físico que podría enloquecer a cualquier hombre... menos a mí. ¿Qué me estaba ocurriendo? No quería estar con ellas, mi objetivo o mejor dicho mi pensamiento estaba en otra persona, completamente ajena a la fiesta.

—Quiero a toda esta gente fuera de aquí. —Ordené sin turno de réplica.

Regresé al lugar donde me encontraba antes de que estallara el desastroso proyecto de fiesta. Minutos después de dar la orden de desalojar mi morada, Fabio llamó a la puerta y yo le indiqué que podía entrar.

—¿Qué te ocurre? —Cuestionó con cara de preocupación.

—Nada, solo que no se me apetece una fiesta hoy.

Mi compañero de malignidades no daba crédito a lo que acababa de escuchar, pero para ser sinceros ni yo mismo me reconocía ante tales palabras.

—¿Tendrá algo que ver con esa inspectora pelirroja?

Me levanté furioso ante su desparpajo al nombrarla, Ella era diferente, nada se asemejaba a las mujeres con las que nos codeábamos, una mujer diferente, difícil... sobre todo eso, difícil.

—No sé qué hacer con ella, nos está pisando los talones. —Explicué mientras me tranquilizaba.

Tras un silencio ensordecedor y desesperante, Fabio dijo algo que me ayudó a idear un plan.

—No podemos hacer nada Elio, no es como uno de los Cannavaros, que los secuestramos y...

—¡Genial! —Grité—. Eres un genio, ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Quiero secuestrarla.

Fabio me miraba cada vez más preocupado, supuse que creería que perdí la cordura, pero lejos de eso se me ocurrió una genial idea. Debía conocer sus turnos laborales y cuantos días tenía libre para que desapareciera sin levantar demasiadas sospechas, por otra parte debía buscar una mansión alejada de todo para que no supiese donde vivía exactamente.

—Tienes trabajo, quiero saber que turnos tiene en el trabajo y cuando son sus días libres.

—Me estas asustando Elio...

—Quiero que cuando sepas los días que tiene libre, consigas una mansión alejada, me da igual que sea en medio de un bosque, en una montaña... que no haya nadie alrededor. ¿Entendido?

Él solo asentía, estupefacto, mientras que yo veía una oportunidad en mi plan, tenía unos días

para llevarla a mi terreno, que perdiera la cabeza por mí y conseguir tenerla de mi parte. Su mirada no se apartaba de mi mente, desde que la vi por primera vez supe que nada sería fácil y en esos momentos solo era cuestión de tener en mi poder algunas informaciones para poder actuar e ir un paso más delante de Ella.

Conociendo la torpeza de mi mano derecha, me aseguré yo mismo de que todo lo que pedí se cumpliera al pie de la letra. Antes de que llevaran a cabo el plan de “secuestro” me dirigí hacia el lugar que Fabio consiguió. Debo decir que por primera vez mi torpe amigo me sorprendió para bien. Un lugar lujoso alejado de la ciudad, situado cerca de una montaña con difícil acceso, supuse que los dueños la utilizarían para “escapar” de la ruidosa ciudad.

—Me has impresionado Fabio, normalmente todo lo haces al revés, pero en esta ocasión he de felicitarte.

No supo que contestar a mis halagos, supongo que acostumbraba a recibir por mi parte solo rechazo y amenazas.

—Me he tomado la libertad de comprarle ropa, complementos y zapatos a la señorita

Ella... pensé que no podía estar tres días con la misma ropa. —Indicó Fabio algo tembloroso.

Aplaudí como si de una gran actuación se tratara, si con la casa me había maravillado ya con su iniciativa me había terminado de ganar, jamás se me hubiera ocurrido.

—¡Estupefacto me hayo ante tal majestuosidad! —Le alabé—. A mí no se me hubiera ocurrido jamás, recuérdame que te aumente el sueldo.

No podía aguantar las ganas de tenerla junto a mí, conocerla un poco más, saber sus puntos débiles y fuertes, inquietudes, sueños y demás secretos más oscuros, porque sí todos tenemos en nuestro interior sombras y luces.

Me marché a casa con un buen sabor de boca, en cuestión de horas llevaría a cabo mi magnifico a la par que maligno plan y no podía esperar más.

Ya en casa, me senté en el sofá de mi enorme y solitario salón. Encendí el televisor en cualquier canal. Llevar una vida de lujo era muy placentero, pero la soledad se convertía en el único y fiel compañero. Tomé mi teléfono y abrí mi whatsapp, contemplé una y otra vez la foto de perfil de mi preciosa enemiga.

—¿Por qué eres tan difícil? —Cuestioné en un susurro—. Pronto te tendré para mí, solo para mí.

Tuve la tentación de enviarle un mensaje a Ella, una locura teniendo en cuenta de que si algo saliera mal sospecharían de mí en primer lugar.

Esa noche no quise ni comer, la soledad, el cansancio y la incertidumbre de lo que sucedería se apoderaron de mí. Así que con esa angustia y el estómago vacío me fui a la cama pensando en que cuando amaneciera sería el gran día.

Odiaba madrugar, ser un hombre de negocios tan serios y complicados como los míos también requería de ciertos privilegios y uno de ellos era no despertar antes del mediodía; tal vez por ello decidí seguir con el negocio familiar y no dedicarme a otra profesión mal pagada y aburrida, mi cuerpo necesitaba adrenalina y con cada éxito lo alimentaba.

Me levanté de la cama dispuesto a comenzar el nuevo día, a diferencia de que esta vez mi propósito tenía nombres y apellidos, tan bellos como quien los poseía. Me di una ducha rápida de agua fría, de esas que te despiertan de forma inmediata, me vestí de forma informal, tomé mis maletas previamente preparadas por el personal del servicio, que como siempre habían sido muy eficientes.

En esta ocasión elegí uno de mis flamantes coches, quería conducir yo personalmente, no depender en esta ocasión de ninguno de mis empleados. El sonido del motor encendido hizo que aumentara mi impaciencia por llegar. Tomé carreteras interiores, de esas que te obligan a pasar por pueblos pequeños pero preciosos a la vez, no me arriesgaría a ir por las principales porque podría encontrarme con la policía o lo que eran mucho más probable... alguno de mis enemigos.

Allí estaba aquella maravillosa mansión, alejada a la vista de todos, pero equipada como para no hacer falta más que buena compañía y un buen vino para vivir una velada inolvidable.

Introduje la tarjeta en la entrada para que las enormes puertas de hierro abrieran de par en par, mis ansias comenzaron a aumentar, la pulsación de mi corazón se aceleró imaginando como sería el momento en el que la viera a mi merced, conociendo su carácter de seguro me costaría dominarla, aunque según mi intuición terminaría por ceder.

Quería llegar antes que mi peligrosa y atractiva huésped, que cuando llegara a la “fuerza” me encontrara allí esperándola, visité cada rincón del lugar, una mansión de la cual quedé maravillado, quedando prendado sobre todo de sus vistas infinitas.

Mientras pensaba en que tal vez la compraría, el sonido de un coche me hizo volver a la realidad, Ella ya estaba aquí, bajé rápidamente al majestuoso recibidor, no sin antes

mirarme en el espejo enterizo que se encontraba al lado de la escalera que llevaba a las habitaciones principales.

Con semblante serio esperé a que abrieran las puertas, no debía mostrar ningún sentimiento, ya que siempre consideré que solo las personas débiles los expresaba. Tal y como imaginé entraron dos de mis hombres agarrando a mi acompañante; llevaba el rostro tapado con un pasamontaña y con las manos atadas; tal y como esperé se resistía con una fuerza descomunal.

—¡Suéltlenme! Están atentando contra una oficial, les va a pesar. —Gritaba mientras se movía de forma exagerada.

Ordené que la llevaran al salón con un gesto mientras yo caminaba tras ellos con una enorme sonrisa, debía reconocer que me gustaba, esa chica me había maravillado desde la primera vez que la vi.

Ya sentada en el sofá, indiqué a mis chicos que desaparecieran del lugar, le hice compañía acomodándome a su lado; antes de liberarle la cara, me tomé unos instantes para mirarla. Llevaba ropa de deporte, pero aun así se veía sexy, como bien habíamos calculado, salió de una guardia en comisaría y ni siquiera le dio tiempo a llegar a casa.

Me acerqué para deleitarme con su aroma, su perfume embriagaba mis sentidos, un olor dulce y suave, quien lo diría conociendo su temperamento, sin quitarle la mirada, contemplé cada parte de su cuerpo, tentado a besar cada centímetro de su piel volví a la realidad y a mi regla de oro: no mostrar ningún tipo de sentimiento.

Liberé su rostro de forma brusca para que entendiera quien mandaba en aquel lugar, por su reacción estoy seguro que se esperaba que fuera yo su secuestrador.

—¿Pero que previsible eres! —Voceó mientras intentaba liberarse las manos—.

—¿Suéltame! ¡Suéltame para darte tu merecido!

Reí a carcajadas ante su reacción, me encantaba verla enfadada e indefensa, dos combinaciones totalmente opuestas donde solo podía gritar sin mucho éxito.

—No te voy a soltar hasta que no te relajes. —Indiqué con tranquilidad.

Al ver mi reacción más aumentaba su deseo de estrujarme el cuello con sus propias manos. No lo expresaba, pero seguro estaba de sus intenciones.

—¿Qué quieres de mí? No te voy a pagar ningún rescate y mucho menos voy a trabajar para ti. —Aclaró mientras se tranquilizaba.

—No quiero ni una cosa, ni otra... no me hace falta tu dinero, aquí entre nos... ambos sabemos que no eres precisamente una millonaria.

Sus mejillas enrojecieron de enfado y yo cada vez disfrutaba más con sus reacciones involuntarias.

—¿Entonces? ¿Qué quieres? —Suspiró.

—A ti... unos días de tregua, donde podemos conocernos un poco más tu y yo, al fin y al cabo, a los enemigos hay que tenerlos mucho más cerca que a los propios amigos.

Su semblante sorprendido me hizo entender que no esperaba mis palabras, no podía estar siendo más sincero, ninguno de los dos teníamos nada que perder, ni ella, ni yo y estaba dispuesto a hacerlo todo para llevarla a mi terreno. Antes de seguir con mi táctica tomé una bocanada de aire.

—Bien, ahora, habiendo puesto las cartas sobre las mesas; quiero que te tranquilices para poder liberarte las manos. —Indiqué.

Se tomó unos instantes para meditarlo, al fin y al cabo no tenía otra opción que acceder, no iría muy lejos ya que probablemente no supiera ni donde se encontraba exactamente, mis hombres se encargaron de todo de forma eficiente, quitarle su teléfono móvil para que no pudiera llamar a nadie y el carné de identidad, cuando pasaran los días correspondientes le devolvería sus pertenencias, a fin de cuentas mi intención no era robarle nada.

Tras un silencio bastante incómodo y lleno de incertidumbre, Ella decidió responder, al parecer le costó mucho entrar en razón.

—¿Y bien? —Cuestioné mientras centraba mi mirada en sus preciosos labios.

—Está bien, me tranquilizaré, no tengo otra opción. —Respondió mientras encogía sus hombros.

Quitó las bridas que impedían la total libertad de la chica que más dolores de cabeza me había causado en toda mi vida. Nos miramos fijamente durante unos instantes, sus ojos verdes hacían que me estremeciera, la mujer que tenía justo a mi lado me estaba haciendo sentir cosas inexplicables que para mí debía ser imposible. Sin articular palabra, mi enemiga favorita se levantó de su asiento, corrió hacia la entrada de la mansión como un pequeño pajarillo en una jaula deseoso de ser liberado. Intentó abrir la puerta, al asegurarse de que no podía salir al

exterior comenzó a gritar.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Puse los ojos en blanco y me llevé las manos a la cabeza, a pesar de conocerla de poco tiempo, sabía que reaccionaría así, su temperamento no la dejaba quedarse sentada esperando ver el tiempo pasar, Ella era una luchadora nata. Me situé a su lado con toda tranquilidad.

—Puedes gritar y golpear la puerta todo lo que quieras, incluso puedes salir corriendo al jardín para intentar escapar, pero he de advertirte que no tienes escapatoria, estamos en medio de un bosque, la casa está equipada con toda la seguridad necesaria y por los alrededores hay varios de mis hombres... así que, si lo deseas puedes seguir así todo el tiempo que quieras.

Reía a carcajadas, pensé en la posibilidad de que estuviese perdiendo la cabeza o que estuviese jugando con mi paciencia.

—¡Ya sé! Esto es una cámara oculta. —Comentó mientras buscaba por los alrededores la presencia de cámaras—. Lo que no logro encontrarlas, buen trabajo amigo.

—No es ninguna broma Ella, pasarás aquí el tiempo hasta que yo quiera. ¿Entendido?

Resignación, eso es lo que me hizo entender su gesto; quise suavizar la situación, así que respiré hondo para tranquilizarme primero yo.

—Vamos, te enseñaré donde dormirás. —Di unos pasos para subir las escaleras, pero paré en seco—. Por cierto, que sepas que, aunque intentes escapar por la noche, tengo hombres también haciendo guardias.

Sin más dilación, pusimos rumbo a su habitáculo equipado como para una princesa, quería que estuviera a gusto.

—Aquí dormirás, tienes ropa de sobra, cuando decida liberarte podrás llevarte todo lo que quieras, es tuyo...

Entró contemplándolo todo, como si hubiese quedado maravillada, conseguí mi propósito y poco a poco el agua volvía a su cauce. Abrió la puerta que daba acceso a su vestidor, ropa de todos los estilos y zapatos a estrenar; no entiendo de moda femenina, pero he de reconocer que todo era precioso.

—¿Cuánto te has gastado en todo esto? ¿A cuanta gente has tenido que matar?

Su crueldad me hacía volver a la realidad, estaba a punto de tirar la toalla, me sacaba de mis casillas, ¿Qué tenía que hacer para que me diera un respiro y disfrutar?

—Por favor, no quiero discutir, quiero que vivamos esta experiencia lo mejor posible, conocernos algo más. —Indiqué.

Después de mis palabras Ella se relajó, parecía estar consiguiendo mi fin con la nueva actitud que estaba teniendo hacia esa mujer y sorprendido me hallaba ante mi reacción,

con otra persona probablemente hubiese tomado un arma y apretaría el gatillo sin temblarme el pulso, pero mi invitada me estaba enseñando algo que jamás conocí: la paciencia.

—Te voy a dejar para que te familiarices con todo, estaré en mi despacho por si necesitas algo.

Cerré la puerta dándole un poco de intimidad; aunque mi deseo me decía que entrara a la habitación y la hiciera mía apasionadamente, con él debía aprender a ser un caballero y estaba dispuesto a conseguirlo por todos los medios.

En mi despacho sumergido en mis pensamientos y habiendo perdido toda esperanza con respecto a mi invitada, sentí como unos pasos se dirigían hacia el jardín, quise darle unos instantes de ventaja, teniendo en cuenta la imposibilidad de abandonar el lugar.

Transcurrido un tiempo prudencial, salí rumbo al exterior, allí estaba Ella, una diosa pelirroja con un minúsculo bikini haciendo juego con su preciosa cabellera, agilicé el paso para llegar antes a su lado.

—Me alegra que hayas entrado en razón. —Comenté sonriente.

Me miró fijamente con cara de pocos amigos, ni en estas circunstancias me daba un respiro. Tomé una bocanada de aire esperando la peor respuesta por su parte, ya me conformaba con su simple presencia.

—Si esperabas que estuviera encerrada llorando por las esquinas, te has equivocado de persona... en algún momento te cansarás y me dejarás ir, porque de mí no vas a esperar nada más.

Me volvía loco, jamás conocí a nadie similar; aproveché la situación para quitarme la camiseta, a ver si así al menos podía llamar su atención, pero ni con eso lo lograba. Me senté a su lado, quería conocer más sobre Ella.

—Hablemos, quiero conocer más sobre ti; no lo que ya sé. Quiero saber cuáles son tus inquietudes, tus sueños... —Dije con total paciencia.

—Pues mira, no sé si en alguna ocasión te lo he dicho, pero... mi sueño y mi objetivo es acabar contigo. —Sonrió de forma maliciosa—. Fue mi objetivo desde que fallecieron mis padres y mi hermano.

—Quizás yo no tuviera nada que ver con eso. —Interrumpí.

—O tal vez sí... Solo sé que uno de mis objetivos por los que me metí en el cuerpo de policía era acabar con el narcotráfico y créeme que lo conseguiré.

En un momento de la conversación perdí toda atención de lo que me decía, su belleza eclipsaba cada palabra, sus gestos me hacían perder la cordura y las ganas de besarla cada vez se apoderaban más de mí.

—Me gustas y mucho. —Confesé mientras Ella seguía con sus ideas de conspiraciones y demás deducciones.

—Pues conmigo no tienes nada que hacer.

Analiqué la forma en la que me había dicho eso, estuve en muchos interrogatorios y a su vez también lo hacía con mis enemigos; además de no poder mantenerme la mirada sus ojos se orientaron hacia el lado derecho, claro síntoma de que estaba mintiendo.

—¡Mientes! —Grité mientras la alegría se apoderaba de mí—. Te produzco como mínimo algo de interés.

Ante su perplejidad, se sentó sobre la toalla donde anteriormente disfrutaba de algunos rayos solares. Se tomó unos instantes antes de proseguir con su explicación.

—No tenemos quince años, una cosa es la atracción física y otra bien distinta es que yo vaya a caer en tus redes, a la vista está eres un hombre sexy y atractivo, pero como persona dejas mucho que desear, tu y yo jamás tendremos algo. ¿Entendido?

No sabía si era mejor su contestación o haberme quedado con la duda, era una caja de

sorpresas y yo cada vez me encontraba más a su merced, ella me estaba llevando hacia su terreno y estaba consiguiendo enloquecerme.

—Bueno... tenemos unos días para conocernos y créeme que cambiaras de opinión. —Le advertí mientras me recostaba en el césped a disfrutar del maravilloso día.

Un silencio ensordecedor invadió cada rincón del precioso jardín de la mansión, únicamente el relajante sonido de algunos pájaros que ambientaban el lugar; yo la miraba de reojo como disfrutaba de los rayos de sol. Ideé un plan, ¿Qué podía hacer para sorprenderla?

Después de darle vueltas a mi ajetreada cabecita, una bombilla se encendió con una idea digna de un gran genio; ¿cómo se conquista a una mujer que no quiere nada material?

Pues tan sencillo que no comprendí como no se me había ocurrido antes; cocinaría para ella, quería conquistarla a como diera lugar.

—Esta noche te voy a sorprender. —Dije mientras interrumpía su tranquilidad.

—Lo dudo. —Respondió sin titubear.

Fijé mi atención en el cielo, sin una sola nube en él, recordé la cantidad de libros que tenía Ella en su casa, la vez que fui a su casa y me atendió desde la puerta pude darme cuenta de un armario lleno de libros situado en medio del salón. Esa chica no era como las que conocía, le interesarían temas culturales, políticos o tal vez esotéricos y yo estaba dispuesto a dar un paso más.

—¿Crees que hay vida en otros planetas? —cuestioné esperando tener toda su atención.

Abrió los ojos de par en par, esos dos soles que irradiaban vida, curiosidad y fuego; solo contaba con dos opciones o conseguí mi propósito o pensaría que estaba loco de atar, tal vez pensara ambas cosas.

—Siempre he creído en la vida en otros planetas, sobre todo porque el universo es infinito, sería muy egocéntrico por nuestra parte creer que somos los únicos en algo tan maravilloso a la par que grandioso.

Por una vez, su tono era relajado y atento; me encantaba esta nueva situación, quería hablar durante horas sin discutir, sin más personas que ella y yo, dos desconocidos con nada en común manteniendo conversaciones de extraterrestres. Durante horas tratamos de temas similares y con ellos descubrí que podía vivir así para el resto de mis días.

Con el acercamiento entre Ella y yo reinó la paz, al menos durante el día. Cuando cayó la tarde, me retiré de su agradable compañía, no sin antes avisarla de que no podría ir a la cocina bajo ningún concepto, quería cocinar yo mismo, sorprenderla y a su vez sacar mi chef interior; además del dinero y las mujeres tenía una pasión oculta: la cocina.

Ya en la cocina, me serví una copa de vino, quería inspirarme para crear algo delicioso y que la dejara totalmente cautivada. Abrí la nevera y los armarios en busca de ayuda, hasta que por arte de magia me invadió la creatividad.

De primero la deleitaría con una sopa minestrone a base de verduras y hortalizas, algo “suave” para abrir boca, de segundo lasaña de carne y de postre torta caprese, por lo poco que pude averiguar de ella, el chocolate era una de sus debilidades.

Mientras elaboraba mis platos, pensaba en ella, en mi mente solo paseaba a su antojo su mirada y su sonrisa provocando en mí una sensación de felicidad, podía acostumbrarme a su presencia para el resto de mi vida.

Al finalizar, me aseguré de preparar la mesa del gran comedor que se encontraba al lado de la cocina, como si se tratara de uno de los mejores restaurantes de Italia, organicé los cubiertos, servilletas y demás utensilios con cuidado, quería cuidar todo detalle.

Tras hacer el trabajo principal, me dirigí a mi habitación para prepararme, me di una ducha y me vestí de forma elegante, ya que la iba a sorprender lo haría de todas las maneras. Observé mi reloj, las nueve menos cinco, a las en punto había quedado en la entrada.

Como Leonardo Dicaprio en Titanic, esperé a mi Rose impaciente, a las en punto su preciosa silueta bajaba las escaleras. De repente el corazón se me aceleró de cero a cien, pero aun así no quería apartar mi mirada de ella, quería deleitarme con todo, ya que no sabía cuándo volvería a disfrutar de su compañía.

Toda ella era sensualidad, el vestido blanco ajustado que llevaba resaltaba cada curva de su cuerpo, ¿Qué demonios estaba haciendo esa mujer conmigo? Cuando llegó a mi lado, le ofrecí mi brazo merecía un caballero y yo estaba aprendiendo a serlo.

Con duda e inseguridad me correspondió el gesto y acepto mi brazo, juntos caminamos hacia donde se daría la velada. Acomodé la silla para que se sentara, lo veía en las películas y quise hacerlo, hubiese dado todo lo que tenía por detener el tiempo y quedar allí los dos, nadie más.

—Estás preciosa. —Halagué.

—Muchas gracias, tú también estás muy guapo. —Contestó.

Quise dar saltos de alegría al escuchar esas palabras, por primera vez la tranquilidad era protagonista de la situación.

—Espero que te gusten mis elaboraciones.

—¿Has preparado tú todo esto? —Cuestionó Ella.

—Sí, yo mismo. —Sonreí.

Le serví a ella primero bajo su atenta mirada, he decir que estaba temblando, me sentía tan vulnerable, esa mujer representaba la fuerza y yo estaba siendo muy débil.

Comenzamos a comer con tranquilidad, me sentía inquieto, nervioso... su presencia me imponía y no entendía por qué, jamás me ocurrió con nadie.

—Está delicioso. Eres un gran cocinero.

Mi corazón iba a explotar de gozo al escucharla, no esperaba esas palabras llenas de halagos.

—¿Por qué? —Preguntó con mirada triste.

—¿Por qué? —Respondí.

—¿Por qué todo tiene que suceder así? Esto es imposible Elio, tu y yo jamás podremos tener nada más que una relación de gato y ratón...

No supe como tomarme esas palabras, moría de ganas de besarla y hacerla mía para el resto de mis días y estaba muy lejos de la realidad, lo nuestro era imposible de cualquiera de la perspectiva que lo mirara.

—No hay nada imposible Ella... ya tu sabes que a mí me gustas y que quiero conocerte más.

—¿Es que no lo entiendes? Yo soy inspectora de la policía, llevo tu caso, estoy esperando a que ocurra cualquier fallo para meterte entre rejas para los restos de tus días.

El silencio invadió todo el espacio, sus palabras me devolvían a la realidad. Ella debería de ser mi enemiga, pero lo cierto era que estaba completamente cautivado por ella, podría hacer de mí lo que quisiera.

—No pienso liberarte hasta pasado mañana, después de eso si quieres me puedes detener por secuestro... pero estos días quiero vivirlos al máximo, como si fueran nuestros últimos días.

Seguimos cenando intentando olvidar la realidad, nuestros mundos eran bien distintos, pero eso no iba a impedir que disfrutara de esta nueva tregua. Además, por fin mi preciosa pelirroja expresaba su parecer hacia mí y para ser sinceros, me encantaba saber que algo también le gustaba.

Hablamos de todos los temas posibles a tratar, religión, conspiraciones, vidas pasadas, espiritismo, cocina, etc y con cada una de sus aportaciones más me prendaba de ella, bella e inteligente, ¿de dónde salió esa mujer?

Al acabar de cenar, paseamos por el precioso jardín de la mansión, la luz de la luna se reflejaba en sus espectaculares ojos.

—Ojalá pudiera parar el tiempo... —Suspiré.

—¿Por qué no puedes ser este Elio siempre? Cocinas de maravilla, podrías dedicarte a otra cosa y yo si es así te puedo ayudar a borrar tu historial. Te podría ayudar si cambias... —Sugirió.

Clavé mi mirada en su boca, deseoso de besarla, ¿a qué otra profesión podría dedicarme? No conocía otra vida más que la que llevaba, me producía adrenalina, me hacía sentir vivo a pesar de saber que no era lo correcto.

—No sé hacer otra cosa Ella... crecí en este negocio, me gusta esto. —Musité.

Su mirada entristeció, estoy seguro que algo sentía por mí, aunque solamente fuera curiosidad. Tomé su barbilla para que me mirara a los ojos.

—Podrías dejar de trabajar si quisieras, con el dinero que tengo no te haría falta trabajar.

—Propuse.

Esta vez, su semblante cambió a decepción, Ella no era de esas que dejaran sus objetivos y metas por nada ni por nadie.

—Primero, no sabes lo que he luchado para conseguir este puesto y segundo tu dinero es dinero sucio, lo has ganado con sangre y lágrimas de todas esas familias que tienen algún miembro metido de lleno en el mundo de las drogas, jamás podría vivir en paz. —Sentenció.

Me hacía débil y creo que era consciente de ello, la tristeza invadió mi ser, no quería perderla bajo ningún concepto y estaba viendo desvanecer todos mis planes para con ella.

—Si me disculpas, me voy a mi habitación, estoy muy cansada. —Indicó con voz quebrada.

Sin tiempo de réplica, mi dulce y explosiva secuestrada desapareció entre la poca luz del

jardín sin poder hacer nada al respecto.

Desperté temprano, sentía como si las sábanas de mi cama me quemaran, no podía seguir allí. Me levanté rápidamente, quería disculparme de algún modo con Ella, no tenía idea de qué había hecho mal, pero necesitaba pedirle perdón, tal vez por mi comportamiento, tal vez por decepcionarla una vez más.

Con un simple pantalón corto, me dirigí a la habitación de Ella. Llamé una y otra vez a la puerta, ni una sola palabra al otro lado.

—Buenos días Ella... sé que anoche no me comporté como es debido, tal vez podríamos hablar y llegar a un acuerdo. —Suspiré mientras me acomodaba el pelo.

Tras esperar unos instantes y no recibir respuesta alguna abrí la puerta, ni rastro de Ella, la angustia se apoderó de mí, ¿no volvería a verla? Ni pensarlo me atrevía. La busqué en cada rincón de la habitación, su cama bien estirada, el baño recogido, todo en su debido lugar.

Respiré intentando calmarme, no podría llegar muy lejos, mis hombres se encontraban por los alrededores, así que no podría haber salido. Bajé las escaleras mientras miraba hacia cada lado para encontrarla; hasta que la bombillita se me encendió: el jardín.

La imagen más sexy que jamás había visto, Ella corría por el césped con un top y un pantalón corto, su cuerpo era un espectáculo y yo era un espectador bastante satisfecho.

El sudor recorría su cuerpo, mientras que con cada paso sus pechos se movían, estaba a punto de enloquecer y perder las formas. Mientras mi imaginación volaba a velocidad de la luz, ella corrió hacia mí.

—Buenos días. —Saludó agitada por el esfuerzo.

—Buenos, buenos días. —Tartamudeé como un adolescente inseguro—. Pensé que te habías ido.

—¡Ja! Como si pudiera hacerlo... Tengo que mantenerme en forma ¿sabes? Mi profesión lo requiere.

Sus preciosos pechos me invitaban a ser mirados una y otra vez; la perfección hecha mujer.

—Te invito a desayunar fuera.

—¿Fuera? ¿Te refieres a fuera de aquí?

Asentí, quería que hiciéramos algo distinto y además poder sorprenderla. El día que llegué pude divisar un pequeño bar situado en el pueblo, me pareció bastante acogedor y además allí no nos conocía nadie.

—¿No tienes miedo a que huya?

—Puedes marcharte si así lo deseas, no te voy a obligar a seguir aquí...

¿Qué acababa de decir? Ni yo mismo me creí lo que acababa de articular, aunque no debía ser egoísta, teniéndola allí a mi lado no solucionaría nada. Ella me miró fijamente antes de hablar.

—Me voy a dar una ducha. Bajo en un momento para ver a donde me llevas a desayunar.

Mi yo interior daba saltitos de alegría, parecía que por primera vez desde que nos conocíamos estaba disfrutando de mi presencia. Al igual que ella, también me dispuse a cambiarme de ropa, no saldría de esa guisa.

Me vestí con un chándal de esos que a pesar de ser ropa deportiva a uno lo hacen ver sexy a la par que informal, lo hice rápidamente ya que no quería perder tiempo, bajé las escaleras a toda prisa, no quería que mi invitada esperara por mí, ante todo debía ser caballeroso.

Instantes después bajó, llevaba un vestido rojo y corto, pero suelto, de esos que me hacían pensar que la hacían sentir cómoda, no tengo ni idea de donde aprendió mi amigo de estilismo, pero todo lo que le había elegido le favorecía. Indiqué a mis hombres que saldríamos y que no hacía falta que nos acompañaran, en esta ocasión solo disfrutaríamos los dos, nadie más.

Nos dirigimos a mi deportivo, aproveché para abrirle la puerta del copiloto para que entrara, un gesto que por su reacción deduje que le había gustado.

—Gracias. —Sonrió.

Al verla tan bien en mi rostro se dibujó una sonrisa, en esos instantes estaba siendo lo que siempre me pareció horrible y patético: un romanticón empedernido. Me subí a mi asiento correspondiente.

—Espero que disfrutes de la velada, si algo no te gusta o quieres cambiarlo, me avisas ¿vale?

—La verdad es que me has sorprendido para bien Elio, no pensé que fueras a ser tan atento... pero algo dentro de mí me dice que no es real, que solo estás fingiendo ser alguien que no eres.

—Ni yo mismo conocía esta parte de mí, estoy totalmente sorprendido y he de reconocer que no me desagrada. —Confesé.

Ya en el precioso pueblo, nos dirigimos al bar para tomar el desayuno, juntos, me encantaba esa nueva situación, mi vida ya no estaba tan llena de soledad y Ella me estaba haciendo experimentar sensaciones que jamás en mi vida conocí.

—Gracias. —Le agradecí.

—¿Por qué? —Cuestionó sorprendida.

—Por no salir corriendo, por ser como eres... simplemente gracias por existir.

—¿Quién te dice que no voy a salir corriendo ahora? —Sonrió.

Respiré hondo, ver su sonrisa me hacía feliz, me negaba a perderla así que buscaría la manera de no desaprovechar esta oportunidad.

Acabamos de desayunar y paseamos por el precioso pueblo, nadie nos conocía, nadie nos miraba, solamente éramos una pareja paseando por aquel lugar tan mágico. Al pasear por las calles, Ella divisó una graciosa estatua en medio del camino.

—¡Sácame una foto por favor! —Pidió mientras corría hacia nuestro nuevo acompañante.

Reí a carcajadas como nunca había hecho, sus gestos me hacían no poder aguantar la risa; si algo tenía claro, era que jamás borraría bajo ningún concepto esas fotos. Corrió hacia mí para ver qué tal quedaron, mientras ella se contemplaba en las imágenes yo la miraba embelesado.

Tomé su mano y la atraje hacia mí, debía arriesgarme a sabiendas de que su respuesta podía no ser la que estaba esperando. Acerqué mi boca a la suya y como si de un suspiro se tratara besé sus preciosos labios, no puedo decir con exactitud cuánto tiempo transcurrió, pero puedo asegurar que fue la mejor experiencia de mi vida.

Para mi sorpresa, Ella me correspondió el tierno, pero pasional beso, me hacía feliz saber que no me rechazaba.

Al ver que con el beso había aumentado la temperatura, decidimos volver a casa, creo que llegamos en cuestión de segundos, el deseo era evidente y ambos estábamos dispuestos a apagar nuestro fuego.

Nada más entrar comenzamos a besarnos como dos adolescentes con ansias de devorarse, tiré de su pelo hacia atrás para besar su cuello, mientras escuchaba algún que otro gemido. Ella posó sus manos en mi trasero, para ser tan seria su reacción me sorprendió para bien, instintivamente las mías las dirigí hacia sus preciosos y redondos pechos, no podía aguantar las ganas de hacerla mía, tomé su mano para subir las escaleras que nos llevaban a las habitaciones, me daba igual, la suya que la mía, lo importante era lo que estaba a punto de ocurrir.

—Vamos arriba. —Indiqué con desesperación.

Su reacción fue la que me hizo volver a la cruda realidad, algo no iba bien y ella no se estaba sintiendo demasiado cómoda.

—No... Esto no puede ser Elio, sé que si damos este paso después no habrá marcha atrás.

—¿Por qué no disfrutamos el momento? —Propuse mientras acariciaba su rostro.

—Será mejor que me vaya...

Sentí el corazón partirse en mil pedazos, me negaba a seguir reteniéndola y mucho menos deseaba a forzarla a hacer algo que no quería hacer. La única opción que me quedaba era dejarla marchar.

—Puedes irte si así lo deseas, no puedo retenerte... puedes quedarte con toda la ropa, zapatos... etc. Yo estaré en mi habitación, no quiero ver cómo te vas...

Jamás pensé que fuera a ocurrirme lo que estaba a punto de suceder, un nudo en mi garganta se apoderó de mí ser y lejos de bajar la guardia subí corriendo hacia mi habitación, me negaba a verla partir.

Esperé en mi habitación un buen rato para no coincidir con ella y cuando transcurrió un tiempo prudente salí de allí para acercarme a lo que había sido su dormitorio. Observé cada espacio del lugar. Respiré hondo, aun podía percibir su aroma a vainilla, ese olor tan característico de Ella. Encima de su cama una nota, que no me sorprendía lo más mínimo.

Solamente te pido como favor que dones todo, hay mucha gente necesitada... Gracias por todo. Ella.

Tan especial como complicada, esa mujer estaba acabando con mi ser y yo cada vez más adicto a su esencia y su ser.

Con la tristeza en todo mi ser, tomé mis pertenencias y me marché a casa, no quería seguir allí bajo ningún concepto, sin Ella la casa era fría, sin vida... así que sin mirar atrás abandoné aquel precioso pero sombrío lugar.

Al llegar a mi mansión me encerré en mi despacho, solamente se me apetecía estar solo, sin nadie que me molestara o me hiciera recordar aquella muchacha. Me centré en planear el siguiente salto en mi profesión, quería ampliar fronteras, llegar a otros países europeos.

Llamaron a la puerta de mi despacho, no podía ser otro que Fabio, la única persona autorizada para hacerlo.

—¡Adelante! —Grité con desgana.

Mi amigo y compañero de aventuras entró dejando la puerta entreabierta, algo que me alertó, su forma de proceder no era esa, siempre que nos reuníamos en mi despacho cerraba por lo que me hizo sospechar que no venía solo.

—¿Por qué no cierras? —Cuestioné.

—Vengo porque alguien quiere hacer negocios contigo. —Indicó.

—Sabes que trabajo solo Fabio, no quiero ningún socio.

—Creo que vas a cambiar de opinión. —Contestó una voz femenina al otro lado de la puerta.

Con todo descaro una chica bastante explosiva irrumpió en mi despacho, era morena de pelo largo, ojos negros y boca carnosa, vestía con una falda de tubo que acentuaban sus caderas y una camisa de botones blanca abierta lo suficiente como para que mi mirada se centrara en esos grandes y redondos pechos. Caminó hacia la mesa donde me encontraba y extendió su mano a modo de presentación.

—Me llamo Alessia Giordano y voy a ser muy clara y directa, quiero hacer negocios contigo. —Sentenció mientras se sentaba frente a mí.

Inevitablemente reí a carcajadas, no sé quién podía ser esa chica, pero conmigo no tenía nada que hacer.

—Trabajo por mi cuenta. —Expliqué con una sonrisa cínica.

La chica sexy no me quitaba mirada, muy segura de sí misma humedeció sus labios antes de comenzar a hablar, que la reina de mis pensamientos fuera Ella no me quitaba que jugara a la seducción con esta chica que estaba de muy buen ver.

—¿Qué propones?

—Pues por ahora una cena... —Respondió con descaro.

Me acomodé en mi asiento sin quitar la mirada de su escote, pensé en milésimas de segundos que tal vez un poco de diversión no me vendría nada mal y que tal vez debía olvidarme de aquella pelirroja atrevida.

—Perfecto, esta noche paso por ti, déjame tu dirección y tu número de teléfono y ya te llamaré para concretar, ahora estoy muy ocupado. —Mentí.

Con mucha elegancia tomó un papel de mi mesa y un bolígrafo para facilitarme los datos que le había pedido y de la misma forma que vino, se fue.

Miré fijamente a Fabio intentando comprender lo que acababa de ocurrir, pero él solo me explicó de quien se trataba.

—La chica pertenece a los Giordano, está ocupándose del negocio familiar y quiere abrir

fronteras. ¿No era eso lo que querías?

—No sé quiénes son los Giordano, pero trabajo solo.

—Tiene contactos en Turquía, España y Marruecos, tal vez deberías escuchar lo que te tiene que decir, no te ciegues sin saber nada más... es solo un consejo.

—Bueno, al menos espero pasarlo bien.

Después de esta recomendación de Fabio, me adentré en mi trabajo y mis nuevos proyectos, si algo tenía claro es que al menos la compañía no estaría nada mal.

Tras todo el día ocupado, llegó la hora de pasar por mi acompañante, para esta ocasión indiqué a mis hombres que me escoltaran, no sabía con qué intenciones venía la bella y misteriosa acompañante.

Mientras conducía, pensé en mi pelirroja favorita, sin tocarme un solo pelo, esa mujer había calado muy hondo en mi ser, quería mantenerla alejada de mi mente, tal vez fuera lo mejor para ambos.

Intentado autoconvencerme de lo que debía de hacer, llegué al lugar que me había indicado Alessia, una mansión enorme parecida a la mía, si algo mueve este negocio es dinero. Tomé mi teléfono móvil y marqué el teléfono para avisar a mi acompañante para que saliera.

Tardó unos minutos en aparecer, pero la espera mereció la pena, llevaba un vestido negro corto pero elegante, por delante no llevaba ningún escote, pero la espalda descubierta.

—Veo que vienes bien acompañado. —Comentó mientras contaba los coches que me seguían.

—Tengo que estar preparado por lo que pueda pasar. ¿No crees?

Con una sonrisa me contestó, yo solo quería olvidarme de todo o mejor dicho de Ella, evadir mi mente era necesario.

La llevé al restaurante al que había ido con mi pelirroja, pero en esta ocasión distintos sentimientos. Como siempre nos sentamos en la que yo decía que era mi mesa, ya que siempre me gustaba ocupar el mismo lugar.

Comenzamos a hablar de temas banales para conocernos algo más, en esta ocasión no ordené cerrar el restaurante para mí, no lo consideraba necesario. Me arrepentí instantes después de no haber tomado esa decisión, la puerta del restaurante se abrió y allí apareció, Ella entró sonriente junto un chico, más o menos de su edad, tal vez unos pocos años mayor. El cuerpo me ardía y tenía ganas de pegarle a ese hombre, estaba con la mujer que tanto deseaba. Esperé a que ocupara su lugar para levantarme como alma que cargaba el diablo.

—Discúlpame, ahora vuelvo. —Me disculpé.

Caminé rápidamente hacia donde estaban ellos, ¿Qué hacía ese palurdo con la dueña de mis pensamientos?

—Buenas noches. —Interrumpí.

Ella me dedicó una mirada de sorpresa, no me esperaba en aquel lugar y yo mucho menos a ella con aquel individuo.

—Vaya. Qué casualidad... no te esperaba hoy aquí. —Dijo Ella.

—Yo tampoco, que bien acompañada te veo ¿no? —Comenté lleno de celos.

—La verdad, es que sí, les presento, él es Marco.

El estúpido me extendió la mano como si yo fuera a responderle el saludo, lo miré como si fuera inferior a mí, no le pensaba dar mi mano a ese tipo.

—Yo también vine con una amiga a cenar, ¿ves aquella preciosa morena que ves allí?

Pues esa es mi amiga. —Indiqué.

Su mirada entristeció, pero forzó una sonrisa nada sincera. Los celos se apoderaban de mí, deseaba marcharme con Ella de aquel lugar y huir muy lejos, pero simplemente me despedí con

todo el dolor del alma.

—Bueno pareja, espero que disfruten de la velada, yo estaré demasiado ocupado para asegurarme de si lo están pasando bien o mal.

¿A que venía ese comentario? Ni yo mismo entendía por qué acababa de decir tal cosa, sin darle turno de réplica volví a mi asiento, pero en esta ocasión sin apartar la mirada de mi perdición.

Volví a mi lugar bajo la atenta mirada de Alessia. Me acomodé en mi asiento con una sonrisa fingida.

—Disculpa. ¿Por dónde íbamos? —Pregunté intentando parecer interesado.

Alessia comenzó a hablar, pero mi mirada se dirigía hacia la mesa donde se encontraba

Ella. No podía creer lo que estaba ocurriendo, la veía divertida, sonriente... por primera vez en mi vida sentía celos y me estaban devorando en mi interior.

Posé mi mano sobre la suya con la esperanza de que Ella me viera y que los celos surtieran efecto; le dediqué la mejor de mis sonrisas, Alessia parecía interesada en mí más que en los negocios de los que quería tratar.

—Creo que podemos llegar a ser grandes socios. —Comenté—. Acepto trabajar contigo con algunas condiciones.

Supongo que por su reacción no estaría acostumbrada a condiciones con sus socios, yo no bajaría mi caché por alguien que deseaba trabajar a mi lado, siempre tendría que salir ganando, la interesada en mí era ella no viceversa.

—¿Qué condiciones? —Preguntó con curiosidad.

—Primero, yo me llevo el sesenta por ciento de las ganancias y segundo mis hombres tienen que estar presente con el reparto de la mercancía, no me fio de ti.

Podía ser malo, pero a sincero no me ganaba nadie, me daba igual si le dañaban mis palabras, pero debía dejar las ideas claras desde un comienzo.

—Está bien. Acepto.

Sus palabras me creaban desconfianza, ¿Quién en su sano juicio aceptaba a quedarse con un cuarenta por ciento del pastel?

—Sin rodeos... ¿para quién trabajas? —Dije contundente.

—Actualmente no trabajo con nadie, por ello quiero tratar este asunto contigo, sé que eres muy importante en este mundo y yo aun ando aprendiendo el oficio, no me quiero arriesgar.

Me daban igual sus explicaciones, algo en ella no me terminaba de convencer y no quería que me tomara por idiota.

—Se me olvidaba, otra de las condiciones es que también podré trabajar por mi cuenta si así lo creo oportuno. —Maticé.

—Está bien, me parece justo, yo también trabajaré sola en alguna que otra ocasión.

—Perfecto. —Finiquité.

—Brindemos para sellar nuestro trato. —Propuso.

Alcé mi copa mirando fijamente a mi pelirroja; inconsciente de si me había visto o no hablar con mi nueva amiga, Ella parecía estar pasándolo en grande mientras yo me volvía loco por desaparecer junto a ella.

—Aunque me gustaría que lo celebráramos de otra manera.

Su invitación me pareció una declaración total de intenciones, enloquecía por mi inspectora favorita pero no iba por ello a desaprovechar esta oportunidad y más viéndola pasarlo en grande con otro.

—Sorpréndeme. —Comenté mientras tomaba un sorbo de mi copa.

—¿Quieres tomarte una copa en mi casa?

—Me parece una idea genial. —Contesté.

Juraría que Ella se había percatado de la situación, ya que vi cómo reaccionó cuando miré hacia su mesa. Invité a mi compañera de negocios no tan decentes a marcharnos a su casa.

La tomé de la mano descaradamente para acercarme a la mesa de Ella, caminé hacia su lugar para despedirme.

—Buenas noches Ella, espero que disfrutes de la velada, yo también lo haré. —Sonreí de forma maliciosa.

Sin turno de réplica para Ella, caminé junto a mi socia hacia la salida, como un buen caballero ayudé a Alessia a acomodarse el abrigo. Hubiera dado toda mi fortuna con tal de que la que abandonara aquel lugar fuera mi enemiga favorita, pero debía aprovechar esta oportunidad.

Pusimos rumbo a casa de mi socia, sin quitar ni un solo segundo de mi mente a mi preciosa pelirroja; me negaba a dejar de disfrutar porque Ella no me quisiera, aunque no podía negar que mi corazón había encogido ante su rechazo.

Estacioné el coche donde Alessia me indicó, mientras que en el ambiente se respiraba la tensión sexual entre ambos. Entramos a su casa y tras cerrar la puerta se abalanzó sobre mí y yo que me quería dejar querer me dejé llevar. Besé su boca con ansias, mientras tiraba de su pelo hacia atrás, de su boca un gemido de satisfacción que me hizo saber que le gustaba.

Mi mirada se concentró en sus pechos, cubiertos por la tela del vestido, mi imaginación volaba, sus pechos tersos me hacían intuir que eran operados por su redondez, pero eso en ese instante era lo de menos, el calor se apoderaba de mí concentrándose concretamente en mi miembro, que ya se marcaba en el pantalón por la excitación.

¿Quién en su sano juicio rechazaría a una mujer como ella?

Sin mediar palabra me dirigió hacia su dormitorio, nada más entrar se sentó en el borde de la cama abriendo sus piernas para dejarme ver su ropa interior, un minúsculo tanga de color negro que hacía juego con su sexy vestido, levantó ambas piernas para quitárselo de un gesto y tirarlo al suelo, una imagen demasiado provocativa para mí que llevaba tiempo sin tener relaciones.

Tras tremendo espectáculo, se levantó dando unos pasos hacia donde yo me encontraba, en esta ocasión ella me guió hacia su lecho y de un empujón me dejó sentado en el borde, se sentó a horcajadas encima, por su sonrisa deduje que le gustaba mi dureza.

Nos besamos una y otra vez, el movimiento lento pero firme de su lengua me hacía desearla con desesperación, de repente se levantó y se dirigió a su mesa de noche, sacó de allí un condón y yo al ver sus intenciones me desnudé, su mirada se clavó en mi pene erecto y duro, sus ojos lujuriosos me hicieron entender que no le había defraudado lo que estaba viendo.

Con total descaro me puso el preservativo; subió su vestido y se sentó sobre mí, de una estacada introdujo mi pene en su interior comenzando a mover sus caderas de forma circular, de arriba hacia abajo. Mis manos se posaron directamente en su trasero, redondo y bien trabajado.

Mientras se movía a su antojo haciendo de mí lo que quería volvió a aparecer por mi imaginación la protagonista de mis pensamientos, imaginaba que era Ella y de repente la rabia se apoderó de mí; de un gesto la puse debajo, en esta ocasión quería ser yo quien le diera placer. Con cada embestida, para mí eran aquellos ojos verdes los que allí estaban mirándome y de la rabia pasé a la tristeza, acaricié su rostro, pero sin dejar de penetrarla con intensidad.

Inevitablemente llegamos ambos a ese orgasmo tan esperado, una mujer explosiva que sabía perfectamente lo que hacía y yo bastante satisfecho, pero en mi corazón solo había espacio para la tristeza, tanto fue así que luché lo que nadie sabe para no soltar ni un lagrима. ¿Por qué no me quería dar una oportunidad? ¿Qué hacía pensando en esa mujer teniendo a alguien como Alessia a mi lado?

Me recosté a su lado para intentar conciliar el sueño, ella se apoyó en mi pecho y yo solo quería llorar. ¿Qué demonios me estaba ocurriendo? Yo que jamás había llorado por nada ni nadie estaba a punto de estallar en llanto por Ella.

Conseguí conciliar el sueño durante algunas horas, no me sentía cómodo en aquel lugar, así que aun siendo de noche me marché de aquella lujosa mansión, hubiese dado lo que no tenía por amanecer junto a mi pelirroja en aquel apartamento de ella o en mi cama.

Conduje hasta mi casa enfadado conmigo mismo por no ser el dueño de mis sentimientos, esa situación estaba acabando conmigo, pero a su vez necesitaba verla y saber que había pasado con Ella y su amigo, solo imaginar que ese hombre podía tocarla hacía que quisiera morir.

Aun no amanecía, pero recordé que Ella madrugaba para ir a correr antes de ir a trabajar, así que sin pensarlo demasiado me vestí con ropa de deporte y puse rumbo hacia el parque donde mi amada solía salir a correr. Esperé pacientemente detrás de un árbol, me sentía ridículo a la vez que nervioso, como un quinceañero esperando a su primer amor.

A lo lejos la vi, mi memoria no me fallaba. Sonreía cual imbécil al ver su silueta correr, se veía tan sexy; respiré hondo varias veces para armarme de valor y salí a toda prisa para alcanzarla. A pesar de hacer deporte, esa mujer corría mucho más rápido que yo.

—¿Qué demonios haces aquí? —Gritó mientras aceleraba el paso.

—¿No puedo venir a correr o qué? Esto es un lugar público. —Respondí con la voz entrecortada por el trote.

—Déjame en paz. —Respondió.

Sin pensarlo demasiado me puse delante de ella haciéndola chocar contra mí, sentirla tan cerca me hacía feliz.

—Solo quiero hablar, te prometo que después de esto te dejaré tranquila.

Suspiró resignada, sabía que era capaz de cualquier cosa y que no le dejaría en paz hasta que me diera una contestación.

—¿Qué quieres?

—¿Quién es el hombre de anoche? ¿Hay algo entre ustedes?

Su mirada entristeció, juraría que estaba luchando por no llorar, me apartaba la mirada y yo supuse que algo no iba bien.

—¿Te ha hecho daño? —Grité como un energúmeno.

—Elio... tú y yo no somos nada, puedo salir con quien quiera al igual que tú hiciste.

No podía decir nada al respecto, pero al menos quería conocer quién era ese misterioso hombre, quería conocerlo todo sobre él para investigarlo.

—Te prometo que si me contestas te dejo en paz.

—Es el mejor amigo de mi hermano ¿Vale? —Suspiró para no llorar—. Ayer fue el cumpleaños y siempre nos reunimos... siempre me he preguntado cómo sería todo si hubiese seguido con vida.

Maldije para mis adentros, estaba seguro que de conocer ese dato no me hubiese ido con esa mujer. Que estúpido fui, el remordimiento me invadió y sin poder reaccionar la dejé marchar.

Puedo confirmar que tras lo ocurrido enloquecí; corrí no sé por cuanto tiempo como si quisiera huir de la realidad, mi propia realidad. Yo que jamás pensé sentir nada por ninguna mujer la conocí a Ella, yo que era el Diablo, me estaba quemando en mi propio infierno. Tal vez debía olvidarme, pasa página como se suele decir, pero que fácil es decirlo cuando tu corazón deja de pertenecerte.

En ese mismo instante me juré que pondría tierra de por medio, ya intenté hasta lo imposible por acercarme a mi bella enemiga, tantos kilómetros recorrí que llegué sin darme cuenta a casa.

Entré a desgana, mi vida había dado un giro de ciento ochenta años y quería autoconvencerme de que estaba haciendo lo correcto. Me di una ducha totalmente regeneradora totalmente necesaria.

Mientras me secaba se me ocurrió una genial idea, eliminar de mi lista de contactos a Ella, así aunque me diera tentación no podría ponerme en contacto, instantes después de hacerlo me reproché a mí mismo haberme mentido de esa manera, conocía de memoria su número y por mucho que no apareciera en mi agenda lo llevaba tatuado en mi mente.

Mientras intentaba volver a la vida real revisaba los mensajes recibidos durante el tiempo que estuve fuera de casa. Mi nueva socia se había interesado por mi persona y yo debía ser cortés.

Alessia_12:10

Esta mañana te eché de menos en mi cama.

Elio_12:12

Me tuve que marchar porque me surgió un imprevisto.

«Un imprevisto llamado Ella». Pensé para mis adentro, mentir en esta ocasión me venía de maravilla, que Alessia no supiera nada de la existencia de Ella me hacía ganar tiempo, no quería que sospechara que tenía interés por otra mujer.

Alessia_12:14

¿Quieres que nos veamos esta noche en mi casa?

¿A quién le amarga un dulce? Si quería pasar página era lo mejor que podía hacer, además no me desagradaba su compañía.

Elio_12:15

Valé, ahora concretamos hora, que tengas buen día.

Después de concretar hora me sumergí en mi “trabajo” no quería abandonar mis labores bajo ningún concepto ya que con ello conseguía seguir siendo asquerosamente millonario.

Con el ajeteo de mis asuntos llego la noche y con ello el aumento de los ceros en mi cuenta, cada vez más rico pero pobre en compañía. Me preparé a desgana para asistir a mi cita. Consciente de lo que iba a ocurrir me vestí de forma informal, la ropa duraría puesta menos y nada así que comodidad ante todo.

Conduje hacia el lugar donde la noche anterior nos habíamos probado el uno al otro, al llegar marqué el número de teléfono de Alessia para que me abriera la enorme puerta de la entrada, los que nos dedicamos a este negocio sabemos lo importante que es la seguridad. No tardó demasiado en hacerlo y yo accedí en su maravillosa mansión; estacioné mi deportivo al lado de uno de sus flamantes coches.

Con un hambre voraz y no precisamente de comida, entré en su mansión. Me esperaba con una

bata de seda de color roja y con unos tacones negro de infarto, yo que no quería perder el tiempo me abalancé sobre ella y besé su boca sin tiempo que perder.

—Me quedé con ganas de más. —Indicó con desesperación.

—Tranquila, tendremos toda la noche para nosotros. —Susurré.

El deseo entre ambos aumentaba y las ganas de pasar al siguiente nivel me consumían. Alessia caminó delante de mí para subir las escaleras, contoneaba sus caderas haciéndome presagiar que debajo no llevaba absolutamente nada. Me mordí el labio al verla subir y sin poder evitarlo extendí mi mano para tocar su trasero, tan suave, tan duro, igual que mi miembro en ese instante.

Cada escalón me parecía una inmensidad y a mi parecer no tenían fin. Concentrado en las preciosas imágenes que proyectaba mi amiga, llegamos a su habitación, ese lugar donde ardieron las sábanas la noche anterior.

Decidido a disfrutar del momento, cargué por sorpresa a Alessia, enredó sus piernas en mi cintura y yo instintivamente agarré su trasero, sonreí, efectivamente no llevaba nada bajo esa bata.

Con un brazo la aguantaba y con otra le desabroché el cinturón que mantenía cerrado su atuendo. Tremendo espectáculo estaba viendo, una obra de arte que no podía dejar de admirar una y otra vez.

Sin tiempo que perder, la lancé salvajemente a la cama, dispuesto a demostrar de lo que era capaz, me puse sobre ella, busqué su boca que me buscaba con desesperación al igual que la mía. Nuestras lenguas jugueteaban como ya conocían, el calor y la excitación aumentaba por momentos.

Poco a poco fui bajando mi mano por su vientre en búsqueda de su feminidad, paseé por su pubis mientras ella arqueaba su pelvis con desesperación, pidiendo que la tocara sin medida y yo que no iba a defraudarle abrí los labios de su vagina.

—¡Joder! —Grité.

Mi teléfono móvil comenzó a sonar, introduje mi mano en el bolsillo del pantalón para tomarlo y apagarlo. ¿A quién diablos se le ocurría llamar a esas horas?

—No contestes. —Ordenó mi compañera de diversión.

Cuando miré el número telefónico la respiración se me cortó, era Ella mi corazón palpitaba a mil por hora, creí que saldría por mi boca. ¿Qué hacía mi amada llamándome? ¿estaría en apuros?

—No contestes. —Volví a ordenar Alessia.

—Tengo que hacerlo. —Indiqué.

Me senté en el borde de la cama asustado, mi amor prohibido me llamaba por algún motivo y yo no iba a defraudarla.

—Hoolaaaaa ¿puedo hablar con el señor Diablo?

La voz de Ella me hacía presagiar que se encontraba algo perjudicada y la música de fondo me confirmaba mis sospechas.

—¿Ella? ¿Dónde estás? —Pregunté preocupado.

—Pues aquí y ¿tú? ¿Andas con esa estirada? ¿Por qué no vienes y nos divertimos un rato? —Propuso—. ¿Acaso me tienes miedo? Yo también puedo ser una diablo.

¿En serio estaba ocurriendo eso? Llevaba meses esperando esas palabras y por fin mis oídos lo escuchaban. Contemplé a mi acompañante que me miraba con cara de pocos amigos.

—Ella dime dónde estás exactamente, voy a por ti. —Indiqué.

Mientras escuchaba de fondo como maldecía al teléfono por no poder conseguir dar con el botón de la ubicación, sonreí aun así me producía ternura, esa chica era mi debilidad y lo sabía perfectamente. Finalmente consiguió enviármelo tras discutir con ella misma.

—No te muevas de ahí. —Dije con voz firme.

—A sus órdenes señor Diablo.

Colgué para no perder tiempo, tenía que abandonar aquel lugar no sin antes despedirme de mi acompañante que deduje que estaba enfadada.

—Me tengo que ir Alessia...

—¿Me vas a dejar así? —Cuestionó enfadada.

—Mira Alessia, no tengo que darte explicaciones, tu y yo no somos nada y no quiero darte explicaciones, si por esto quieres dejar de trabajar conmigo lo entenderé, pero lo de ahora es para mí muy importante.

Sin dar ninguna clase de explicación abandoné el hogar de mi exuberante amiga, jamás me hubiese perdonado no asistir al llamado de Ella.

Conduje lo más rápido que pude hasta el lugar indicado por mi pelirroja, quería saber que le ocurría o tal vez verla sin más, aunque no sin antes enfadarme conmigo mismo por no cumplir mi propósito.

Allí se encontraba con el mismo chico de la vez anterior, aunque en esta ocasión me invadió la tranquilidad por saber el parentesco con él. Al verme la sonrisa la delató, se alegraba de que estuviera allí. Con seguridad se acercó a la ventanilla del vehículo.

—¡Ven Giovanni! Quiero presentarte al Diablito. —Gritó mientras hacía aspavientos con las manos.

La miré con asombro, no me esperaba esa reacción por su parte, por cómo había hablado con ella supe que andaba algo “contenta” pero no de esa manera. El chico que parecía estar igual que mi dulce enemiga se acercó con timidez.

—Giovanni, él es el chico del que te hablaba. —Indicó.

—Aahh con el que me dijiste que tenías sueños húmedos. —Contestó.

Mis mejillas se sonrojaron, por primera vez algo me daba vergüenza, Ella consiguió que me ruborizara. Ante la respuesta de él ambos rieron a carcajadas con complicidad, esa chica me gustaba demasiado y verla reír probablemente fuera lo más hermoso que jamás hubiera visto en mi vida. Sonreí ante tal imagen.

—¿Qué te parece si llevamos a mi amigo al hotel donde se hospeda? Luego podríamos hacer algo tú y yo. —Sugirió mientras intentaba parecer centrada.

Su idea me pareció magnífica, así que sin pensarlo demasiado por si acaso se arrepintiera, acepté la propuesta. Ambos subieron a mi coche, Ella como copiloto y él atrás.

—Creo que nos hemos pasado de copas. —Comentó mientras bostezaba—.

Aunque la noche era joven y había que aprovechar esas ocasiones. Puse el coche en marcha mientras mi acompañante encendía la radio, buscaba emisoras como loca intentando encontrar algo que la hiciera vibrar. De repente se detuvo en una de esas donde ponían música variada, daban en ese instante Sia con su famoso Chandelier.

—I'm gonna swing from the chandelier, from the chandelier... —Cantaron al unísono.

Me estaba mostrando una Ella totalmente nueva para mí, pero para ser sinceros me encantaba esa nueva faceta. Con el espectáculo de ambos amigos cantando llegamos a nuestro destino. El hotel se encontraba situado en plena ciudad, así que no estaba tarde de donde estábamos. Ambos se bajaron del coche para despedirse, una imagen bastante emotiva que conseguiría emocionar hasta a la persona más dura del mundo.

—Vuelve pronto, te quiero. —Dijo Ella con la voz entrecortada por la emoción.

—Cuídate mucho Ella, yo también te quiero mucho. Diviértete con tu amigo especial... ya sabes lo que te he aconsejado.

Ambos sonrieron por algo que solamente ellos conocían. Pensé en lo bonito que sería tener un amigo de verdad, para mí lo más cercano era Fabio, que hasta el instante jamás me había fallado. Después de la emotiva despedida, Ella volvió a subirse al vehículo, con su mano le lanzaba besos, él le respondía de igual forma. Esperamos a que

Giovanni entrara al lugar en el que se estaba hospedando.

—¡Por cierto! —Interrumpió—. ¿Dónde estabas cuando te llamé? ¿Andabas ocupado? Sin saber por qué me puse nervioso, aunque no teníamos nada me sentía en la necesidad de guardar silencio, no me perdonaría por nada del mundo dañarla conscientemente.

—No estaba haciendo nada especial. —Mentí—. Solamente en casa viendo la televisión.

Sin más preámbulos nos dirigimos a su casa, me ofreció tomar algo en su hogar y yo que no quería desaprovechar la oportunidad ni lo pensé dos veces, acepté sin más; durante el camino no tratamos ningún tema en concreto, simplemente me deleitaba con sus cantos. No, cantar no se le daba nada bien, pero verla disfrutar me hacía querer que no parara de hacerlo. Con el espectáculo, el recorrido se hizo bastante ameno.

—Al fin en casa. —Atinó a decir.

No corrió con la misma suerte a la hora de intentar abrir la puerta de su portal, las llaves no parecían querer hacer su función o más bien ella no se encontraba en disposición de hacerlo.

—Toma, hazlo tú. —Ordenó.

Yo obedecí, esa mujer hacía de mí lo que quería, yo simplemente era una marioneta a su merced. Con más habilidad conseguí abrir la puerta, Ella comenzó a aplaudir y a silbar como si hubiese metido un gol en la final de la copa del mundo.

—¡Muy bien lo has hecho genial! —Vitoreó.

Simplemente reí con su ocurrencia, a modo de agradecimiento hice una reverencia, esperando que mi mayor fan me siguiera aplaudiendo. Estoy seguro que las personas que realmente me conocían dirían que yo no era esa persona a la que apodaban “El

Diablo”.

Ya dentro del portal, ayude a Ella a llegar al ascensor, quizás estuviera exagerando un poco o tal vez simplemente se quería dejar llevar, me acariciaba los brazos y me agarraba de la cintura como si no quisiera que me escapara.

Llegamos a su piso, volví a hacer el mismo procedimiento de la vez anterior, hubiese dado todo lo que tenía porque fuera así todos los días de mi vida. Su casa no era muy grande, pero era bastante acogedora.

—Bienvenido a mi dulce morada. Nada que ver con tu mansión.

—Si tú supieras... —Dije mientras la ayudaba a sentar en el sofá.

—¿Si yo supiera qué? —Curioseó.

—Que daría lo que fuera por estar aquí todos los días de mi vida. —Respondí con sinceridad.

Aproveché para sentarme a su lado; mientras me dedicaba una mirada llena de intenciones, a veces creía que sus ojos decían mucho más que sus palabras.

—No quiero que acabe la noche... —Se lamentó.

—Podría ser así todos los días de nuestras vidas si tú quisieras. —Propuse.

Cuando la miré sus ojos se habían cerrado, se durmió, esperaba que no fuera porque se aburría conmigo. Sin pensarlo, me levanté y la cargué para llevarla a la que supuse que sería su habitación; yo quería pasar la noche con Ella y me daba igual la manera, así que le quité los zapatos y la recosté para que durmiera plácidamente y yo hice lo mismo a su lado. Quizás alguien sin sentimientos se aprovecharía de la situación, pero yo solamente quería amanecer a su lado.

Cerré los ojos con una enorme sonrisa, mientras me imaginaba una vida junto a mi pelirroja favorita.

Sentí como Ella se sentaba en la cama sobresaltada, abrí los ojos para ver cómo se encontraba, estaba despeluzada y con el maquillaje algo corrido, no acostumbraba a ver a las mujeres despertar ya que cuando acababa la acción o yo me marchaba o ellas lo hacían; esto no se asemejaba para nada a como aparecían las actrices en las películas recién levantadas. A pesar de la imagen tan cómica me parecía una mujer espectacular.

—Buenos días bella, solamente quiero aclarar que anoche no ocurrió nada entre nosotros, no quiero que te preocupes por nada. —Aclaré.

—Buenos días Elio, lo sé, aunque andaba algo perjudicada recuerdo todo.

Era lo que solía suceder en todos los libros, películas, series... chica o chico toma más de la cuenta y al día siguiente no recuerda nada, pero Ella era diferente hasta para eso.

Miró el reloj.

—¡Mierda! —Gritó—: Llego tarde.

Se levantó bruscamente de la cama, tarea casi imposible, volvió a sentarse supongo que todo le daba vueltas y no era para menos con la situación en la que se encontraba en la noche anterior, me senté a su lado preocupado.

—Deberías tomarte el día libre. —Propuse.

Tras meditarlo unos instantes reaccionó, se llevó las manos a la cabeza como si le pesara o tal vez como si le fuera a explotar en mil pedazos.

—Creo que por primera vez te haré caso. —Suspiró.

Quería saltar de alegría, obviamente no la dejaría sola bajo ningún concepto, la quería cuidar no solo ese día sino por el resto de su vida. Tomó su teléfono móvil y llamó a su trabajo.

—Buenos días... hoy creo que me quedaré en casa, una gripe descomunal. —Mintió.

Mi amplia sonrisa hablaba por sí sola, no conocía tampoco esa faceta suya, aunque una mentira piadosa no contaba como algo maligno. La imagen de sería que proyectaba y lo

“alocada” que estaba siendo me hacía entender que no la conocía del todo y lo que estaba viendo me gustaba aún más, algo me decía que era una caja de sorpresas por descubrir.

Al solucionar el asunto del trabajo, Ella se recostó hacia atrás esperando volver a recuperar el sentido.

—Te puedes dar una ducha si así lo deseas, yo si quieres te puedo preparar el desayuno.

Me dedicó una mirada de agradecimiento. Me levanté y le extendí los brazos para ayudarla a levantar, ella acepto mi generoso gesto con una sonrisa y se apoyó en mí.

La acompañé al baño, para que no fuera sola, deseaba con todas mis ganas meterme en la ducha con ella y hacer cosas inimaginables, pero debía respetarla, cerré la puerta para que tuviera su momento de intimidad, ni yo mismo me reconocía ante tanta caballerosidad, esa mujer me estaba convirtiendo en otra persona completamente diferente a la que solía ser.

Escuchaba como el agua de la ducha corría y yo allí tras la puerta, imaginaba su cuerpo desnudo y las gotas recorriendo cada rincón de ella. Cerré los ojos para retener esa imagen en mi cabeza, la deseaba tanto que todo mi ser ardía.

Para olvidar esa imagen tan erótica me dirigí hacia su cocina, con toda confianza abrí los cajones, la nevera, en busca de todo lo necesario para sorprenderla, antes de empezar a necesitaba algo con que ambientar el espacio, tomé mi teléfono móvil para poner música; antes de abrir

ninguna aplicación me percaté de todos los mensajes y llamadas que había recibido. Diez llamadas en mi buzón de voz, todas ellas de Alessia, ¿qué quería esa mujer? Creí dejar claras mis intenciones para con ella. Sus mensajes de la noche anterior me hacían saber su descontento con que me marchara de su casa.

Alessia_01:30

¿Dónde estás?

Alessia_01:33

¿Por qué no das señales de vida? ¿Estás con otra?

Alessia_01:45

¿Por qué no atiendes mis llamadas?

Con cada mensaje aumentaba mi desconcierto, por qué tanto interés hacia mí, solamente buscaba una diversión y si además ganaba dinero pues como decir ¿no? Mi verdadero objetivo era conquistar a Ella a como diera lugar.

Decidí dejar los mensajes en visto, no responder me parecía lo más correcto en ese momento, así que puse música en mi teléfono que iba desde Kanye West, hasta Eminem y comencé a preparar el desayuno, unos huevos revueltos por un lado, unas tostadas por otro... no sabía cuál era su rutina alimentaria así que un poco de todo me pareció una idea bastante buena. Preparé la mesa cuidadosamente y con mimo, cada detalle contaba para causar buena impresión.

Ella apareció en escena, llevaba ropa de deporte y un moño alto, ¿Cómo podía aun así estar espectacular? Sentí como el corazón me palpitaba más rápido de lo normal y una sensación nada normal en mi estómago.

—Espero que te guste lo que he preparado, lo he hecho con la mejor de las intenciones.

Me miró con ternura, creo que era la primera vez que lo hacía de esa manera y yo solamente quería derretirme con esos ojos. Le acomodé la silla para que se sentara como la princesa que era, comenzamos a desayunar y yo no podía apartarle la mirada.

—¿Qué te parece si ahora nos vamos para mi casa y pasamos el día juntos? —Propuse esperando un no por respuesta.

—Me parece buena idea.

No podía creer lo que acababa de escuchar, la vida me estaba dando la oportunidad que tanto ansiaba y no estaba dispuesto a volver a fallarle, quería empezar de cero con ella a como diera lugar y este era el primer paso. Mientras desayunábamos hablábamos un poco más sobre su familia.

—¿Cuánto hace que conoces a Giovanni? —Curioseé.

—Lo conozco desde siempre, mi hermano era mayor que yo tres años y él siempre estaba en casa, así que no podría decirte exactamente... para mí es como mi hermano.

—¿Te puedo confesar algo? —Pregunté con incertidumbre.

—Claro. Lo que quieras. —Respondió mientras tomaba la taza de café con las dos manos.

—La otra noche cuando te vi con él... sentí celos... muchos celos.

Dejó la taza en la mesa mientras me dedicaba una de sus miradas de asombro a las que tan acostumbrado me tenía.

—¿Celos de Giovanni? Es la única “familia” que me queda, no lo veré jamás como hombre, soy una persona bastante solitaria y no tengo muchos amigos, probablemente sea el único real que tengo.

—No tenía ni idea, fui un estúpido por pensar mal, lo siento. —Musité.

—Tú tampoco estabas mal acompañado.

Comencé a ponerme nervioso, creí oportuno volver a decir una mentira nada piadosa y

bastante intencionada, ya que si no podía perderla y ya que había conseguido un acercamiento no iba a perder la oportunidad.

—Es mi prima Alessia. —Mentí.

—¿En serio? Sinceramente yo también pensé mal, pensé que entre tú y ella... —¿Alessia y yo? Por favor, pero si crecimos juntos.

—Perdóname por pensar mal de ti Elio, a veces hay que preguntar primero antes de sacar conclusiones precipitadas. —Aseguró mientras tomaba un sorbo de café.

Tragué saliva para aliviar mi nerviosismo, me daba pánico perderla una vez más, no se merecía lo que le estaba haciendo, pero decirle la verdad podía suponer un antes y un después a este nuevo paso que habíamos dado.

Tras las pertinentes aclaraciones y habiendo acabado de desayunar, recogí la mesa para que Ella no hiciera nada, mientras preparaba una pequeña maleta con algunas cosas para pasar el día en mi casa yo limpié todo lo que habíamos ensuciado con el desayuno.

Volví a mirar el teléfono, no paraba de recibir llamadas de Alessia pero como lo tenía en silencio Ella no se había percatado de nada. Decidí apagarlo para no estropear la velada, no sin antes enviar un mensaje a Fabio para que estuviera al tanto de mis planes.

Elio 10:30

Fabio, pasaré el día con Ella en mi casa, controla que Alessia no aparezca por los alrededores.

Sin dejar que me respondiera, apagué el móvil, Ella podía aparecer de un momento a otro y no quería correr riesgos. Menos mal que reaccioné con tiempo, porque no tardó en aparecer.

—¿Vamos? —Sonrió.

Caminamos hacia mi coche entre risas y confidencias de lo sucedido de la noche anterior, me daba la vida, estar a su lado me hacía sentir que todo tenía sentido.

Al llegar al vehículo, hice el procedimiento de siempre, abrí la puerta para que entrara; antes de hacerlo fijó su mirada en mí y sin más sus labios y los míos se rozaron, me besó consiguiendo que me estremeciera, cada vello de mi cuerpo se erizó y eso que se trataba de un solo beso.

—Gracias por cuidarme. —Dijo mientras acariciaba mi rostro.

Esperé a que subiera a su lugar para cerrar la puerta; cuando lo hizo sentí que flotaba en vez de caminar, un sueño que hacía meses lo veía como imposible y al fin lo había logrado.

Ya en marcha posé mi mano sobre su muslo, pero en esta ocasión Ella me respondió el gesto, su mano buscó la mía para así entrelazar una con la otra.

A mi parecer tardamos segundos en llegar a casa, juntos el tiempo parecía avanzar más rápido de lo normal. Al estacionar el coche, volví a seguir el procedimiento anterior, otra vez volví a abrir su puerta, en esta ocasión para que bajara.

—Bienvenida a su palacio princesa. —Halagué.

Me agradeció con un gesto de aprobación, salió del coche y se dirigió hacia la puerta; mientras esperaba por mí, imaginé como sería verla allí todos los días y la alegría volvió a recorrer todo mi ser.

Entramos en casa, subimos al piso de arriba para que pudiera dejar sus pertenencias, no quería forzar ninguna situación.

—Puedes ir al jardín si así lo deseas o ver la televisión, yo necesito darme una ducha. —Indiqué—. Estás en tu casa.

Asintió y yo entré en mi dormitorio para asearme, eso sí rápidamente para no perder ni un segundo en estar a su lado. A mi parecer fue la ducha más fugaz de todos los tiempos, probablemente no llegara ni a los cinco minutos.

Habiendo salido de la ducha, enrollé en mi cintura una toalla, la ropa la había dejado encima de la cama, así que iba a por ella. Al abrir la puerta, me encontré con la imagen más erótica que jamás había visto, Ella esperaba en ropa interior sentada sobre mi cama, solamente llevaba un conjunto de lencería bastante sexy de encaje, ni en mis mejores sueños hubiera sucedido algo similar.

—¡Pero qué sorpresa! —Exclamé atónito.

Se levantó sin mediar palabra y caminó hacia mí de forma provocativa, hubiese vendido mi alma al mismo demonio con tal de que hubiese detenido el tiempo para siempre.

—¿Te gusta? —Preguntó con voz sexy.

¿Qué si me gustaba? Era lo más bello que jamás vieron mis ojos. Se acercó a mí más de la cuenta, comencé a ponerme nervioso como si de la primera vez de un adolescente se tratara.

—¿Estás segura? —Pregunté con miedo a que se arrepintiera.

Su mirada oscureció, clavó sus preciosos ojos verdes en los míos y sin mediar una sola palabra me besó para sellar su respuesta.

No quisimos perder el tiempo, con la palma de mi mano acaricié su hombro, sin apartar la mirada de su rostro, fui directo a desabrochar su sujetador, con una mano conseguí quitar los pequeños enganches. Ella se despojó de él por completo tirándolo al suelo; sus pechos quedaron al descubierto, tan bonitos, tan tersos... acerqué mi boca a su cuello, antes de nada, quería aspirar su aroma, ese perfume tan personal de ella, quería deleitarme en todos los sentidos de ella.

Con mis manos, masajeara con delicadeza sus pechos, quería que disfrutara como jamás lo había hecho, poco a poco fui bajando con besos y alguna que otra mordidita suave desde su cuello hasta su pecho derecho; introduje su pezón en mi boca, lo succioné con desesperación y cuidado a partes iguales. Contemplé su rostro, tenía los ojos cerrados y de vez en cuando soltaba algún que otro gemido a modo de aprobación; introduje el otro pezón repitiendo el mismo proceso.

Su respiración se agitaba y su pecho subía y bajaba con rapidez. Me paró en seco dejándome desconcertado.

—Quiero ver que traes ahí. —Dijo señalando a la toalla que cubría una erección inevitable.

Con una de sus manos la retiró de mi cintura, mientras caía al suelo, clavó su mirada en mi entrepierna, de forma instintiva acarició mi miembro, comenzó a masajear mi pene deseoso de ella.

Mientras se entretenía con el placentero masaje, posé mis manos sobre su cara y la besé, su lengua y la mía se buscaban con desesperación, como si se desearan tanto como nosotros lo que estaba a punto de suceder.

De forma brusca la giré quedando de espaldas a mí, incliné su cuerpo hacia delante percatándome del tatuaje que llevaba en su nalga derecha, unos labios rojos que incitaba a besarlos; sonreí por la agradable sorpresa.

—Es usted una caja de sorpresas señorita Jarez. —Susurré.

Con mis manos arranqué de un tirón su tanga, el deseo me invadía, besé su nuca y con la mano abierta le di una nalgada, ella arqueó su cuerpo a modo de respuesta. Mi mano izquierda fue directa hacia la acción, le abrí las piernas e introduje mi mano entre sus muslos, acariciaba primero uno y luego otro, sin prisa pero tampoco sin pausa; llegué a su feminidad, con mis dedos separé los labios, su humedad la delataba, estaba tan excitada como yo. Comencé a masajear su hinchado y deseoso clítoris, escuchaba sus gemidos que me pedían que no parara bajo ningún concepto.

—Sigue, no pares. —Ordenó.

Como sus deseos eran ordenes, seguí dándole placer; cuando menos lo esperó de un gesto la volví a poner frente a mí para en esta ocasión sentarla al borde de mi cama. Me arrodillé quedando justo entre sus piernas, jamás lo había hecho por ninguna mujer, pero ella no era alguien insignificante para mí, jalé sus piernas quedando mi cara en su vagina, con mis dedos separé sus labios húmedos y comencé a lamerle el clítoris, a succionarlo, a jugar con él y qué decir de su sabor, me encantaba toda ella. Era la primera vez que se lo hacía a una mujer, así que actúe de forma instintiva. Mientras mi boca le daba placer, introduje uno de mis dedos en su interior, chilló del gusto, me suplicaba que siguiera y yo quería complacerla así que introduje otro; con un grito desgarrador entendí que había llegado al orgasmo.

Sin dejar que se recuperara me puse en pie entre sus piernas y de una estacada la penetré, no podía aguantar más mi deseo de entrar en su interior. Mis movimientos cada vez se aceleraban más, nuestros gemidos probablemente se escucharan por toda la casa. —Sigue, no pares. — Suplicó.

La tomé de la mano y la puse en pie para cargarla, enredó sus piernas en mi cintura y de esta forma seguí penetrándola sin dejar de mirarla, mordía su labio inferior, mientras que yo ardía en deseo por ella. Finalmente, ambos tuvimos un orgasmo de esos de los que cuestan recuperarse.

Nos recostamos, sobre la cama para recuperar el sentido, ella al lado de mí, ambos sonrientes. ¿Qué más le podía pedir a la vida? Se recostó sobre mi pecho y yo besé su cabeza, la paz reinaba en el ambiente. Con total relajación cerramos los ojos, nada ni nadie podía acabar con esa tranquilidad.

Un ruido muy fuerte procedente del piso de abajo nos sobresaltó, nos habíamos quedado dormidos, poco a poco el ruido se fue escuchando más cerca, ¿Qué estaba ocurriendo? Me levanté de la cama para ver de qué se trataba, pero antes de que yo llegara a la puerta, esta se abrió, no podía creer lo que mis ojos veían. Alessia irrumpió en la habitación como si de su propia casa se tratara.

—¿Qué haces aquí? —Grité totalmente fuera de mí.

—Ahora entiendo por qué no me contestabas. —Respondió con total descaro.

Recogí la toalla del suelo y me cubrí la cintura, acto seguido Fabio también entró en la habitación.

—Lo siento no he podido detenerla.

—Te estuve llamando toda la noche porque no entendía que te fueras de mi casa y ahora ya se el por qué.

Escuchaba sus palabras pero no podía reaccionar, solamente me preocupaba Ella, que me miraba con decepción sentada en la cama cubriéndose como podía con la colcha.

—Ella te lo puedo explicar. —Comenté.

Ella no podía reaccionar y mucho menos articular palabra, estaba intentando asimilar lo que estaba ocurriendo.

—Me dijiste que era tu prima. —Expresó con la voz entrecortada.

Olvidé por completo lo que le había expuesto, no se merecía la mentira que le dije pero en esas circunstancias pudo más mi miedo a perderla que la verdad.

—¿Su prima? No querida, soy su socia y su novia. —Mintió.

Ella se levantó furiosa, recogió su ropa y se encerró en el baño. Ni siquiera le dije nada a Alessia por lo que acababa de decir, solo me importaba la mujer que se encontraba encerrada al otro lado.

—Por favor Ella abre la puerta, necesito hablar contigo, por favor. —Supliqué.

Tardó unos minutos en salir, obviamente no lo hizo con la intención de hablar conmigo.

Iba a caminar hacia la salida, corrí a toda prisa impidiéndole conseguir su propósito, agarré su brazo.

—Por favor espera. —Supliqué de nuevo al borde del llanto.

—Aléjate de mí, no me toques. —Respondió con desprecio.

La solté muy a mi pesar, podía entender que necesitara salir de aquel infierno y de la humillación que acababa de vivir.

Volví a mi habitación, antes de cometer una locura respiré hondo, pero no, no sirvió para que me tranquilizara.

—¡Fuera! —Grité—. ¡Fuera los dos!

Alessia con una sonrisa satisfactoria por lo que había conseguido, abandonó mi habitáculo, pero Fabio se quedó para intentar excusarse una vez más.

—Tú y yo ya hablaremos. —Musité sin fuerzas.

Probablemente Fabio fuera la persona que más me conocía en el mundo, así que sin decir nada obedeció mi orden. Consciente de que el culpable no era nadie más que yo de todo lo sucedido, me senté en el borde de la cama y me llevé las manos a la cara, inevitablemente las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas por haber perdido la oportunidad de estar con la mujer de mi vida.

Desperté con el corazón latiendo muy fuerte, a simple vista mi pecho se veía subir y bajar con rapidez, sentí la almohada mojada y al abrir los ojos me dolían, con mis manos palpé lo hinchados que estaban, estuve llorando toda la noche. Yo que era la persona con menos sensibilidad del mundo, llorando por una mujer.

Me levanté a desgana para ir al lavabo, quería lavarme la cara para ver si así aclaraba mis ideas, contemplé mi rostro en el espejo compadeciéndome de mí mismo.

—¿Qué hiciste Elio? ¿Qué hiciste? —Pregunté con rabia.

Intenté no pensar demasiado porque sino volvería a llorar, pensé en cómo podía hacer para recuperar a Ella, me daba igual el resto, si perdía toda mi fortuna o mi casa, lo único que me importaba era estar a su lado y más después de lo sucedido el día anterior.

El día anterior después de lo sucedido, me encerré en mi habitación y no salí de allí ni para comer, no había probado bocado y me encontraba débil, probablemente estuviera conociendo un infierno que me estaba totalmente bien empleado por no ser sincero y mucho menos buena persona, pero todo era muy nuevo para mí, con pocas palabras podía afirmar que estaba enamorado, dolía y mucho.

Habiéndome puesto presentable para afrontar mi nuevo día bajé a desayunar algo, tenía que estar fuerte para poder luchar, no me iba a rendir jamás, bajo ningún concepto.

Le envié un mensaje a Fabio para aclarar algunos asuntos de lo sucedido, ¿Cómo era posible que Alessia invadiera mi casa? ¿acaso no le había dado órdenes expresas?

Elio_11:00

Te quiero aquí ¡ya!

Fabio_11:01

En cinco minutos estoy ahí.

Fui a mi despacho a esperarle. Efectivamente Fabio llegó en tiempo record, tal vez porque vivía cerca de casa o tal vez porque estuviera preocupado. Llamó a la puerta y yo le di permiso para que accediera al interior de mi “oficina”.

—¡Adelante! —Grité enfadado.

Fabio entró con rostro desencajado, probablemente porque sabía lo que estaba a punto de suceder.

—¡Siéntate! —Ordené—. ¿Me puedes explicar por qué entró Alessia?

—Elio... te juro que intenté por todos los medios que no accediera a la casa, pero sus hombres me detuvieron, no sé cómo pudo entrar estando la verja cerrada. —Explicó.

—Te pago para que preveas ese tipo de cosas, te di órdenes expresas de que Alessia no entrara.

Tomé una bocanada de aire, al fin y al cabo era mi único amigo, mi único acompañante fiel, sin poder evitarlo sentí como mis ojos se llenaban de lágrimas.

—Elio, me gustaría ser sincero contigo. —Dijo con voz temblorosa.

Por primera vez iba a permitir que Fabio me dijera lo que pensaba de corazón, sin estar presionado por lo que yo pudiera hacer o por las consecuencias que tendría después de ello.

—Solamente te pido que seas sincero... —Susurré dejando a un lado mi orgullo.

Se tomó unos instantes para hablar, tal vez estuviera buscando las palabras correctas para no ser demasiado ofensivo o tal vez para causarme el menos daño posible. —Creo que sinceramente la culpa la has tenido tú... —Tragó saliva para aclarar la voz—. Ella es una buena chica, tú y ella no tienen nada que ver, creo que le has perjudicado la vida...

Las gotas de mis ojos comenzaron a brotar sin posibilidad de ser retenidas, las sequé como pude, incluso en esas circunstancias no quería perder mi imagen. En cuanto a sus palabras, era consciente de que lo que él decía era completamente cierto, no podía decirle nada porque estaba en lo cierto.

—Llora Elio, desahógate, yo no voy a juzgarte por ello, es mejor que lo hagas conmigo antes de que te vea así algún enemigo. —Indicó.

—No va a querer saber nada de mí... le he destrozado la vida...

—Creo que es algo imposible, lo sabías desde un inicio, pertenecen a mundos distintos.

—Explicó.

Tenía toda la razón, pero como podía dejarla escapar si por primera vez en mi vida conocí el amor. Mientras me lamentaba por haber sido un estúpido se me ocurrió una idea genial.

—No puedo dejarla ir de esta manera, se me ocurrió una idea. —Comenté.

Me levanté de mi asiento como si hubiera descubierto la vacuna que cura todas las enfermedades, la mejor opción era presentarme en su puesto de trabajo, me daba igual si me arrestaban, si no volvía a ver la luz del sol, pero yo no iba a acabar el día sin saber de ella.

—¡Vamos! —Exclamé—: Quiero hablar con ella personalmente.

Ambos nos levantamos con toda rapidez y pusimos rumbo al primer coche que estuviera situado cerca de la entrada, eso era lo de menos en ese momento. Decidí que lo mejor era que llevara el coche Fabio, porque desde que llegara no iba a perder tiempo en buscar aparcamiento.

Ordené a mi compañero que condujera lo más rápido que pudiera, me daba igual si me multaban, si me llevaban preso, mi objetivo era pedir perdón. Por suerte no había mucho tráfico y poco tiempo llegamos al lugar indicado; a penas sin dejar que parara mi amigo, me bajé del vehículo.

Entré en comisaría como si de un centro comercial se tratara, pregunté a algún agente por Ella, nadie sabía nada y mi desesperación comenzó a aumentar, me metí entre los pasillos sin importar lo que pudiera ocurrir y fui abriendo algunas puertas donde pudiera estar mi amada. Algunos hombres intentaron detenerme, pero los esquivaba como podía.

Abrí por casualidad una de las puertas que me quedaban con la esperanza de que fuera esa, por suerte allí la encontré, vestía con ropa informal y eso me hizo presagiar lo peor.

—Ella... ¿Qué haces? —Pregunté con desesperación.

—En primer lugar, ¿qué haces aquí? En segundo lugar, no quiero volver a verte jamás, creo que ayer quedo bastante claro.

—Necesitaba hablar contigo, sabía que no ibas a contestar mis llamadas, así que quise presentarme personalmente.

—¿Para mentirme? o más bien... ¿para que aparezca por aquí tu “prima”? —Cuestionó de forma irónica.

—Necesito hablar contigo, por favor...

Unos hombres vestidos de uniforme entraron dispuestos a llevarme a no sé dónde, probablemente a algún cuarto o tal vez directamente a la cárcel, me daba igual, no quería perder mi oportunidad.

—Pueden dejarlo. —Ordenó—. No tardará mucho en irse.

Los chicos la miraron confusos, pero sin mediar palabra salieron y cerraron la puerta,

aproveché la oportunidad y me senté en una silla frente a ella, quería aclarar las cosas y quien sabía, tal vez que me perdonara.

—Necesito explicarte ciertas cosas Ella...

—No quiero que me expliques nada Elio, solamente quiero decirte algo. —Respiró hondo—. Creo que conocerte fue lo peor que me pudo haber pasado, tú y yo jamás tendremos nada en común.

—Por favor, no digas eso. —Supliqué.

—La culpa no es tuya Elio, es mía por haberme implicado demasiado con alguien que no merece la pena... eres un criminal y no tienes corazón, ¿Qué iba a esperar de alguien así? Fui una estúpida.

Sentí como el corazón se me partía en mil pedazos, había escuchado toda mi vida esas palabras, pero jamás me habían hecho daño, el pecho me dolía y la angustia se apoderaba de mí.

—Déjame hablar por favor. —Rogué de nuevo—. Lo de Alessia...

—No tienes que decir nada. —Interrumpió—. No tenemos nada Elio, no tienes que darme explicaciones de ningún tipo.

—Siento que te lo debo...

—Esto se acabó Elio, he renunciado al caso y me voy a ir de la ciudad, he pedido el traslado.

La desesperación comenzó a invadirme, veía mi mundo desvanecerse por momentos y nada podía hacer.

—¿Qué? —Musité.

La voz me temblaba y otra vez esas malditas ganas de llorar, la noticia me sentó como un jarrón de agua fría, no me la esperaba, sabía lo que le gustaba su trabajo y lo que había luchado por estar ahí.

—Tú no puedes...

—Sí, sí puedo, de hecho lo voy a hacer, solamente he venido a recoger mis cosas, tengo unos días para trasladarme. —Explicó.

—¿A dónde vas? Por favor dímelo, necesito saberlo.

—¿Qué es lo que no entiendes de que tú y yo no podemos tener nada? ¿No te queda claro?

Me puse en pie rápidamente, me acerqué a ella para quedar frente a frente, giré la silla donde estaba sentada y me puse de rodillas.

—Por favor, no te marches, por favor... —Supliqué.

Sin obtener ninguna respuesta, Ella se levantó y se dirigió hacia la puerta, la abrió con indiferencia esperando a que me pusiera en pie, supongo que pensaría que era una imagen bastante patética por mi parte.

—Vete. —Ordenó.

—Por favor...

—Que te marches te estoy diciendo, no me obligues a llamar a los agentes. —Amenazó.

Me levanté como pude, sin fuerzas y con el corazón en mil pedazos, parecía una broma de mal gusto. Caminé hacia ella pero ni siquiera me miraba, quería gritar, tirarme al suelo a dar pataletas como si tuviera cinco años, cualquier cosa que diera resultado para llamar su atención.

—Adiós Elio, espero que todo te vaya muy bien.

Tenía una elegancia natural, otra en su lugar probablemente me hubiera armado un espectáculo totalmente justificado, Ella con su indiferencia y su presencia conseguía que yo mismo me atormentara sin soltar ni un solo insulto.

Con el corazón encogido abandoné el lugar y por supuesto bajo la atenta mirada de los agentes que me tenían entre ceja y ceja, con la cabeza bajada y sin ganas de nada me acerqué a donde

Fabio había dejado el coche.

—¿Qué tal? ¿Pudiste hablar con ella? —Cuestionó preocupado mi amigo.

—Se va... se va Fabio...

Sin más le abracé fuertemente y comencé a llorar, no pude ver su cara, aunque su reacción me hizo imaginar que no lo esperaba, tardó en devolverme el abrazo como intentando asimilar lo que estaba ocurriendo.

—Deja que se marche Elio, aunque sean unas semanas, Ella también necesita poner en orden su cabeza. —Indicó.

—La voy a perder para siempre. Solamente quiero estar con ella... me da igual el resto.

—Deja que se marche Elio... en unas semanas comenzamos a buscarla y asunto solucionado, creo que necesita meditar y pensar en lo que ha pasado.

Tal vez tenía razón, debía darle un tiempo para que asimilara lo ocurrido, jamás pensé que Fabio fuera a ser mi consejero y mi paño de lágrimas.

—¿Crees que conseguiremos saber dónde estará? —Pregunté con preocupación.

Me miró entre sorprendido y con decepción, sin hablar con él supuse que era por dudar de su profesionalidad, él siempre averiguaba el paradero de todo el mundo.

—¿Cuándo no hemos averiguado algo? —Cuestionó forma confusa.

Sonreí, al menos lo tenía a él, mi compañero de aventuras. Pensé unos instantes en todo lo sucedido y la imagen de Alessia se paseó por mi mente a su antojo.

—Quiero acabar con Alessia. —Dije con odio.

—¿Y eso te devolverá a Ella? Lo que tienes que hacer es alejarte de Alessia, creo que esa mujer es peligrosa.

Tal vez tuviera razón, pero si quería hablar con ella para acabar toda relación, ni quería que fuera mi socia ni mucho menos volver a verla. Quería empezar de cero, ser otra persona, así que me subí a mi auto de copiloto y mientras Fabio conducía marqué el número telefónico de Alessia. No tardó en contestar, probablemente tuviera el teléfono en sus manos.

—Sabía que me llamarías. —Contestó de forma segura.

—Sí y va a ser la última vez que lo haga, no quiero saber nada de ti y por supuesto no trabajaremos juntos. —Indiqué de forma clara y concisa.

—No puedes hacer eso...

—¿Quién me lo impide? ¿tú? —Interrumpí—. Se acabó Alessia, tu sigue con tus negocios y yo con los míos.

Sin darle turno a replica colgué, no quería saber nada más de esa mujer, creí conveniente hacerlo de esa manera, sino a saber cómo acabaría de tenerla en frente de mí. Con la pena y la tristeza, Fabio y yo llegamos a casa.

Los días se convirtieron en semanas y estas en meses, cuando quise darme cuenta había estado tres meses sin saber de Ella, llamaba a su número personal y nadie respondía al otro lado, probablemente lo cambiara o me bloqueó las llamadas, lo mismo que tuve que hacer yo con Alessia, se había convertido en algo obsesivo, me llamaba muchas veces hasta el punto de sentirme acosado. Por otra parte no quería cambiar de número telefónico por si mi amada se decidía a ponerse en contacto conmigo.

La desesperación se apoderó de mí por aquel tiempo, a penas comía, no salía de casa y cada vez trabajaba menos, los negocios carecían de sentido, mi vida había dejado de tener sentido, estaba solo y sin ilusión, solamente la compañía de mi amigo fiel Fabio.

Mis días se basaban en prácticamente en pasarlos acostado en el sofá o en la cama viendo las horas pasar.

Uno de esos días me encontraba acostado en el sofá del salón viendo un canal de cotilleos del mundo del corazón, a lo que había llegado, yo “El Diablo” vencido por una mujer. La puerta se abrió y yo ni me inmuté en mirar, no podía ser otro que Fabio, ¿Quién sino me podría visitar?

—¿Aun estás acostado Elio? Esto no puede seguir así.

Por primera vez se había mostrado firme sin importarle las consecuencias, estoy seguro que su preocupación era sincera.

—¿Has venido para eso? —Cuestioné sin ganas.

—Elio mírate, no puedes seguir así, pareces un esqueleto, no comes, no sales, no puedes seguir así. —Aseguró.

—Mi vida no tiene sentido Fabio, simplemente me quiero morir, ¿es tanto pedir que la muerte me lleve?

—Joder, no quiero volver a escucharte decir eso, eres como el hermano que nunca tuve ¿entiendes? Aunque no llevemos la misma sangre para mí eres mi familia. —Sentenció.

Sus palabras me emocionaron, perdí la cuenta de los años que hacía que nos conocíamos y a pesar de lo mal que lo había tratado ahí seguía al pie del cañón, sin dejarme en ningún momento, no como otros que trabajaban para mí, al ver lo mal que estaba decidieron marcharse con muchos de mis enemigos.

—¿Has encontrado alguna pista de Ella? —Pregunté con la esperanza de que en esta ocasión fuera distinto.

—No, aun no... pero te tengo una buena noticia.

Lo miré sin creer lo que me decía, sino era el paradero de Ella, no tenía sentido que me dijera que era una buena noticia.

—¿Qué buena noticia es esa? Si no sabes nada de Ella nada puede ser bueno. — Respondí.

—He averiguado donde vive su amigo Giovanni. ¿Recuerdas el chico ese que me comentaste? —Dijo ilusionado.

De un salto me puse en pie, no era lo que quería escuchar, pero se acercaba bastante, quizás supiera algo, tal vez podía ayudarme o tal vez me mataría por hacer sufrir a su amiga; me daba igual quería arriesgarme, menos era nada, así que con algo de esperanza le contesté a mi amigo:

—No tengo nada que perder, quiero que me lleves con él. Tal vez si ve mi cambio pueda ayudarme a conseguir mi fin.

—Lo único que está a dos horas de aquí... —Lamentó mi amigo—. En en el sur... —¿Tienes algo más importante que hacer?

Sin tiempo que perder, cogí un abrigo y nos dispusimos a conducir hacia ese lugar del que hablaba mi amigo, con miles de dudas en mi cabeza, me quería aferrar a un clavo ardiendo, tal vez fuera mi última oportunidad de encontrarla.

Por primera vez me percataba del paisaje tan bonito de mi tierra, Italia era un país precioso y yo jamás me había fijado en ello.

Sumergido en mis pensamientos y deleitándome con el panorama, llegamos al pueblo en el cual vivía Giovanni, un lugar llamado Atrani, las vistas eran maravillosas, uno de los pueblos más pequeños del país pero sin duda bello.

Mientras mi amigo se aseguraba de la dirección yo contemplaba cada rincón y fantaseaba con pasear por aquellas calles con Ella, ambos de la mano mientras disfrutábamos de un atardecer.

—Vamos, es por aquí. —Indicó mi amigo sacándome de mis pensamientos.

Yo le seguí como si fuera mi guía, jamás había estado en aquel lugar, pero me había encantado. Caminamos por una de sus callejuelas y rápidamente llegamos a una casa que daba justo al pie de la calle.

Tocamos en el timbre de la casa esperando a ser atendidos, para suerte nuestra Giovanni no tardó en abrir, su cara mostraba asombro y desprecio, probablemente quisiera pegarme y no le quitaba toda la razón. Sin decir nada intentó cerrar la puerta, pero se lo impedí.

—Por favor, necesito hablar contigo. —Supliqué.

—¿Es que no te cansas de dañar la vida de la gente? —Gritó con odio.

—Necesito hablar contigo Giovanni, eres mi única esperanza.

Me contuve para no llorar, aunque juro que era lo único de lo que tenía gana. El amigo de Ella me dedicó una mirada extraña que no podría descifrar; tras meditarlo una y otra vez, nos invitó a pasar.

Su casa no era muy grande, pero a mí personalmente me había maravillado, pensé que tal vez algo así me vendría de maravilla, mi casa cada vez me parecía más tenebrosa y triste.

Nos invitó a sentarnos en el salón y nos ofreció algo para tomar, yo no quería nada, solamente saber dónde estaba mi dulce perdición.

—Solamente quiero saber dónde está Ella, me da igual el resto...

Giovanni se sentó en la esquina del sofá para mirarme de forma desafiante, esperó unos instantes antes de hablar, como para encontrar las palabras adecuadas.

—Eres un inmaduro y mi amiga merece alguien mejor que tú.

—Eso lo sé yo... sé que no soy lo que ella merece, ni lo que tal vez esperaba... —¡Cállate! —Interrumpió—. Aquí la que importa es Ella, no tú y sí sé que está sufriendo por lo que está ocurriendo, conozco sus sentimientos y sé que te quiere muy a su pesar.

Abrí los ojos de par en par, escuchar esas palabras me devolvía la esperanza algo sentía por mí y no estaba todo perdido. Quise dar saltos de alegría, pero antes escuchar lo que tenía que decirme ese hombre.

—¿Ella me quiere?

—¡Qué no hables! —Gritó—. Mi amiga tiene pésimo gusto para acertar con los hombres, así que solamente te voy a advertir algo, cómo mi amiga vuelva a sufrir por tu culpa te voy a matar con mis propias manos y me va a dar igual quien seas. ¿Entendido?

La primera vez que alguien me amenazaba de esa manera, pero lejos de armar un espectáculo para mostrar lo valiente y “macho” que era guardé silencio, porque sabía que merecía cada y una

de las palabras que me decía.

—Vive en Milan.

¿Cómo pudimos pasarlo por alto? Un lugar tan famoso como ese y nosotros buscando en pueblos remotos, ¿Por qué Milan? Daba igual, lo que importaba era que ya conocía su paradero.

—Te voy a dar la dirección exacta, pero a sabes lo que te he dicho, no lo repetiré.

Asentí deseoso de saber la dirección exacta, Giovanni tomó un bolígrafo y un papel y apuntó ahí todo lo que debía saber, parecía que escribía a cámara lenta o tal vez mi desesperanza se estaba apoderando de mí.

Extendió el papel y yo lo tomé como si me hubiese dado una joya valorada en millones de euros.

—Muchas gracias. —Agradecí emocionado.

Salimos de aquella casa y volvimos a la mía, el trayecto en esta ocasión se me hizo más largo, supongo que porque ya tenía la plaza clave del puzle y por fin podría viajar hacia mi amada.

Al llegar lo primero que hice fue encender el ordenador de mi despacho para ver que vuelos podría tomar para ir a Roma, ir en tren supondría perder demasiadas horas, me daba igual lo que tuviera que pagar con tal de llegar a su lado, iríamos a Roma y desde ahí a Milán, compré un pasaje para el día siguiente para mí y Fabio, no quería estar solo cuando probablemente Ella me rechazara.

Con el viaje nos había dado la media noche y habiendo preparado todo para el día siguiente, me fui a dormir con el nerviosismo de un niño que espera sus regalos navideño.

El despertador sonó, casi nunca lo ponía, pero cuando lo hacía quería lanzarlo por la ventana, en esta ocasión cambiaba un detalle muy grande, me reencontraría con mi pelirroja favorita.

Nos dirigimos a la estación de tren con nuestros respectivos equipajes, conociendo el largo trayecto que nos quedaba para llegar a Roma y de ahí coger un vuelo hacia Milán, ya acomodados en nuestros respectivos lugares, miré por la ventana con esperanza y una nueva ilusión.

Hasta llegar a Roma, pude caminar una y otra vez por el vagón, hablar con los pasajeros de los asientos de al lado sobre fútbol, jugar alguna que otra vez al *Candy Crush* en mi móvil y también de dar una cabezadita.

Llegamos a Roma y mi nerviosismo aumentó y eso que aún quedaban una hora y quince minutos para llegar a nuestro destino, llegamos con el tiempo justo al aeropuerto y de repente el miedo me invadió.

—¿Estaré haciendo lo correcto? —Cuestioné dudoso.

—Si no lo hacemos te arrepentirás. —Aseguré.

El estómago me dolía y sentía ganas de vomitar, al fin tendría frente a mí a mi pelirroja, eso me causaba una mezcla entre incertidumbre y miedo. Con el estómago encogido y los nervios a flor de piel, nos dirigimos a la puerta de embarque.

Ya en el avión pensé en las palabras que le diría, quería estar acertado y no fallar ni en las formas ni en el contenido de mis palabras. «Ella, verás yo... quería pedirte perdón... no, así no. Ella he estado pensando...» Pensaba para mí.

—Me estoy poniendo de los nervios, me da pánico esta situación. —Confesé a punto de darme un infarto.

—Tranquilo Elio, no vas a perder nada. —Me tranquilizó.

Sentía por lo que le estaba haciendo pasar a mi amigo, con todo lo ocurrido estaba empezando a aprender a ponerme en el lugar de la otra persona, algo que en todos los años de vida que tenía jamás había contemplado.

Una hora y quince minutos después allí estábamos, aterrizando en Milán. Fuimos a por nuestros equipajes que no tardó mucho en aparecer en la cinta que transportaba las maletas, por ahora todo estaba saliendo bien, demasiado bien pensé yo.

Al salir del aeropuerto paramos un taxi, le extendí el papelito que me proporcionó Giovanni, no tenía ni idea de donde se encontraba ese lugar, así que mejor que un profesional se encargara de ello.

El edificio donde residía se encontraba casi a las afueras, probablemente porque vivir en Milán fuera muy caro, suposiciones a parte, el taxista paró delante de un edificio.

—Es aquí. —Indicó el taxista.

Pagamos el servicio y cogimos nuestras maletas del maletero y nos dirigimos al portal, recordé la primera vez que fui a su casa y toqué el timbre de un vecino para que abriera; sonreí, se repetía la historia, pero esta vez con una historia que contar.

Toqué un timbre al azar, como respuesta la voz de un señor preguntando quién era, le mentí, dije que era el cartero, en esta ocasión la mentira valía la pena; no tardó en abrir la puerta principal. Ya en el interior llamé al ascensor para subir al sexto piso, donde vivía Ella.

—¿Quieres que suba contigo? —Cuestionó Fabio.

—No, esto lo tengo que solucionar yo, ¿puedes quedarte con las maletas? Por favor.

Yo pidiendo las cosas por favor, algo que en mí era imposible hasta hacía bien poco, sí quería cambiar realmente debía empezar por esos pequeños detalles.

—Deséame suerte. —Pedí de corazón.

—Mucha suerte Elio, sé sincero y a por todas. —Deseó

Las puertas del ascensor se abrieron; entré, me temblaba las piernas de los nervios, respiré hondo, pulsé el botón que me llevaría a su puerta. Miré el reloj para asegurarme de que podía estar en casa.

Al llegar comencé a temblar, las manos me sudaban y el corazón lo podía sentir en mi garganta, debía ser valiente y tomar las riendas de la situación. Llamé a la puerta deseoso de encontrarla tras ella. No tardó en aparecer al abrir, me fijé en su rostro, probablemente estuviera durmiendo.

—¿Qué haces aquí? —Gritó mientras intentaba cerrar la puerta.

Obviamente lo impedí, no me iba a marchar de allí sin cumplir con mi finalidad.

—Necesito que hablemos, creo que mereces una explicación y no voy a descansar hasta que me des la oportunidad de explicarme, llevo buscándote meses y no me pienso rendir ahora.

Un bostezo interrumpió lo que Ella quería decir, se encontraba tras la puerta que tapaba el resto de su silueta.

—Solamente quiero que hablemos, por favor. —Aclaré—. No sé cuántas horas de viaje he hecho para estar aquí y no me voy a ir sin decirte lo que quiero.

Abrió la puerta un poco más para que accediera a su casa, entré y Ella cerró quedando un rato de espaldas, no entendí su reacción. ¿Qué tenía que esconder? ¿Por qué no se giraba?

—¿Me puedes mirar por favor? —Supliqué.

Se tomó unos instantes antes de hacerlo, como si necesitara tomarse un tiempo para pensar. Cuando lo hizo entendí el por qué; su barriga estaba más redondita de lo normal.

—Estás... Estás embarazada... —Tartamudeé.

Tomó una bocanada de aire para comenzar el discurso, millones de sensaciones me pasaron por la cabeza; tanto fue así que me tuve que sentar en el sofá. Entonces empecé a razonar por la forma de su preciosa tripita no debía de tener mucho tiempo en estado.

—Dime por favor que es nuestro, no hay nada que me hiciera más feliz.

—Vamos a dejar las cosas claras, este bebé no tiene padre, es solamente mío ¿entendido? —Aclaró.

¿Cómo que no era de ningún padre? A mí no me engañaba, ese bebé era mío y no, yo no tenía pensado darme por vencido y menos ahora, quería cuidarla y protegerla.

—Quiero encargarme del bebé, estoy seguro de que soy el padre. —Aseguré con una enorme sonrisa.

—¿Cómo crees que voy a permitir que mi hijo crezca en tu ambiente? —Cuestionó enfadada.

Pensé en el miedo que tuvo que sentir al enterarse de la noticia, Ella sola viendo el resultado y yo sin saber nada, me daba pánico esa situación, una pequeña personita que dependían solamente de su madre y de mí. Quise aclararle a Ella mis intenciones.

—Quiero cambiar Ella y te pido por favor que me ayudes con este cambio, quiero empezar de cero y ser una persona normal.

—Primero cambia y ya luego se verá, si realmente veo que no eres el mismo, claro que permitiré que te encargues, por el contrario, olvídete. —Advirtió.

Lo tenía claro, me mudaría a Milán y dejaría el negocio “familiar”, no es un buen ambiente

para un niño, yo mismo lo viví en mis propias carnes, lo mejor era dejarlo todo, aunque no iba a negar que el miedo me invadía, no conocía otra manera de ganarme la vida.

Solamente puedo decirte que voy a dejarlo todo por estar aquí cerca y cuidarte... no entiendo por qué no me avisaste. —Reproché.

—¿Y qué te digo? Elio estoy embarazada, lo tendremos y viviremos en tu casa, donde puede entrar tus amantes, socios de negocios nada decentes y demás personas que dejan mucho que desear.

—Dame la oportunidad de mostrarte mi cambio, te lo pido de corazón.

—Puedo darte la oportunidad de ver tu cambio como padre, como pareja es algo totalmente imposible, estoy conociendo a alguien.

Subí al cielo para volver a bajar en milésimas de segundos, mi amor, mi pelirroja, la madre de mi futuro hijo/a me volvía a partir el corazón una vez más; lejos de armarle una escenita de celos, decidí dedicarme a volver a conquistarla, su gran amigo Giovanni me confesó que muy a su pesar aun me quería y yo me aferré a eso. No descartaba que se tratara de una mentira por su parte para hacerme daño.

Se encontraba sentada frente a mí, deseaba abrazarla, tocarle la tripita y para que mentir también a toda ella.

—Te ves preciosa. —Halagué de corazón.

—Gracias. —Respondió cortante.

—Me gustaría pedirte el número de teléfono, ahora que sé que estás embarazada me gustaría hablar contigo a cada rato para saber los avances de cada día.

Lo pensó durante varios minutos, estoy seguro de que su incertidumbre tenía que ver con mi cambio repentino, pero yo estaba seguro de que lo haría, por ella y por nuestro bebé.

Creo que tengo derecho a saber todo sobre mi bebé ¿no crees?

Mi bebé y mi vida entera que era Ella. Finalmente se decidió a dármelo, tomé mi teléfono y apunté cada número que ella me decía, ella desconocía el detalle, pero la guardé en mi lista como “Mi vida”, porque ciertamente lo era. Efectivamente cambió el número, no era el que tenía anteriormente. Le envié un mensaje para asegurarme de que ella también lo tuviera.

Elio_17:35

Hola mamá.

Tomó su teléfono y aunque quisiera disimularlo una sonrisa se dibujó en su rostro, me encantaba verla así, la veía especialmente bella.

—No quiero parecer grosera Elio, pero quiero dormir otro rato, la verdad es que desde que estoy embarazada me muero del sueño.

—Por supuesto, necesitas descansar, ya tienes mi teléfono, me quedaré en un hostel está a par de calles de aquí. —Indiqué para que supiera que no me iba a alejar de ella.

—Está bien, ya hablaremos... —Comentó mientras volvía a bostezar.

Nos despedimos con un triste “hasta luego” cuando en realidad hubiese dado mi vida entera por darle un beso y quedarme a su lado. Me acompañó a la puerta; cuando cerró di un salto de alegría, iba a ser padre de la mujer que me había robado el corazón y ahora quedaba un gran camino con recorrer. No pude esperar ni a que llegara el ascensor, bajé las escaleras rápidamente para llegar a donde estaba mi amigo.

Me lancé a él para darle un abrazo tan fuerte que pude escuchar cada latido de su corazón.

¡Voy a ser padre! —Grité.

—¿Qué? —Preguntó sorprendido.

—Ella está embarazada, voy a ser padre, no me lo creo aun, quiero gritar, quiero llorar, son

demasiadas cosas.

Respiré hondo para tranquilizarme, esa mujer me había devuelto la ilusión. Mi amigo me felicitó emocionado y de esta manera pusimos rumbo al hostel. Mientras íbamos caminando le contaba todo lo ocurrido en la casa de Ella.

Llegamos al hostel, nos hospedamos en una habitación modesta con dos camas y un baño, jamás viví en un lugar por el estilo, pero con tal de tener a Ella cerca me daba igual el resto.

Me senté en mi cama asimilando todo lo que me había ocurrido, quería hacer tantas cosas que no sabía por dónde empezar.

—¿Qué harás ahora? —Preguntó Fabio.

—Empezar de cero... quiero hacer algo bien por primera vez en mi vida. De camino aquí se me ocurrió una idea.

—¿Cuál? —Curioseó.

—Voy a venderlo todo, la casa, los coches...

Fabio abrió los ojos de par en par, supuse que ya no solamente por lo que le había dicho, sino por no saber qué sería de él, obviamente no lo dejaría en la estacada.

—El dinero se acaba Elio... ¿a qué te dedicarás después? —Preguntó nervioso.

—He pensado en ello, creo que invertiré en el sector inmobiliario y tú tranquilo Fabio, jamás te abandonaré, al fin y al cabo, has sido el único que ha permanecido a mi lado.

Pude notar como respiraba con alivio por lo que le había dicho, para ser sinceros, era el único que seguía a mi lado, en esos meses en los que había bajado al infierno él permaneció firme junto a mí, a pesar de que conocía el riesgo de quedarse sin un sólo céntimo en su cartera. Los demás vieron más oportuno abandonarme, tampoco lo veía mal, al fin y al cabo cada uno debía buscar la estabilidad a su manera.

—Mañana mismo volverás a casa... quiero que pongas a la venta todo, mi residencia la fijaré aquí, debo estar al lado de mi familia. —Aseguré con convencimiento.

Me recosté sonriente en mi cama, en ese instante era el hombre más feliz del planeta, no me importaba nada más.

Puse el despertador temprano, me esperaba un día bastante ajetreado. Fabio se marcharía a casa para cumplir con lo que le había encomendado, por otra parte, yo comenzaría a moverme por todas las inmobiliarias de la ciudad para ver en qué podía invertir todo mi dinero, decidí por primera vez hacerlo todo de manera legal, por fin vivir ajeno a la vida de delincuente.

Antes de ponerme en marcha, tomé mi teléfono móvil situado en la mesa de noche, busqué el número de Ella y le envié un mensaje, supuse que debía estar preparándose para empezar un día nuevo en su trabajo.

Elio 7:30

Buenos días mamá, ¿cómo amaneció la mujer más bella del mundo? Espero que tengas un buen día. ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Alguna novedad?

Ella 7:40

Buenos días Elio, todo bien.

Otra vez esa indiferencia, pero me daba igual, poco a poco conseguiría conquistar su corazón, lo conseguí una vez y no iba a rendirme hasta volver a hacerlo.

Me preparé para ponerme manos a la obra con mis proyectos, busqué por internet las inmobiliarias más famosas del país, quería ir a un lugar profesional y seguro. Me vestí formal, zapatos elegantes, vaqueros, camisa de botones blancas y americana azul marino, me peiné como solían hacerlo esos hombres de negocios, no quería dar la imagen de un delincuente sino más bien de todo lo contrario.

Me miré una y otra vez en el espejo enterizo del armario, la inseguridad me invadió, yo que hasta el momento era el hombre más seguro de sí mismo en la faz de la tierra empezando a dudar de todas sus posibilidades, no conocía otro mundo más que la delincuencia y todo esto era muy nuevo para mí.

Busqué una y otra vez en mi mente respuestas para responder algunas preguntas que probablemente me hicieran en aquel lugar, debía parecer convincente, no decir de dónde procedía cada céntimo de mi cuenta.

Tras asegurarme una última vez de estar de punta en blanco, abandoné mi habitación, la inmobiliaria no quedaba lejos, así que fui caminando, así también conocía la ciudad.

Milán tenía algo especial, sus calles, el ambiente... todo.

No tardé en llegar a las oficinas, me tomé unos instantes antes de entrar. A simple vista, se notaba que no era una inmobiliaria de sencilla, sus luces y su diseño bastante contemporáneo hacían presagiar que era de lujo.

—Buenos días señor ¿en qué puedo ayudarle? —Cuestionó la chica con una enorme sonrisa.

—Buenos días, quiero comprar un edificio o para ser exactos algo que me dé dinero seguro.

¿En serio había dicho eso? ¿De verdad? ¿Para eso había practicado delante del espejo? La chica me miró con confusión y no era para menos, ¿Quién iba a su puesto de trabajo a preguntarle eso? Se tomó unos instantes para ver qué podía ofrecerme, pero tras pensarlo una y otra vez decidió derivarme a un compañero.

—En ese caso es mejor que le atienda un compañero, puede esperar ahí sentado — Señaló con

el dedo— no tardará en atenderlo.

—Muchas gracias.

Me sentí bien al darle las gracias a la chica, ese nuevo Elio me estaba gustando bastante y parece que si uno cambia como persona la vida también pone de su parte para sonreírte. Me sentí en uno de los asientos de la sala de espera, miré a mi alrededor, la habitación era bastante confortable, los asientos hacían juego con las paredes y la decoración en sí hacía que todo compaginara a la perfección, supuse que habrían tenido que contratar a algún decorador para todo ese proceso, por qué a alguien como yo no se le habría ocurrido tanta estética.

La voz de la chica que me había atendido me sacó de mis pensamientos.

—Señor, sígame. —Musitó.

Me puse en pie y obedecí, iba tras ella y sin saber muy bien el motivo, comencé a ponerme nervioso, tal vez por el miedo a que alguien supiera a qué me había dedicado hasta entonces.

La chica tocó en una puerta y desde dentro le dieron orden de abrir, al hacerlo me indicó que entrara, busqué en ella un apoyo, esa chica me inspiraba seguridad y casi a punto estuve de pedirle que entrara conmigo para darme seguridad.

Caminé intentando disimular los nervios, no quería parecer alguien inseguro; ya en frente del hombre extendí mi mano para saludarle, sin duda su imagen era de un hombre de negocios y yo al menos intenté parecerlo. El señor indicó que me podía sentar, obedecí como un niño en el despacho del director; me miró fijamente antes de hablar.

—Soy el señor Vittar, ¿Qué viene buscando exactamente?

—Quiero ampliar mi negocio y deseo invertir en inmobiliaria, creo que es algo seguro.

—Comenté con seguridad.

Pasó la mano por su cien como intentando buscar inspiración por algún sitio. Tragué saliva, ese hombre imponía, ahora sabía lo que sentían algunas personas cuando me veían por primera vez.

—¿Admite sugerencias? —Cuestionó poniendo sus manos sobre la mesa.

Que hombre más peculiar y misterioso, parecía que necesitaba cuerda para reaccionar, yo simplemente asentí ante su pregunta, no quería perder más tiempo, solamente quería conocer que me iba a sugerir.

—En primer lugar, quiero saber cuánto dinero está dispuesto a gastarse.

—Eso es lo de menos... puedo invertir tanto como para generar el doble. —Respondí con firmeza.

La expresión de su cara cambió, supuse que esa respuesta le gustó demasiado, no sé si es que pensaba que estaba ahí para perder un tiempo tan valioso para mí.

—En ese caso, le puedo recomendar que invierta en un hotel... creo que eso le puede asegurar bastante el recuperarlo.

Lo medité unos instantes, pero tenía razón si se encontraba en un lugar bien situado podía vivir de ello para el resto de mis días.

—Me parece una buena idea, ¿qué me puede ofrecer?

—Bueno, es mejor que lo vea en persona, es un hotel que está más bien en ruinas, hay que reformarlo, darle otro nombre... —Suspiró—. Es cuestión de meses.

—¿Meses? Lo necesito para dentro de poco. —Dije a punto de marcharme.

—Señor es lo que le puedo ofrecer por ahora. Si quiere antes de tomar ninguna decisión puede verlo y sacar sus propias conclusiones.

Esa respuesta me gustó más, verlo con mis propios ojos y luego ya sacar una opinión de todo.

—¿Esta tarde la tiene libre? ¿Podría ir a verlo?

—Sí claro.

—Esta tarde uno de mis agentes se reunirá con usted para que lo pueda ver, así saca sus propias conclusiones.

Acepté la propuesta, me pareció razonable, estar en el lugar es mejor que imaginarlo o simplemente verlo en fotos. El señor Vittar me extendió una tarjeta con la dirección exacta del lugar y seguidamente me despedí de él.

Nada más salir de aquel extraño y lujoso lugar pensé en Ella, quería que fuera participe de todas mis decisiones, al fin y al cabo afectaría en el futuro de nuestro hijo y también que a quién quería engañar, quería verla.

Elio_10:06

¿Qué tal? ¿esta tarde tienes algo que hacer?

Ella_10:10

Elio, creo que ayer fui muy clara con lo que hablamos...

La conocía bastante, sabía que era eso lo que me iba a responder, así que puse en marcha mi yo en apuros.

Elio_10:13

Es para un negocio nuevo, nada que ver con lo que ya tu sabes... es que estoy solo y perdido, la verdad es que no sé ni llegar al sitio y quiero ir con alguien de confianza.

Ella_10:15

Está bien, ¿A dónde tienes que ir?

Sonreí de forma satisfactoria, conseguí mi fin, estaba seguro de lo buena persona que era y de que muy en el fondo algo debía de sentir por mí.

Elio_10:20

Te paso a buscar a tu trabajo cuando salgamos ¿vale?

Ella_10:21

Ok.

Era un paso para ganarme su confianza, hacerla participe de mis decisiones y que viera que iba a ser todo legal suponía que Ella entendiera que mi cambio era cierto, que no se trataban solo de palabras que quedaban en el aire.

Volví al hostel para hacer mis maletas, debía buscar algún lugar en el que vivir, no lo haría eternamente en aquel lugar. Tomé mi teléfono para buscar pisos de alquiler hasta que me estabilizara en aquel lugar y poder comprar una casa. Antes de nada, miré la foto de Ella y como un quinceañero suspiré. Me había convertido en un blandito de esos de los que tanto me había reído.

Antes de salir para el trabajo de Ella, pasé por una floristería, no quería comprarle nada excesivo, así que me decanté por una rosa roja, hacia juego con su pelo y su fuego interior.

La esperé fuera de la comisaria donde trabajaba, apoyado en un coche, de igual forma que lo hacían los galanes del cine, con diferencia de que yo sentía que el corazón me saldría por la boca de un momento a otro y las piernas me temblaban, por no decir de mis manos, que sudaban como si nos encontráramos en pleno verano.

La vi aparecer por la puerta junto a algunos de sus compañeros, tan segura, tan alegre, tan bonita que instintivamente sonreí como un idiota, supuse que cualquiera que me viera debía de pensar que muy bien de la cabeza no debía de estar.

Al percatarse de mi presencia, Ella se despidió y se acercó a mí, esta vez con semblante serio, no le quitaba ningún tipo de razón, pero me dolía su indiferencia. Dudaba si preguntarle si alguno de esos chicos con los que hablaba era esa misteriosa persona que estaba conociendo, pero no me

pareció correcto romper ese momento.

Al acercarse quise besarla para saludarla, por miedo me contuve, no sabía cómo podía reaccionar y mucho menos si no le iba a gustar que lo hiciera.

—¿Qué tal? ¿Qué tal tu día? —Pregunté interesándome en ella.

—Bien, con bastante trabajo. —Respondió con gesto de agotamiento.

—Te he comprado esto, espero que te guste.

Algunas hojas se habían caído por el camino a pesar de encontrarse protegida por una bolsita transparente que le había puesto la chica de la floristería.

—Siento que esté así, pero es que hace rato que la compré y no la he puesto en agua... soy un desastre, siento el espectáculo. —Me disculpé avergonzado.

Su rostro relajó, para ser sinceros algo me decía que se estaba aguantando las ganas de reírse, probablemente mi imagen fuera demasiado cómica, allí esperando con una flor más bien pochá.

—No pasa nada. —Respondió con media sonrisa.

Nos quedamos unos instantes mirándonos fijamente, sin saber muy bien qué decir, ninguno de los dos daba el paso, tal vez era la extrañeza de estar uno frente al otro después de todo lo sucedido, tal vez no sabíamos cómo reaccionar a lo que nos estaba ocurriendo.

—Bueno... podemos caminar hacia mi coche, no está muy lejos de aquí. —Interrumpió.

Comenzó a caminar y yo la seguí, recordé el día en el que la vi desnuda, con ropa no dejaba de ser una mujer bella, pero sin ella era un espectáculo digno de ser admirado una y otra vez.

—Entonces tienes en mente un negocio. —Comentó para romper el hielo mientras caminaba.

—Sí y necesito que me ayudes por favor, es algo que va a influir en el futuro de nuestro hijo, ya que si todo sale bien él será quien lo herede.

—Yo solo espero que sea algo legal.

—Sí claro... ahora te explico mejor. —Objeté.

Llegamos a su coche, no quería que ella condujera, me daba miedo, tal vez me estaba volviendo loco o tal vez quería sobreprotegerla.

—¿Quieres que lo lleve yo? —Cuestioné esperando un sí.

—Elio, no hace falta, puedo hacerlo yo, aun puedo... —Respondió mientras me miraba confusa.

Ambos entramos en su coche, en esta ocasión yo de copiloto, me sentía tan extraño en esa posición al lado de ella.

—¿Qué se te apetece comer?

«A ti». Pensé para mí, esa pregunta era obvia, pero lejos de contestar lo que realmente estaba deseando, respondí un simple:

—Me da igual, lo que se te apetezca a ti, no conozco mucho este lugar así que... —Expresé sin tener idea alguna.

—Está bien vamos allá.

Cuando puso el coche en marcha, decidí que lo mejor era poner algo de música para calmar el ambiente, no quería que ninguno de los dos estuviéramos incómodos por no saber qué decir.

—¿Ponemos música? —Propuse antes de hacerlo.

Asintió y yo vi la oportunidad exacta, busqué en mi lista de música, comenzaron a sonar los primeros acordes de una canción más que conocida por ambos.

Party girls don't get hurt

Can't feel anything, when will I learn

I push it down, push it down

I'm the one "for a good time call"

*Phone's blowin' up, they're ringin' my doorbell
I feel the love, feel the love*

Sonreí instintivamente e inevitablemente recordé la noche aquella, esa en la que fui a buscarla y ella misma la cantó con su amigo a pleno pulmón.

—¿Te acuerdas? —Sonreí.

—¿De qué? —Dijo mirándome de reojo.

Estaba seguro de que sí lo recordaba, solamente quería parecer indiferente, algo así no se olvida tan fácilmente, sabía cómo era Ella, no era de ese tipo de persona que se entregaba a otra sin más.

—Aquella noche cuando me llamaste, cuando estabas con Giovanni.

—Ya recuerdo, sí... lo pasé bien con él la verdad, le echo tanto de menos. —Confesó.

Evadía todo lo que tuviera que ver con nosotros, pero aun así no estaba dispuesto a dejarme vencer por eso.

Por el camino disfrutamos de la música que sonaba de fondo, poco a poco notaba como se iba relajando más, solamente quería que fuera ella misma, esa mujer de la que me había enamorado.

Me llevó a una pizzería situada en muy buen lugar, bastante conocido por lo que me había indicado Ella. Al llegar a la puerta, le abrí la puerta para que entrara primero, me agradeció el gesto con una sonrisa.

Indicamos a uno de los meseros que solamente íbamos a ser dos para que nos diera una mesa en algún sitio tranquilo. Nos indicó uno que se encontraba en un lugar bastante privilegiado, al lado de la ventana, las vistas daban para una calle bastante transitada, me gustaba mucho verlas llenas de gente.

Ojeamos la carta del menú que el chico nos dio y le pedimos lo que queríamos cada uno.

—¿Y bueno que querías contarme? —Preguntó mientras se acomodaba en el asiento.

—Veras estoy pensando en comprar un hotel, hoy tengo que ir a verlo y pensé en que quizás tú podrías acompañarme... quiero contar con tu opinión ya que es algo que si sale bien será para nuestro futuro hijo.

Esas palabras le gustaron ya que su rostro parecía más tranquilo y relajado.

—Me parece una idea genial, creo que es un buen cambio para ti. —Indicó.

—¿Me puedes ayudar? Eres la única persona en la que puedo confiar ahora mismo.

—¿Y Fabio? ¿Qué hay de Fabio? —Cuestionó mientras tomaba un vaso con agua.

—Sí en él también puedo hacerlo, pero no se encuentra aquí, está preparando todo para vender mi casa y mis coches... Cuando dije que quería empezar de cero lo hice de corazón Ella. —Expresé mientras tomaba una de sus manos.

Ella apartó su mano con rapidez, supuse que sentía confusión y no era para menos. No me quería ir de allí sin aclarar lo que había sucedido.

—Te voy a ser sincero Ella, como jamás lo he sido. Estoy enamorado de ti, cuando te marchaste sentí que me quería morir... —Confesé.

—Elio, creo que eso no...

—Déjame terminar por favor... —Supliqué—. Sé que no fui sincero contigo y que te sentiste humillada, pero es que nunca me había enamorado y no sabía cómo había que hacer las cosas... en mi mundo todo me venía rodado, solamente tenía que abrir la boca y ya lo tenía, pero tú no eras así, no quería perderte y al final... al final te perdí por no saber hacer las cosas.

Me miraba con tristeza, no esperaba mis palabras, pero yo necesitaba decir lo que realmente había ocurrido y aclararle mis sentimientos.

—Elio, yo no te guardo rencor, creo que es lo peor que puede sentir una persona. Tú y yo no

teníamos un nombre definido, las cosas surgieron así y se acabó, no hay que centrarse en el pasado. —Aclaró.

—¿Crees que algún día podamos estar juntos?

—No quiero pensar en el futuro, tampoco en el ayer, solamente pienso en el hoy... por ahora no veo ninguna posibilidad. —Confesó.

—Me gustaría saber que sientes al menos por mí, quiero asegurarme de que no sientes nada.

—Eso no importa Elio, yo necesito tranquilidad ahora. Quiero estabilidad, nada más. Te ayudaré en lo que necesites, al fin y al cabo, eres el padre de mi hijo y es algo que le puede dar un buen futuro a esta personita que tendremos en común, así que puedes contar conmigo. —Aseguró mientras clavaba sus dos preciosos ojos en mí.

Mientras comíamos le conté mis planes con respecto al hotel, dejándole claro que quería que participara en todas las decisiones y opinara en todo lo que creyera conveniente. Al finalizar la agradable comida Ella pidió la cuenta y tras discutirlo una y otra vez finalmente aceptó que la invitara.

Nos dirigimos a la dirección que figuraba en la tarjeta, no se encontraba lejos de allí así que llegaríamos puntuales.

Unos quince minutos más tarde, allí estábamos esperando al agente como habíamos acordado. El edificio a simple vista estaba bastante mal, muy bien situado pero en malas condiciones.

—Parece un hotel de película de terror. —Aseguré.

—Tranquilo Elio, con reformas y contratando a un buen decorador tendrás un hotel de ensueño. —Me tranquilizó.

Suspiré queriendo buscar la calma de alguna manera. Lejos de tener una buena sensación todo me hacía presagiar lo peor.

—Tranquilo de verdad, tengo muy buenas sensaciones de todo esto. —Afirmó mientras ponía su mano sobre mi hombro.

—Esto llevará meses y meses. —Lamenté.

—Tranquilo, saldrá todo bien.

Con sus palabras logró tranquilizarme algo. Mientras seguía intentando buscar algo positivo de aquel lugar, vino un chico joven.

—Buenas tardes, ¿es usted el señor Carletti?

—Sí, soy yo. —Respondí.

—Yo soy el agente inmobiliario, vengo a enseñarle el estado del hotel, como verá a simple vista, necesita casi empezar de cero con todo. —Aseguró.

—Si ya se ve... solamente me consuela que está en un lugar muy céntrico y que se puede convertir en un hotel de lujo porque por suerte tengo los medios.

El chico me miró como si admirara mi positivismo, si supiera que por dentro estaba totalmente aterrorizado, miles de cosas se me vinieron a la mente, desde la ruina hasta la mendicidad, me imaginé pidiendo limosna en las calles para poder sobrevivir. Me había vuelto un dramático.

Ella y yo seguimos al chico que iba indicando cada cosa que veíamos, si por fuera daba miedo, por dentro no cambiaba mucho el asunto. Las paredes estaban llenas de humedad, el ascensor probablemente fuera de la época de mis bisabuelos y el suelo tenía una moqueta que probablemente no la habían cambiado desde que se abrió. Miré a Ella buscando un poco de ánimo, obviamente ella se encontraba sonriente escuchando atentamente a lo que decía el chico. Me tranquilizaba que estuviera allí conmigo, me llenaba de energía positiva y donde yo veía un mar de dudas ella veía la seguridad. La necesitaba más que nunca a mi lado.

Subimos a la primera planta, caminando no fuera a ser que nos quedáramos encerrados en el

ascensor, el asunto no mejoraba mucho más por esos lares, las puertas de las habitaciones se encontraban rotas, eso sí eran espaciosas y tenían buena vista a la ciudad. No quise ver más, solamente quería que me aclarara algunos asuntos.

—¿Por qué está en este estado? —Pregunté con curiosidad.

—El dueño es muy mayor y su único hijo se dedica a otra profesión, no se quiere dedicar al negocio familiar... así que lleva tiempo en venta. —Explicó.

Después de eso lo entendí todo, miré a Ella y le hice un gesto con la mano para que se acercara, necesitaba hablar con ella y que me dijera que creía.

—¿Nos disculpa un segundo? —Pregunté.

—Sí claro, coméntelo con su mujer, le espero en la entrada del hotel.

Mi mujer, eso me había encantado, pensé en lo bonito que sería, los tres viviendo juntos y felices.

—Elio creo que es una oportunidad. —Aseguró contenta—. Creo que si se destruye y se vuelve a construir desde cero puedes hacer de esto un lugar precioso con muchas posibilidades de éxito, es un hotel que da para dos calles, es un lugar turístico, no sé creo totalmente en las posibilidades de esto.

Me llenó de energía positiva, verlo desde su perspectiva me hacía entender que el riesgo merecía la pena. Bajamos a donde estaba el agente, me acerqué a él con seguridad.

—Creo que me voy a quedar con él. A partir de mañana me empezaré a mover para conseguir los papeles pertinentes y para hablar de negocios con la inmobiliaria.

—Genial, entonces deberá volver a las oficinas para arreglarlo todo. —Indicó.

Con un fuerte apretón de manos sellamos el pacto. Volvimos a donde estaba el coche estacionado, veía a Ella muy contenta, supongo que se alegraba por mí, sin duda alguna era un ángel que apareció en mi vida para cambiarla.

Le indiqué a Ella la dirección del hostel, no tenía como pagarle todo lo que estaba haciendo por mí, a pesar del daño que le pude hacer en el pasado ahí estaba ayudándome sin pedir nada a cambio. Con lo malo que fui y la suerte que tenía de tenerla.

Llegamos al hostel, a pesar de haber hecho las maletas, sería mi hogar hasta que encontrara un lugar de alquiler, aunque por la mente me rondaba una idea que estaba seguro que no daría resultado.

—Muchas gracias por todo Ella, eres un ángel.

—No hay nada que agradecer. ¿Vivirás aquí? —Preguntó con interés.

—Sí... no conozco la zona así que no sé a dónde puedo ir...—Explicué intentando dar pena.

Hubo un silencio bastante incomodo, ella quería decir algo y yo no me atrevía a preguntarle nada, lo que realmente quería era no alejarme nunca más de su lado, pero creí que era conveniente callar.

Tomé su mano y me la llevé a los labios para besarla. Era mi forma de despedirme de ella para no besarla en los labios. Entré a mi nuevo hogar y subí a mi habitación, en esta ocasión con una enorme sonrisa.

Transcurrieron algunas semanas desde que vimos el hotel, finalmente me decidí a comprarlo, así que me encontraba en la calle arreglando papeles, papeles y más papeles para tenerlo todo en regla, invertiría casi todo el dinero que me quedaba en ese proyecto. Lo cierto era que si pronto no vendía mi casa, no tendría ni un solo céntimo.

Por otra parte, Fabio seguía buscando personas interesadas en mi mansión, sabía que era complicado, una casa muy grande y demasiado cara, muy pocas personas podían permitirse comprarla, como último remedio bajaría el precio.

En cuanto a mi relación con Ella, cada vez era más cercana, aunque aún habían ciertas barreras entre ambos su actitud era favorable.

En uno de esos días me encontraba en la calle preparándolo todo para comenzar con las obras del edificio. Decidí mientras tanto enviarle un mensaje a Ella para saber cómo se encontraba.

Elio_10:30

Buenos días princesa, ¿Cómo estás hoy?

Ella_10:35

Buenos días Elio, pues hoy me he tenido que venir a casa del trabajo, tengo nauseas...

Lo medité unos instantes, me necesitaba, así que terminé de acordar algunos términos con la constructora y me dirigí a su casa. Esta vez toqué su telefonillo sin miedo, no necesitaba molestar a ningún vecino más.

Ya en el interior esperé el ascensor totalmente desesperado, quería verla, cuidarla. Sabía que esos síntomas eran normales, pero no quería que los pasara ella.

Llegué a su puerta, allí estaba ella con la puerta ya abierta, ver su carita me producía muchísima ternura, tan cansadita, tan bonita.

—¿Cómo te encuentras? —Me preocupé.

—Dios, pensé que se me iba a pasar las náuseas en los primeros tres meses, pero ya veo que no...

Abrió la puerta para que entrara, yo me senté en el sofá de su salón.

—¿Quieres algo? ¿Agua? ¿Café? —Invitó.

—No gracias, no quiero nada. —Agradecí.

Se sentó de mala gana en el sofá. Llevaba días pensando en lo que estaba a punto de decirle, no quería seguir así, no quería dejarla sola bajo ningún concepto.

—Ella lo he estado pensando... creo que lo mejor será que vivamos juntos. —Dije con seguridad.

—¿Qué? —Gritó.

—No quiero que estés sola aquí, quiero cuidarte, creo que es lógico... no tenemos más familia, solo estamos tú y yo. —Expliqué.

—Elio... no quiero que esto vaya a más... tengo miedo...

—Podemos vivir juntos como compañeros de piso Ella, nadie ha hablado de nada más, así compartimos gastos y además nos hacemos compañía.

—Creo que has acertado con la idea de vivir juntos, me da miedo que me pueda pasar algo y que no me dé tiempo de avisarte. —Confesó.

—Es lo mejor, ahora mismo voy a buscar mis cosas y vuelvo. Te prometo que te cuidaré como

nunca.

Pareció que mis palabras la estaban haciendo entrar en razón, creo que también tenía miedo de estar sola en ese estado. Mentalmente hice cálculos de las semanas que tenía de embarazada; pronto tendríamos cita con el doctor, casi dieciséis semanas y pronto conoceríamos el sexo del bebé. Me daba igual su género, solo quería verle su carita.

Ilusiones a parte volví a la realidad tras Ella aceptar mi propuesta, amanecer a su lado, aunque fuera en otra habitación me hacía feliz.

Salí de su casa para dirigirme al hostel y recoger mis cosas, mejor dichos mis pocas cosas. Por ese entonces era más feliz que cuando tenía todas las cosas materiales que se me antojaran.

Como alma que llevaba el diablo, llegué a la que había sido mi casa hasta ese entonces, recogí mis pertenencias y me marché; pagué el mes completo, pero para ser sinceros me daba igual perder el dinero.

Volví a la que sería mi hogar, nuestro hogar, aunque no era una casa propia presentí que sería muy feliz ahí. Ella se sorprendió de la rapidez con la que había vuelto. Me indicó la habitación en la que podía dormir, se encontraba al lado de la suya, un buen comienzo sin duda alguna.

Tras ordenar las cuatro cosas que tenía en el armario, se me ocurrió una idea genial, quería cocinar para ella, hacerle algo especial para sorprenderla, en esa situación creo que es necesario cuidar y consentir a la futura mamá.

Se encontraba acostada en el sofá viendo la televisión, me daba mucha ternura verla ahí con su barriguita. Me acerqué despacio para que no se asustara.

—¿Tienes algún antojo? —Pregunté.

—Por ahora no, la verdad es que no me ha dado ninguno por ahora.

—Voy a preparar algo que te va a encantar.

Salí al mercado a comprar todo lo necesario para cocinar, quería hacerle las mismas elaboraciones que hice la primera vez que cociné para ella. Me negaba a que moviera un solo dedo mientras yo pudiera.

Habiéndolo comprado todo y después de haberme puesto al día con las señoras del mercado que se quejaban lo caro que estaba todo, puse rumbo de vuelta a casa; mientras caminaba de vuelta, el teléfono comenzó a sonar, en un principio me asusté, ya que se me vino a la mente Ella. Cuando al fin pude ver la pantalla me tranquilicé, era Fabio.

—Dime Fabio. —Dije haciendo malabares para que no se me cayera el teléfono al suelo.

—Te tengo dos noticias, una buena y otra mala. —Advirtió.

—Dime primero la que prefieras, ahora mismo tengo bolsas en las manos y no puedo atenderte como es debido, pero necesito saberlo.

—Tenemos comprador. —Indicó sin demorarse demasiado.

—¿En serio? —Grité—. Entonces... ¿Cuál es la mala?

—El comprador pide una rebaja...

—¿De cuánto estamos hablando? —Pregunté impaciente.

—Un treinta por ciento menos.

Cerré los ojos por el impacto, eso suponía unos cuantos ceros menos en el precio final. Lo medité unos instantes, si seguía sin venderla me quedaría sin dinero en breve, yo que vivía a cuerpo de rey ahora me encontraba en una situación complicada.

—Véndela Fabio, la situación en mi cuenta es crítica. —Ordené.

Al darle la respuesta que necesitaba oír colgué, no debía de perder tiempo y llegar a casa cuanto antes.

Nada más entrar me acerqué a Ella, primero quería asegurarme de que se encontraba bien y

segundo contarle lo sucedido.

—¡He vendido la casa! —Informé.

—¿En serio? —Contestó contenta por mí.

—Sí, ya por fin, lo hemos conseguido.

Se levantó rápidamente del sofá e instintivamente me abrazó, nuestras caras quedaron a pocos centímetros, solamente nos mirábamos fijamente y pude entender que ambos deseábamos besarnos, una sensación de miedo invadió cada poro de mi ser. La cobardía me impidió hacerlo, no hubiese soportado un no por respuesta. Besé su frente a modo de protección, quería que a su manera entendiera que siempre estaría a su lado.

—Me alegro de que estés aquí. —Confesó.

Me sentí como en una nube, llevaba meses esperando algo similar, pero para mí sorpresa eso era mucho mejor de lo que había imaginado.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Quise darme de cabezazos por haber perdido una gran oportunidad, por ser tan indeciso y por mi inseguridad. Sin mediar una sola palabra más, dirigí hacia la cocina para preparar el almuerzo.

Por fin había llegado el gran día, teníamos cita con la doctora que llevaba su seguimiento a Ella, estaba nervioso, además de saber cómo se encontraba nuestro bebé, también sabríamos el sexo.

He de decir que en esos días nuestra relación había mejorado, el ambiente en casa era muy bueno y prácticamente ya nos habíamos acostumbrado a la presencia del otro, puedo decir que la convivencia con Ella era mucho mejor de lo que había imaginado. Lo que fallaba era mi valentía, yo que siempre presumí de ser alguien rudo, seguro de sí mismo y sin miedo a nada, me hacía aguas cada vez que la tenía a mi lado, no me atrevía ni tan siquiera a besarla.

Por otra parte, he de decir que me encontraba más tranquilo, era cuestión de días que recibiera el dinero de la venta de la casa y mi cuenta volvería a estar saneada. En cuanto a Fabio consideré oportuno darle unos días de vacaciones, creo que en todos los años que había trabajado para mí jamás le había dado vacaciones.

Nos encontrábamos en la sala de espera del hospital, sentados en los incómodos asientos y con la pierna cruzada que no paraba de mover por el nerviosismo; contemplaba a la gente que se encontraba allí, muchas embarazadas acompañadas de sus respectivas parejas, sonreí, a pesar de todo también nosotros lo éramos, aunque sin hacer lo que conllevaba tener una relación.

—¿Estás nerviosa? —Cuestioné preocupado por Ella.

Con una enorme sonrisa que iluminó toda la sala respondió:

—No, porque estoy segura que saldrá todo genial. —Respondió acariciando su tripieta.

Sus palabras me tranquilizaron, siempre pensé que nuestros caracteres no tenían nada que ver, como se solía decir, la noche y el día.

Tras la agotadora espera, la voz de una señora al otro lado de la consulta llamó a Ella, obviamente ambos entraríamos, no pensaba dejarla sola bajo ningún concepto.

La señora nos saludó con un apretón de manos, se le veía muy profesional y seria. Antes de comenzar con el procedimiento de las pruebas, comenzó a apuntar algunos detalles que Ella le indicaba en el ordenador. No apartaba la mirada de él pero parecía que sabía lo que hacía. Después de asegurarse de que no faltaba ninguna pregunta por hacer la hizo pasar a otra parte de la consulta. Acostada en una cama, la doctora le indicó que se subiera el vestido que llevaba para hacerle una ecografía. Instintivamente tomé su mano, quería que sintiera mi calor, que supiera que ahí estaba yo y que no la iba a soltar.

La doctora empezó a hacer su procedimiento, medía el tamaño, indicaba cada parte de su pequeño cuerpecillo y por fin escuchamos el corazón, el sonido rápido y fuerte de sus pulsaciones, hicieron que los ojos se me llenaran de lágrimas, que no tardaron en derramarse por

mis mejillas. Creo que ha sido uno de los momentos más emotivos de mi vida.

—¿Estás llorando? —Preguntó sorprendida Ella.

—No, no... —Respondí secándome las lágrimas.

La doctora me extendió un pañuelo, supuse que ya acostumbrada a hacerlo una y otra vez a tantos padres que por allí pasaban. Llegó el momento más decisivo de todos.

—¿Quieren saber el sexo del bebé? —Cuestionó antes de nada.

Ella y yo nos miramos, aunque no iba a negar que me estaba desesperando por saberlo, respetaría la decisión de ella.

Clavó sus ojos en mí, ese par de soles que conseguían cualquier cosa que quisiera de mi persona, asintió como esperando mi aprobación y yo simplemente le devolví el gesto, era mi debilidad, cómo decirle que no a algo.

—Por lo que veo y ya es casi decisivo, puedo decirles que están esperando una niña. —Aseguró la experta.

Un escalofrío recorrió todo mi ser, otra pequeña Ella en casa, puedo decir que enloquecí. Otra princesa haciendo de mí lo que quería, otra vez esas lágrimas, otra vez esa felicidad, abracé a mi amada cuidadosamente para no lastimarla y sin pensarlo besé sus labios. Me dejé llevar por el momento, me miró con sorpresa, no se esperaba lo que acababa de pasar, pero simplemente sonrió.

Jamás pensé que fuera a estar tan feliz por la noticia de ser padre y mucho menos de una niña, pero cierto es que las personas pueden cambiar y esa era la viva imagen de que sí se podía.

La doctora finalizó las pruebas y yo no paraba de pensar en mi futura consentida, en cómo podía ser su carita, en si se parecería a su mamá o a su papá, pero el miedo también hizo de las suyas, tenía muchos enemigos... ¿y si le ocurría algo? No todo en mi vida fue color de rosa y consciente de las atrocidades que cometí me comenzó a invadir el pánico.

—¿Estás bien? —Preguntó Ella mientras se acomodaba la ropa ya en pie.

—Sí, mejor que nunca. —Aclaré para tranquilizarla.

Nos despedimos de la doctora no sin antes confirmar la siguiente cita, pero en mi mente no paraba de rondar el mismo pensamiento una y otra vez, debía disimular mis preocupaciones ante Ella, sabía que eso podía afectarle y quería que todo fuera bien.

Ya en la calle respiré hondo, aire fresco para mis pulmones, lo necesitaba después de la angustia que se había formado en mi mente.

—¿Sabes que creo? —Musité—. Deberíamos de empezar a comprar las cositas de la bebé, no le hemos comprado nada y ya sabemos que va a ser.

—Cierto, podríamos ir ahora. —Propuso.

Comenzamos a caminar, sentí como me agarraba antes de dar un solo paso más haciendo que me detuviera.

—¿Te encuentras bien? —me preocupé.

—Solamente quería decirte algo... bueno... más bien hacer.

Sin esperar lo Ella posó sus manos sobre mi cara y acercó sus labios a los míos, la felicidad plena era eso, un beso que llevaba muchos meses esperando, lo deseé tanto como un pozo para un sediento en mitad del desierto.

—Me encantó verte emocionarte. —Aseguró mientras sonreía—. Y cierto es que en este tiempo he visto un cambio muy grande en ti, me has hecho partícipe de todas y cada una de tus decisiones y he visto cómo te estás esforzando para ser mejor persona cada día.

—Te dije que lo haría y lo estoy haciendo, no hay nada que me importe más que las dos mujeres de mi vida.

Con esas palabras tan llenas de sinceridad y sentimientos, pusimos rumbo al primer centro comercial que se encontraba en la zona, no debíamos perder tiempo, ya que ahora si teníamos ciertas certezas.

Entrábamos en cada y una de las tiendas que ofrecían cosas para bebés, yo le quería comprar todo lo que veía a nuestra futura hija, de forma literal, hasta cosas innecesarias que no sabía ni para qué servía lo quería para ella, que no le faltara de nada, obviamente Ella me paraba los pies, ella era la templanza, el sentido común y la sabiduría yo por mi parte iba como en una nube de la que no quería bajar.

Tras una tarde llena de tiendas y compras, volvimos a casa con un montón de bolsas, lo siguiente sería habituar su habitación, pero... ¿Cómo decorarle su habitación si ni siquiera tenía nombre? Me paré en mitad del pasillo en seco.

—La bebé ya debe de tener un nombre ¿no crees? —Aseguré.

—Es verdad, no lo hemos pensado. —Dijo Ella.

—¿Sabes? Creo que será igual de bella que tú. —Afirmé.

—Me encanta, ¿Qué te parece Bella? —Propuso ilusionada.

—Un nombre que seguro irá como anillo al dedo. Será la pequeña de papá para siempre.

Ella me dedicaba una de sus miradas llenas de fuego, esa que en tantas ocasiones conseguían intimidarme.

—Creo que es hora...

—¿Hora de qué? —Indagué ante sus palabras.

—De que nos reconciliemos... ¿no crees? —Planteó.

—No sabes como he deseado escuchar esas palabras desde que vine, no sabes cómo te deseo, como he imaginado este momento desde hace tiempo.

Solamente con pensar en su preciosa boca, mi corazón se aceleraba y el calor se apoderaba de mí, conseguía excitarme con solo una mirada y yo me sentía a su merced, podía hacer de mí lo que quisiera, le daba permiso para ello.

Despacio se acercó a mí, como a cámara lenta, cada vez la veía más cerca y mi corazón bombeaba con más agitación que nunca.

Con total descaro acercó su lengua a mi labio inferior y lo repasa para seguidamente succionarlo. Cerré los ojos para dejarme llevar por el momento, mi lengua entro en su boca deseando encontrar la suya, encantadas de encontrarse comenzaron un baile que solo ellas conocían. Nuestras respiraciones se agitaban con solamente sentir ese beso que ambos esperábamos con ansias.

Pegué su cuerpo al mío, para que sintiera mi deseo y mi excitación por ella, una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro, se apartó unos milímetros de mí para tomarme de la mano.

—Vamos. —Ordenó.

Como un tonto asentí sin poder remediarlo. Seguí sus pasos que me llevaron al salón.

Se volvió a acercar a mí, pero en esta ocasión fui yo quien buscó su boca. Enredé mi mano derecha en su pelo para tirar hacia atrás. Comencé a jugar con mi lengua en su cuello.

—No sabes cuánto te he echado de menos. —Susurré.

Me quitó salvajemente la camiseta que llevaba y yo sin decir ni una sola palabra me quité los pantalones, no había tiempo que perder, tras quedar solamente en ropa interior ante ella, decidí que era el turno de mi bella acompañante de deleitarme con su preciosa figura, me senté en el sofá esperando a que comenzara el espectáculo.

Ella se detuvo, sus mejillas se volvieron del color de su pelo.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras bien? —Pregunté acercándome a ella.

—Es que... es que... me da vergüenza, me veo gorda y...

—¿Quieres saber lo que está gorda? —Interrumpí.

Tomé una de sus manos y la puse sobre mi miembro, estaba tan duro que me miró con los ojos abiertos como platos. Poco a poco la ayudé a quitarse el vestido, quedando solamente en braguitas y sujetador, estaba tan bella, tan sexy que sentí que moriría de amor en ese instante.

Mi reacción le inspiró confianza y rápidamente volvió a ser ella misma. Volví a sentarme, para mi sorpresa se puso de rodillas delante de mí, la miré sorprendido al ver sus intenciones.

Me quitó el bóxer de un gesto, quedando completamente desnudo ante ella. Colocada entre mis piernas, comenzó a masajear mi pene sin apartar su mirada de mí, reflejaba deseo, lujuria y yo simplemente quería dejarme llevar.

Poco a poco lo fue introduciendo en su boca sin dejar de masajearlo, lo lamía, succionaba haciendo que enloqueciera, sentir su saliva sobre mi miembro me hacía excitarme más.

Paró de jugar con mi pene, para quitarse el sujetador, sin pensarlo demasiado también se quitó las braguitas, quedando justo delante de mí al desnudo. Extendí mi mano para acariciar su muslo, poco a poco fui subiendo hasta su feminidad, con la palma de mi mano acaricié su monte de venus, abrió las piernas para facilitarme el acceso.

Con mis dedos comencé a masajear su clítoris, cerró los ojos para disfrutar al máximo, introduje uno de mis dedos en su interior, seguidamente otro, los movía de forma que sabía le iba a gustar.

Sin tiempo que perder, me puse en pie, cuidadosamente le puse a cuatro patas sobre el sofá y sin que lo esperara comencé a penetrarla, en esta ocasión de forma cuidadosa, no quería hacerle daño ni a ella ni al bebé.

Con cada embestida, ambos gemíamos, la necesitaba más que a nada en todo el mundo.

Me indicó que quería que parara para cambiar de posición, me sentó de un empujón en el sillón para ponerse a horcajadas sobre mí, comenzó a mover sus caderas como solo ella sabía mientras que yo masajeaba sus pezones tan duros, tan perfectos. Me llevé uno a la boca, seguidamente el otro... cuando menos lo pensamos ambos llegamos a un orgasmo necesario por parte de ambos.

Nos recostamos sobre el sofá para recuperar el sentido, la miré fijamente y me arranqué a decirle lo que tanto quise decirle.

—Ella...

—¿Qué? —Dijo con la voz entrecortada aun intentando recuperar el sentido.

—Te quiero.

—Yo también.

Y con esa confesión nos fundimos en un beso, tierno, lleno de amor y complicidad.

Paseaba con Ella por las calles de Milán, íbamos de la mano, como solía ser frecuente en los últimos tiempos. Hablábamos de temas cotidianos y también ultimábamos los últimos detalles de Bella, que no tardaría en llegar. Nuestra relación iba viento en popa, vivíamos juntos, compartíamos todo y además nos queríamos, ¿Qué más podía pedirle a la vida?

Sentía que tenía una vida plena y la felicidad invadía cada poro de mi ser.

—Podemos ir a comernos un helado, parece que tengo un antojo. —Propuso mi pelirroja favorita.

—¡Vamos! —Exclamé sonriente.

De repente alguien se acercó por detrás de mí y sentí un disparo.

Abrí los ojos de par en par, el corazón me palpitaba a mil por hora quedando sentado en la cama, el sudor corría por todo mi rostro. Sentí que me iba a dar algo en ese mismo instante. Miré desesperado a Ella que se encontraba a mi lado descansando plácidamente, algo que hizo que me tranquilizara.

Me llevé las manos a la cabeza intentando recuperar el sentido. Hacía años que no tenía una pesadilla, pero esa fue más real que ninguna que había tenido.

—¿Qué ocurre? —Se preocupó Ella.

—Nada princesa... una pesadilla, voy a por agua... ¿necesitas algo?

—Que no tardes.

—No, te prometo que no.

Necesitaba levantarme, volver a la realidad, las imágenes que había presenciado me habían dejado con un mal cuerpo que me costaría dormir luego. Con la excusa de tomar agua caminé por todos y cada uno de los rincones de la casa buscando tranquilidad. Justamente lo que necesitaba en ese mismo instante.

Después de haber paseado por cada rincón del hogar, decidí que era mejor volver a la cama, Ella podría preocuparse y no era necesario que en su estado se pusiera nerviosa.

Una vez más la contemplé antes de acostarme a su lado, que afortunado era me repetía una y otra vez. Me recosté a su lado abrazándola, sentir su calor me llenaba de calma.

El rico olor de unas tostadas me despertó. Supuse que Ella estaba preparando el desayuno, juro que sus tostadas eran las mejores que jamás había probado.

—Buenos días dormilón. —Saludó desde la puerta de la habitación.

—Buenos días princesa.

—El desayuno está servido. —Dijo acariciando su ya prominente tripita.

Levanté rápidamente, me esperaba un día ajetreado, debía pasar por la obra del hotel y ver el progreso, con tanto trabajo que se me acumulaba entre el papeleo, la construcción del hotel y demás asuntos del nuevo negocio, no me había percatado de que transcurrieron seis meses. Meses que para mí fueron días.

Ya sentados preparados para tomar el desayuno, observé a Ella, tenía unas ojeras enormes y se encontraba bastante cansada a la par que hinchada. No quería quedarse en casa y descansar como debía de hacer con el tiempo que ya tenía, al contrario, siempre me salía con que no iba a darse de baja en el trabajo.

—Sé lo que me vas a decir, pero creo que es hora de que te quedes en casa y descanses Ella...

nuestra hija llegará de un momento al otro y necesitas descansar.

—Ya hemos hablado de esto un millón de veces Elio.

—Creo que es conveniente, tu cara refleja el estado en el que te encuentras, creo que necesitas...

—Antes las mujeres prácticamente daban a luz en los trabajos, puedo con esto y con más Elio. Sabes que amo mi trabajo, no me imagino aquí encerrada viendo las horas pasar hasta que llegue Bella.

Suspiré resignado, hablar de ese tema con ella era un asunto perdido, siempre me decía lo mismo y yo también, entrabamos en una espiral de la que no podíamos salir.

Me preparé para salir al hotel, debía supervisar todo, cuando escuché un grito desde la cocina.

—¡Elio! ¡Elio!

Corrí como pude hacia donde estaba Ella; al llegar pude ver lo que estaba ocurriendo, ¡había roto aguas! Empecé a dar vueltas en el mismo sitio, como un perro que se quería morder su propia cola.

—Está bien, está bien que no cunda el pánico.

Corrí hacia la habitación de la niña y tomé una maletita con todas las cosas ya preparadas, pasé por la cocina y salí de casa para bajar por las escaleras, a punto de bajar el primer escalón caí en la cuenta de algo más importante que nada... ¡Había dejado a Ella atrás!

Volví a casa a buscarla, su cara era un poema, respiraba y reía, respiraba y reía, yo también respiraba como si eso la ayudara a ella a no sentir más dolor.

Se apoyaba en mí para caminar, supongo que los dolores la estaban matando, pero ella se mantenía dura como una roca, aguantaba el dolor como nadie, mientras que yo de una gripe ya pensaba que iba a pasar a mejor vida.

Llegamos al coche y le puse el cinturón como pude, con miedo a lastimarla. Encendí el coche esperando encontrar la calma suficiente que me ayudara a conducir, sin dejar de respirar como ella me dirigí hacia el hospital.

Nos vinieron a buscar con una silla de ruedas para que ella no caminara, el trato de todos en el hospital era bastante bueno, supongo que porque sabían por lo que estaba pasando la madre.

Sin dejar de tomarle de la mano nos llevaron a la sala de partos, sentía miedo, ganas de llorar y felicidad a la vez, no puedo explicar con palabras como se siente uno en esas circunstancias.

Le inyectaron algo que dijeron que era para que sintiera el menos dolor posible, al ver la aguja pensé en que probablemente yo hubiera salido corriendo por el pasillo desnudo.

No me aparté de su lado en ningún momento, ella me apretaba la mano con mucha fuerza y sin dejar de hacer lo que le indicaban los enfermeros y el doctor.

Todo iba demasiado rápido, o tal vez esa era mi percepción. De repente vi la imagen más hermosa del mundo, mi bebé en brazos de una de las enfermeras, aun cubierta de sangre.

La limpiaron un poco antes de ponerla sobre su madre, me emocioné ante la tierna imagen, mi bebé y la mujer de mi vida juntas, las personas que más amaba en mi vida.

—Es preciosa. —Dijo su mamá con una enorme sonrisa.

—Es la niña más bella del mundo.

Ya en planta, Ella se encontraba descansando, mientras que Bella se encontraba en la pequeña cunita del hospital al lado de nosotros.

—Hola preciosa... yo soy tu papá. —Me presenté mientras acariciaba su cabecita.

Puedo decir que acababa de conocer el amor a primera vista, ese del que tanta gente dice que no existe... aseguro que sí y es lo más hermoso que le puede ocurrir a cualquier persona.

La pequeña comenzó a llorar, yo la calmé entre mis brazos y entonces fue cuando comprendí

que la protegería para el resto de mis días.

Cada día al lado de Bella, era un aprendizaje nuevo, conocer cuando lloraba porque tenía hambre, el pañal sucio o simplemente porque estaba incomoda no fue tarea fácil, llevaba tiempo y paciencia, mucha paciencia. Yo que ni por asomo pensé en ser padre, me estaba adaptando a las mil maravillas.

Contaba con solo dos meses, pero parecía que llevaba a nuestro lado desde siempre. Ella y yo nos congeniábamos a las mil maravillas, éramos un equipo y que decir de ella como mamá, no tenía ningún pero, buena madre, buena mujer, no podía pedirle más a la vida.

Por suerte por mi insistencia y presión conseguí que el hotel finalizara en la fecha acordada, así que esa noche era la inauguración. A Ella le recomendaron en el trabajo una niñera para que se quedara cuidando de la pequeña Bella. Teníamos miedo a llevarla siendo tan pequeña, así que mejor dejarla en casa.

La niñera era una chica joven, probablemente una universitaria que trabajaba de ello para sacarse unos euros, llegó puntual, así que ya había ganado puntos.

Hacía tiempo que no me vestía de forma elegante, así que, al verme en el espejo, me sentí extraño. Esperé a Ella en el salón, sabía que tardaría en prepararse.

Mientras mi amada acababa, yo hablaba con la chica sobre su vida, le preguntaba de donde era, a que se dedicaba... queriendo saber algo más de con quien se iba a quedar mi hija.

—¿A qué te dedicas? —Curioseé.

—Estudio educación infantil.

—Genial, es normal entonces que te gusten tanto los niños...

Ella apareció en el salón, llevaba un vestido negro largo, sus hombros quedaban al descubierto, el pelo recogido y los labios rojos, muy rojos, estaba espectacular.

—¡Estás preciosa! —Alabé prácticamente con la boca abierta.

Se dio una vuelta sobre sí misma para que la viera desde todos los ángulos, la veía más espectacular que nunca.

Nos despedimos de Bella asegurándonos de que se quedaba tranquila y de la joven chica. Pusimos rumbo al garaje donde se encontraba el coche y abrí la puerta como siempre hacia.

Conduje hacia el hotel estacionando en el garaje donde los clientes podían aparcar. De repente el miedo comenzó a invadirme, por mi cabeza rondaban las imágenes de la pesadilla que tantas veces tenía... ¿Sería una premonición?

—¿Te ocurre algo? —Preguntó Ella mientras ponía su brazo sobre mi hombro.

—No preciosa, solamente estoy algo nervioso por la inauguración.

—Va a salir todo genial, ya verás. —Me tranquilizó.

Tomé su mano con seguridad para dirigirnos a la puerta principal, debía hacerme algunas fotos para el recuerdo y también atender a los invitados.

De la mano siempre de mi amada, contemplé las enormes y elegantes letras doradas que decían Bella Milano. Le había dicho a Ella que el hotel se llamaría Milano hotel, pero al ver el nombre me miró orgullosa.

—Es... es precioso Elio, lleva el nombre de nuestra hija.

—Al fin y al cabo, será de ella. —Indicó.

Con esas palabras, comenzaron a llegar los invitados, presentaciones por aquí, posados por

allá entrevistas para algunos medios... todo era muy nuevo para mí, pero teniéndola a Ella a mi lado todo era más fácil.

Disfrutaba de tanto esfuerzo que había puesto en ese proyecto, merecía la pena empezar algo de forma legal y digno.

Ella hablaba con todo el mundo, una mujer muy sociable, además de ser alguien con quien se podía hablar de cualquier tema. Contemplaba sus gestos, sus sonrisas, simplemente era perfecta.

Llegó el momento de dar una pequeña charla, odiaba hablar en público, algo que me daba bastante pánico, sentía miedo de equivocarme o simplemente de parecer tonto. Ella se dirigió a mí y me colocó la corbata.

—Relájate y disfruta... saldrá todo genial. —Me animó.

—Lo sé, tú estás aquí. —Aseguré mientras el daba un beso en la frente.

Subí a la tarima que habían preparado en el recibidor del hotel, mientras subía cada peldaño repasaba de forma mental lo que debía decir.

—Buenas noches, señoras, señores... estoy muy contento de que estén aquí, debo agradecerles su presencia en este proyecto que comenzó como un cambio de vida total, hasta hace unos meses mi vida era totalmente distinta. —Comenté mientras miraba fijamente a Ella buscando su aprobación—. Y aquí estoy ahora, empezando un sueño por el que llevo meses luchando, todo se lo debo a Ella... mi mujer... porque sin ti nada sería posible.

Bajé de la tarima y me acerqué a ella, saqué del bolsillo de mi chaqueta un anillo que hacía tiempo había comprado para Ella, pero jamás me atreví a dar el paso. Puse una de mis rodillas en el suelo y proseguí.

—Ella, sé que he cometido errores y que en el pasado no me porté lo bien que merecías, pero... ¿quieres casarte conmigo?

Se tomó unos instantes para reaccionar, ante mi propuesta. Finalmente asintió con los ojos llenos de lágrimas y fue entonces cuando descubrí el segundo mejor día de mi vida.

Todo el mundo aplaudía y nos felicitaba por la gran noticia, nosotros agradecíamos a todo el mundo el mundo que se acercaba, pero Ella y yo sentíamos que solo existíamos nosotros.

A partir de ese mismo instante, nuestra vida se basaría en arreglar papeles, papeles y más papeles, así que el tiempo pasaría volando.

Al fin llegó el gran día, no dormí nada la noche anterior, era cuestión de horas que se cumpliera uno de los días más importantes de mi vida, después del nacimiento de Bella.

Tras mucho suplicarle al cura que nos casaría, finalmente aceptó que pudiésemos tener dos padrinos, Giovanni llevaría a Ella al altar y a mí Fabio, mi fiel amigo de aventuras y desventuras.

Me encontraba en una de las habitaciones del Bella Milano, por eso de que el novio no debía de ver a la novia, sinceramente me parecía una estupidez ya que jamás creí en nada de esas supersticiones, pero Ella sí y debía respetar sus creencias, al igual que jamás pensé en casarme por la iglesia, ya que jamás creí en Dios. Para ser exactos había llevado una vida más cercana al infierno, pero aun así no me importó cumplir con la ilusión de la que ya consideraba mi esposa.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación, abrí de forma inmediata más bien esperando a que fuera mi amigo, llevaba rato intentando ponerme la pajarita, pero no lo conseguía, las manos me temblaban y sudaba a mares, así que un poco de ayuda no me venía nada mal.

Efectivamente era Fabio que al verme no pudo reprimir las lágrimas, se emocionó al verme ya vestido, intenté por todos los medios no llorar yo también era una situación bastante nueva para ambos, ni en los mejores sueños habiésemos dicho que yo “El Diablo” me iba a casar.

—No me puedo creer que esto esté a punto de ocurrir. —Confesó mi amigo.

—Ni yo, creo que todo esto es un precioso sueño del que ahora mismo voy a despertar.

—Aseguré mientras reprimía las lágrimas.

—Bueno no nos pongamos sentimentales, hoy es un gran día de celebración.

Haciendo caso de las palabras de mi amigo, lo hice entrar para que me ayudara con la maldita pajarita. Miles de recuerdos y de vivencias pasaron por mi mente como si lo viese en una película, desde mi complicada infancia, hasta mi vida pasada como alguien maligno y sin sentimientos, hasta ese instante, que allí esperaba el momento en el que me casaría con la mujer de mi vida y la madre de la persona más importante para mí.

Hablábamos para relajar el ambiente, reíamos y por qué no, brindábamos por lo que estaba por venir.

El botones del hotel me llamó para avisarme de que ya el coche nos esperaba en la entrada, antes de salir llamé a la lujosa finca donde celebraríamos el convite para asegurarme de que todo estaba ok.

Con la seguridad de que todo iba sobre ruedas, abandonamos la habitación. Fabio me ofreció su brazo como si yo fuera la novia y con mucho gusto le di el mío para salir como si fuéramos madrina y novio. Sonreímos por la situación.

A las afueras se encontraban algunos curiosos deseando ver quién era el afortunado o la afortunada, piropos de algunas señoras nos hicieron presagiar que pensaban que éramos los novios.

—¡Guapos, guapos! ¡Vivan los novios! —Gritaban al unísono.

A pesar de que en Italia las parejas homosexuales no podían contraer matrimonio, sí podían optar a la unión civil, así que muchas personas celebraban esa unión, una injusticia muy grande que personas que se aman no pudieran ser marido y marido o mujer y mujer, con el tiempo había comprendido que lo más importante en la vida era el amor, el resto era secundario.

Después de agradecer con un gesto las palabras de la gente que nos alababan, entramos al

coche, ahí el nerviosismo comenzó a ir en aumento, la iglesia se encontraba a escasos minutos, así que estaba a ese tiempo de que mi vida cambiara.

Ese día todo me parecía mucho más bonito todo, las calles, las personas, todo. Nuestro Mercedes Clase E paró en la misma puerta de la gran iglesia que elegimos. Con las pulsaciones a mil por hora salí del vehículo y entré en aquel lugar, no había mucha gente, algunos empleados cercanos del hotel, algunos amigos cercanos del trabajo de Ella y poco más, solamente nos teníamos el uno al otro y lo más importante, la teníamos a ella, nuestra pequeña Ella que apenas contaba con unos meses.

Llegué al altar con el mismo nerviosismo, no conseguía relajarme por más que lo intentaba, me sentía inquieto y contento a la par, además aun debía esperar a que llegara la novia, ya que ellas siempre se retrasan en estas ocasiones.

Cuando quise darme cuenta la música comenzó a sonar y todos se pusieron en pie, ahí al fondo apareció Ella, mi sonrisa probablemente llegara de un extremo de mi cara a otra, lucía igual que una princesa, llevaba un vestido que dejaba al descubierto sus preciosos hombros, ajustado hasta la cintura y amplio del resto, pude notar a lo lejos que llevaba detalles rojos en el vestido haciendo juego con sus zapatos, sus labios y su pelo color fuego, llevaba un peinado con el cabello recogido que la hacía parecer sacada de un cuento de hadas. Quise salir corriendo y besarla. Mis piernas y mis manos temblaban y otra vez esas malditas granas de llorar, miré al techo para controlar que no me saliera ni una sola y tomé aire.

Tras de Giovami y Ella, pude ver como la pareja de él llevaba a la pequeña Bella en su carrito, a cada paso que daban ellos la niña también daba un paso.

Cuando llegó a mi lado la miré fijamente.

—Estás guapísima. —Alabé—. Te amo.

—Tú también lo estás, también te amo.

Me aseguré de que Bella también estuviera cómoda en su carrito que se encontraba a mi lado, le sonreí y ella me devolvió la sonrisa diciéndome algo que no entendí pero que me dieron unas ganas de comérmela a besos que no podía con ellas.

La ceremonia comenzó, el señor cura comenzó a hablar, toda mi atención estaba puesta en las dos mujeres de mi vida, no paraba de recordarle a Ella lo mucho que la quería y lo guapa que estaba.

Tras rezar, leer algunos pasajes de la biblia, etc, llegó el momento más importante, nos pusimos las alianzas y nos dimos los respectivos sí quiero, la besé como si solamente existiéramos nosotros tres, para mí no había nadie más.

La gente se puso en pie y comenzó a aplaudir, con el ruido la niña comenzó a asustar, supongo que el bullicio la asustó, era tan pequeña... no entendía nada de nada, fui a por ella a su carrito para que se tranquilizara.

La tomé en mis brazos, pero seguía llorando, se sentiría agobiada, la mecí a modo de tranquilidad. Cuando de repente escuché un ruido que no venía procedente de los invitados, unos hombres irrumpieron en la iglesia, a simple vista se veía que venían armados, me apuntaron con sus armas y yo instintivamente di la espalda para proteger a mi bebé, sentí ruidos de balas y abracé fuertemente a mi bebé que no paraba de llorar, cerré los ojos para que todo acabara de una vez, la gente gritaba y salía corriendo otros sentí que se acercaban, pensé que todo había acabado.

Abrí los ojos y giré mi cara, Fabio vino a por mí.

—Elio, Elio... ¿Estás bien? ¿Te ha dado alguna bala? —Gritó con desesperación.

Lo primero de lo que me aseguré fue de que mi bebé no tuviera ni un solo rasguño, efectivamente estaba sana y salva, se la di a él para asegurarme de que Ella se encontraba bien.

Miré a mi lado, no estaba, sentí como había gente de rodillas intentando ayudar a alguien, me negaba a mirar al suelo, no Ella no era esa persona, seguramente había salido corriendo tras esos delincuentes, el pánico invadió todo mi ser y apenas me podía mover del lugar.

Cuando finalmente miré, el corazón se me detuvo por un momento, Ella se encontraba delante de mí acostada en el suelo en un charco de sangre, su vestido blanco había tornado a rojo, me tiré al suelo con desesperación.

—¡Ella... Ella! —Gritaba sin consuelo.

Le movía para que reaccionara, le besaba para ver si así daba alguna señal de vida, por la posición pude entender que intentó protegernos a nuestra bebé y a mí. Fue entonces cuando todo me empezó a parecer lejano, las voces las escuchaba cada vez menos y todo se volvió negro.

Desperté sobresaltado, me encontraba en una cama que reconocí al instante que no era mía, miré a mi alrededor buscándola y grité llamándola una y otra vez.

—¡Ella! ¡Ella!

La puerta de la habitación se abrió de par en par, allí apareció Fabio, aun llevaba la ropa de mi boda y restos de sangre. Me miré la mía y se encontraba de igual forma, pero sobre todo mis manos, las tenía llenas de sangre, no solo literalmente sino también en el sentido figurado.

—¿Dónde está Ella? —Chillé como un energúmeno mientras agarraba de la camisa a mi amigo.

—Elio... tranquilízate, no hay tiempo que perder... —¿Qué dices? No entiendo que dices.

—Ella ha muerto Elio, unos hombres entraron en la iglesia y dispararon, Ella se puso delante de ti y de la niña para protegerles.

Me llevé las manos a la cabeza, no podía creer lo que estaba escuchando, me tiré al suelo desesperado por lo que acababa de escuchar, creí que había despertado de un mal sueño, pero era la realidad.

—Soy un asesino. —Lamenté—. He matado a la mujer de mi vida.

Lloré, grité, lloré, grité y me lamenté, no sé muy bien el orden, pero lo que sí estaba claro es que me encontraba fuera de mí, sentí enloquecer, después de escuchar esa noticia.

—¡Escúchame! —Vociferó mi amigo—. ¡Escúchame! Debes abandonar el país ahora mismo, te he conseguido unos billetes de avión dirección al sur de España, ahí viven unos amigos de mi familia, les he dicho que vas a ir, te están esperando.

—No puedo... no puedo... me quiero ir con Ella...

En esta ocasión mi amigo me levantó del suelo y me agarró fuertemente de la camisa para hacerme entrar en razón.

—Tienes una hija por la que luchar ¿entendido? Esos hombres te están buscando, quieren acabar contigo.

—Ya lo han hecho Fabio, que haré ahora sin Ella... me quiero ir con Ella... —Repetí sin entrar en razón.

—¿Quieres que maten a Bella?

Abrí los ojos de par en par, eso era lo peor que podría haber escuchado jamás.

—¿Cómo te atreves? —Grité desesperado.

—Pues entonces escucha, cámbiate de ropa, cambia a la niña y diríjense al aeropuerto, deberán empezar una vida lejos de aquí, yo seguiré llevando el tema del hotel y cada cambio que haya te avisaré... no es conveniente que te quedes aquí Elio. Cuanto más lejos estés de aquí mejor.

Bajo la desesperación obedecí a lo que me dijo Fabio, debía proteger a mi bebé por encima de todo, ella no pidió venir al mundo y solo necesitaba protección.

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha matado a Ella? —Pregunté con lágrimas en los ojos mientras me

vestía con alguna ropa que me había dado mi amigo.

—No se sabe... puede que los Cannavaro o tal vez los hombres de Alessia... —Aseguré.

No me podía creer lo que me estaba ocurriendo, hacia bastante tiempo que había dejado atrás ese mundo, había cambiado por completo mi vida, ni siquiera tenía el mismo número telefónico, ¿cómo pudieron rastrearme?

¿A quién quería engañar? Si me querían encontrar no lo tenían demasiado difícil, con unos meses de investigación bastaban para conocer cualquier detalle, más de una vez yo investigué el paradero de más de una persona.

Entonces fui consciente del daño que le había hecho a tanta gente, tanto sufrimiento que habían padecido todas y cada una de esas víctimas. Me arrepentí una y otra vez de lo que había hecho durante años, sentí que la vida me había devuelto el daño que tanto hice.

—Tendría que haber muerto yo... —Aseguré.

—No digas eso, ¿con quién quedaría Bella?

—Con su madre... era así como debía ser, era yo quien les hacía daño no Ella...

Otra vez las lágrimas, otra vez la desesperación, había entrado en un bucle del que no sabía cómo salir.

—Debes irte con la niña Elio... No debes perder más tiempo.

Tomé los billetes, dinero, algo de ropa en una maleta que me había dado Fabio y fui a la habitación donde se encontraba Bella, tan dormidita, tan ajena a lo sucedido. La tomé entre mis brazos.

—Te voy a proteger y a cuidar como no lo hice con tu mamá, te lo prometo. —Prometí mientras besaba su pequeña cabecita.

Con rapidez y angustia abandonamos el hogar de Fabio, paré un taxi que pasaba por la calle y pusimos rumbo al aeropuerto. Debía luchar por mi hija, aunque desde ese mismo instante sentí como una parte de mí había muerto, no iba a ser igual a partir de esa experiencia.

Tras pasar la puerta de embarque y encontrarnos en el asiento del avión caí en la cuenta que las pesadillas que tantas veces tuve, se habían vuelto ciertas, mi vida se había vuelto un auténtico infierno probablemente más que merecido para mí, pero no para mi bebé que allí estaba como si con ella no fuera el asunto, tan inocente, tan tierna... tomé su manita buscando consuelo, pero a esas alturas parecía casi imposible.

El avión despegó y yo cerré los ojos, muchas emociones en un día que tendría que haber sido uno de los días más felices de mi vida.

Horas después llegamos a un lugar situado en el sur de España llamado Málaga, allí empezaríamos una vida completamente nueva y juré proteger a mi hija por el resto de mis días.

Al bajar del avión y acercarnos a la puerta, allí se encontraba una pareja mayor, se acercaron a mí, en un principio desconfié, probablemente desconfiara el resto de mis días de todo el mundo.

—Tú debes de ser Elio ¿verdad? Bueno y la pequeña Bella. —Cuestionó la mujer con un tono dulce.

—¿Quiénes son? —Pregunté con desconfianza alejándome con Bella.

La pequeña les sonrió, pero claro ella aun no veía la maldad en la gente, podrían ser cualquiera que quisieran hacernos daño.

—Somos Alessandro y Valeria Carusso. —Indicó Alessandro.

—¿Qué quieren de mí? —Cuestioné a punto de perder la cabeza.

—Somos amigos de la familia de Fabio, lo conocemos desde hace muchísimos años, puedes confiar en nosotros, todo lo que venga de él es como si de nosotros se tratara. —

Explicó Valeria.

Comencé a llorar con desesperación, aun no era muy consciente de todo lo que me estaba ocurriendo.

—Vamos cariño, necesitas un descanso. —Aseguró la señora.

Simplemente me dejé llevar, ya nada podía ir a peor, estaba en un país que no era el mío y mi única salvación eran esas dos personas que acababa de conocer.

Pusimos rumbo a su coche, mientras caminaba, la señora me dedicaba palabras de consuelo y cariño, conocía la cercanía de las familias italianas, pero jamás que fueran tan hospitalarios y eso que yo también procedía del mismo lugar.

No tardamos en llegar al pueblo donde ellos residían, Bella había dormido todo el trayecto, por suerte ellos disponían de la sillita reglamentaria para que pudiera viajar, ya que también tenían nietos así que se encontraba cómoda y confortable.

Al llegar, me enseñaron todo lo que debía saber del que sería mi próximo hogar de residencia, volví a entrar en estado de shock cuando volví a la realidad, ni siquiera podría estar en el entierro de la mujer de mi vida, estaba viviendo un castigo por tanto daño ocasionado y lo peor de todo es que lo tenía merecido, lo que no me entraba en la cabeza de ninguna de las maneras es por qué no ocupé el lugar de Ella y para ser francos puedo decir que la persona que se queda en la tierra es la que sufre y vive un calvario.

Valeria tras tranquilizarme como pudo me llevo al apartamento en el que viviríamos Bella y yo. Un espacio pequeño pero que desde el primer momento sentí seguro.

—Muchas gracias por todo señora, prometo que no le defraudaré. —Agradecí.

—Creo en el cambio de las personas y sé que debes de estar pasándolo muy mal. Me recuerdas muchísimo a uno de mis hijos así que podrás contar con nosotros para todo lo que necesites. Nosotros en el piso de arriba, cualquier cosa que necesites no tienes más que llamarme.

La abracé como si fuera mi propia madre. Esa mujer me inspiraba confianza y serenidad, justo lo que necesitaba en ese mismo instante.

Decir que meses después volví a Italia, que rehíce mi vida y que por fin conseguía ser feliz, pero sería mentir de mala manera, lo único que me mantenía con vida era Bella, que con el transcurrir del tiempo se había convertido en una niña de diez años. Años que pasaron como si fueran meses, parecía que mi vida se paralizó en el momento en el que la perdí a ella, mi sol, la luz que iluminaba mi oscuridad.

Mi hija era un vivo retrato de su madre, llevaba el pelo largo pelirrojo y sus ojos tenían la misma mirada, en mis momentos de angustia me reconfortaba mirarla. Bella era una niña responsable, aplicada y cariñosa, poca o ninguna queja tenía de ella, la adoraba con todo mi ser y a pesar de todo lo horrible que había sucedido en mi vida, agradecido me sentía por ese regalo tan grande.

En ocasiones parecía que era mi madre, me reprendía cuando algo no le parecía bien con su respectivo acento andaluz que tanta gracia me hacía, yo como siempre hacía el que no se enteraba para obligarla a hablar su lengua materna y paterna pero siempre finalizaba con alguna expresión de la tierra.

Por suerte podía dedicarle todo el tiempo del mundo a mi hija, ya que con las ganancias del hotel nos daba para vivir y nos sobraba, quería que Bella llevara una vida sencilla, sin ninguna riqueza, que a pesar de ser la heredera de un gran hotel pudiera ser alguien con unos valores en sencillez y modestia, nada que tuviera que ver con mi pasado, ese que tan lejano parecía.

A pesar de la distancia, mi relación con Fabio no se había destruido para nada, era mi mano derecha en todos los sentidos y mi pañuelo de lágrimas en mis días grises, cada semana le ordenaba visitar la tumba de Ella y que le pusiera flores frescas, que jamás se viera descuidada o triste. He de confesar que incluso en la actualidad, llevo el anillo de bodas en mi dedo, jamás la olvidaré, fue, es y será mi mujer, mi único amor, aunque varias mujeres se habían interesado en mí, yo basaba toda mi atención y mi prioridad a Bella, sentía que aún estaba unido a Ella, como si siguiéramos juntos solo que en distintos planos.

Un día fui a buscar a Bella al colegio, como siempre su sonrisa irradiaba felicidad siempre que me veía y yo sentía un orgullo indescriptible. En esta ocasión decidí darle una gran sorpresa, ya casi finalizaba el curso y ya no tenía más exámenes a los que asistir, así que tras meditarlo una y otra vez me atreví a dar el paso.

—¿Cómo está la hija más bella del universo? —Pregunté mientras le daba un beso en su frente.

—¡Bien! Ya por fin me han dado la nota del último examen.

—¿Y qué tal esas notas? —Cuestioné sabiendo perfectamente el resultado de su esfuerzo.

—¿Por quién me tomas? He sacado un nueve en matemáticas... si es que soy la mejor.

—Bromeó.

A veces tenía ocurrencias mías, como esa respuesta; me hacía reír además de llenarme de orgullo.

—Te tengo una sorpresa en el coche. —Indiqué.

—¿Qué es? ¿Qué es? —Curioseó mi bella hija.

—Cuando lleguemos al coche lo verás.

Me tomó de la mano y pusimos rumbo al vehículo, le abrí la puerta del copiloto como siempre

le hacía a su madre, ella agradeció con un gesto que tanto me recordaba a Ella.

En su asiento había un sobre, que sin esperar a que le diera la orden abrió.

—¡Dos pasajes a Italia! —Gritó eufórica.

—¡Sí! Por fin conocerás tus raíces. —Indiqué.

—Por fin conoceré dónde está mamá. —Sonrió.

La abracé, tan fuerte que temí hacerle daño, pero es que la amaba tanto que a veces no lo podía controlar.

Al llegar a casa corrió hacia el piso de los Carusso para contarle la buena noticia, que decir de ellos, solamente que siempre estuvieron a nuestro lado sin pedir nada a cambio, yo que era el Diablo me encontraba rodeado de ángeles.

Saldríamos ese mismo fin de semana y estaríamos un par de semanas para que Bella conociera todo, siempre dentro de un orden, jamás le contaría cual era mi antigua profesión.

Aunque aún faltaban algunos días, Bella desde ese mismo momento de volver de darle la noticia a su “familia” comenzó a hacer su maleta, pude ver la ilusión y el nerviosismo en su precioso rostro.

Bella marcaba cada día que transcurría en el calendario que teníamos en la cocina, rodeaba el número con desesperación, como si no viera llegar el momento.

Recuerdo que la noche anterior de viajar no pudo dormir, algo similar a lo que me ocurrió a mí, nerviosismo, incertidumbre y por qué no... miedo, de repente el pánico me invadió, que pasaría si ellos se enteraban de nuestra vuelta, he de decir que jamás se supo quién fue el causante de la muerte de Ella, incluso después de tantas investigaciones, nunca se supo nada más, siempre viví con esa pena, no saber quién acabó con mi felicidad me frustraba.

Al día siguiente y ya en el aeropuerto, Bella y yo nos encontrábamos nerviosos, impacientes, deseando llegar ya, recordé cuando llegué por primera vez a Málaga, no sabía nada de aquel lugar que se había convertido en mi hogar. Con una mezcla de sensaciones embarcamos en nuestro vuelo.

A cada rato le preguntaba cómo se encontraba a Bella, era la primera vez que tomaba un vuelo después del que nos trajo a aquella tierra, así que no podía esconder su emoción, a cada rato miraba por la ventana.

—¿Falta mucho? —Preguntaba con desesperación.

—No, ya no queda mucho. —Decía a cada rato.

Dos horas y media más tarde, nos encontrábamos en el aeropuerto de Milán, miles de sensaciones, emociones y vivencias invadieron mi ser, otra vez en el punto de partida. Agarré fuertemente a mi hija, para encontrar consuelo y apoyo en ella, le sonreí como si todo fuera sobre ruedas, pero lo cierto era que estaba muerto de miedo.

Como era de esperar, mi gran amigo Fabio se encontraba en primera plana esperando a que apareciéramos en la parte de llegadas del aeropuerto. Al divisarlo entre la multitud le saludé con un gesto con la mano.

—Bella, mira, ahí está Fabio. —Revelé.

La niña sin pensarlo corrió hacia donde estaba y lo abrazó, pude ver la emoción en su cara, los ojos se le aguaron al contemplar a mi hija, sin palabras y solo con mirarnos supe lo que pensaba, es igual a su madre. A pesar de no haberse visto nunca en persona, siempre hablaban por videollamadas y notas de audio, se llevaban muy bien.

Cuando acabaron de abrazarse yo hice lo mismo por mi parte, sentía unas ganas inmensas de verle, mi único amigo, mi fiel compañero...

—Por favor no quiero llorar. —Supliqué para que no soltara ni una lágrima.

—No, no... ya se me pasa... —Me tranquilizó mientras se pasaba las manos por los ojos—. ¿Qué tal el viaje?

—Ha sido asombroso, nunca había viajado en avión. —Aseguró la pequeña.

Ambos sonreímos por la aportación de Bella y sin tiempo que perder nos dirigimos al hotel, quería que conociera lo que en un futuro sería de ella. Consciente de que aún no entendería del todo el concepto de negocio, solamente me dediqué a explicarle que era el trabajo de papá.

Llegamos al que sería nuestro hogar durante nuestra estancia en Milán; después de enseñarle el edificio a mi hija, nos dirigimos a la terraza del hotel para tomar algo y ponernos al día mientras la niña jugaba en la piscina.

Ya solos quise confesarme con mi amigo, había temas que no quería tocar con Bella, puede que por cobarde o tal vez porque no quería que se le cayera un mito al enterarse de mi pasado.

—Tienes una hija preciosa Elio. —Alabó Fabio.

—Hace honor a su nombre, tanto por dentro como por fuera. —Aseguré—. Tengo tanto miedo...

—Pero de qué exactamente... vives lejos de todo tu pasado, nada debes de temer.

—A día de hoy no me ha preguntado cómo murió su madre... supongo que también será porque cada vez que la nombra... no paro de llorar.

Tomé una bocanada de aire antes de que apareciera ese nudo en mi garganta que tanto me dolía y tantas veces sentía.

—Tranquilo Elio, todo a su debido tiempo... sino siempre podrás inventar algo...

—No quiero mentirle... jamás lo he hecho... —Aseguré mientras miraba hacia la piscina atento a la niña.

—Es una chica fuerte, ya verás cómo entenderá tu cambio.

—Esperaré a que sea mayor de edad para hablar con ella, creo que será lo mejor. —Indiqué.

Después del duradero baño de Bella en la piscina, pusimos rumbo a comer por los alrededores para que conociera todo, cada calle, cada aroma... todo me recordaba a mi amada, la melancolía invadió mi ser y con ella la tristeza.

—Papi, estoy muy cansada. ¿Volvemos al hotel? —Propuso la niña de mis ojos.

—Mi amor, claro que sí, mañana iremos a ponerle flores a mamá, ¿vale?

Mi niña asintió con una sonrisa que era la que hacía que me levantara en cada caída, la que me llevaba al cielo cuando me encontraba en el infierno. Caminamos de vuelta mientras me contaba lo mucho que le había gustado lo que había visto en la ciudad.

Efectivamente, la pequeña estaba agotada de todo el ajeteo del día, me pidió que me acostara con ella en la cama para descansar, pero allí me encontraba yo, con los ojos más abiertos que un búho, se acercaba el momento de conocer el lugar donde estaba enterrado el cuerpo de mi amor, sentí de alguna manera que la volvería a ver, iluso de mí.

Me levante cuidadosamente para que mi pequeña no se despertara, verla dormir me hacía sentir muchísima ternura por ella y verla como cuando era un bebé, suspiré ante la idea de lo poco que me faltaba para que se hiciera una jovencita totalmente independiente.

Sentimentalismos aparte, me senté en la silla que se encontraba delante de un escritorio, tomé un folio en blanco de uno de sus cajones y un bolígrafo que se encontraba en el mismo lugar; tomé aire para tranquilizarme por lo que estaba a punto de hacer, quería que las palabras fluyeran y que fuera mi corazón quien hablara en esos instantes.

Mi amor, después de diez años aquí estoy, no sé si estas palabras llegaran a algún lado, pero quería escribir lo que no soy capaz de decir. Aún recuerdo tu carita sin vida, parecía que estabas dormidita, no sabes lo mucho que me arrepiento de no haber estado contigo en el

duelo, pero es que debía huir con la niña, era nuestra única salvación. Solamente espero que quien te haya hecho esto lo esté pagando con mucho sufrimiento.

Mi esperanza me dice que estás esperándome ahí en ese paraíso junto a tu familia y la mía, pero cariño mío te aseguro que la vida en la tierra es muy dura sin ti, todo es muy complicado, juro que cada día me levanto intentando buscar un consuelo y lo único que me lo mantiene es nuestra pequeña... te juro que cada vez se parece más a ti y a mí el pecho se me llena de orgullo. Estoy seguro de que nos estás cuidando desde allá arriba, porque así lo he sentido en algunas ocasiones; pero no sentir tus besos, tus abrazos tu piel... me hace sentir ganas de tirar la toalla.

Después de ti no he podido estar con nadie más, a mi parecer ninguna mujer se te asemeja y me he centrado en criar a nuestra hija con unos valores que me han tocado aprender desde cero.

Solamente quiero darte las gracias; gracias por ser la madre de lo más grande que tengo en mi vida, gracias por haberme enseñado lo que es amar y gracias por elegirme a mí para ser tu marido, porque siempre lo seré.

Me despido antes de que nuestra pequeña se despierte y me vea llorando, porque sé que eso le hace daño. Te amo mi amor.

PD: Perdón por todos y cada uno de los momentos malos que te hice vivir, fui un estúpido por no valorar lo que tenía a mi lado y que tanto añoro en la actualidad... Siempre tuyo.

Tu Diablo.

Cuando quise darme cuenta, algunas gotas de mis ojos habían caído sobre el papel haciendo que algunas letras se corrieran, me sequé como pude los ojos y las mejillas por si mi hija se despertaba; doblé en varias partes la carta tan emotiva que le había escrito a Ella y lo metí en la chaqueta que llevaría al día siguiente.

—Papi, ¿Dónde estás? —Preguntó Bella desde la cama algo desorientada.

—Ya voy cariño, no me he ido a ningún sitio, ya voy mi amor.

Me volví a acostar al lado de la pequeña, pero en esta ocasión para caer en un sueño profundo, escribir esas palabras me habían ayudado bastante pero aun así, no conseguí el consuelo que esperaba.

Los primeros rayos de sol invadieron la habitación, mis ojos se abrieron de par en par, unos ojos verdes me observaban fijamente.

—¡Buenos días papi! Hoy es el gran día, hoy iremos a ver a mamá.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —Pregunté aun bostezando.

—Un rato... no quise despertarte te veía tan cansado.

Sorprendido me hallaba de la madurez de Bella, sin duda alguna era un afortunado en tener una hija como ella.

Nos preparamos rápidamente para no perder tiempo, queríamos estar lo antes posible en el cementerio.

A penas pudimos desayunar por la emoción y el nerviosismo, todo era muy nuevo para ambos. Antes de poner rumbo hacia aquel lugar, pasamos por una floristería, Bella eligió unas rosas rojas, sabía que eran sus favoritas.

Instantes después llegamos al campo santo, miles de sensaciones invadieron mi ser, quería llorar y gritar, maldecir y tal vez blasfemar, pero debía mantener la compostura, mi pequeña no me quitaba ojo y yo tenía que ser su ejemplo.

—¿Estás preparada cariño? —Cuestioné mirándola fijamente.

Asintió y nos tomamos de la mano, la agarraba firmemente, ella tan ajena a mis pensamientos,

no era consciente de lo importante que era para mí que estuviera allí a mi lado, mi bastón, mi lucha constante, mi vitamina... en definitiva mi vida entera.

Nos dirigimos hacia el lugar indicado por Fabio. Allí se encontraba su tumba, tan cuidada como siempre quise que estuviera, mi amigo se encargaba de ello. Con una mano acaricié el trozo de mármol y miré hacia el cielo implorando las fuerzas suficientes para no desmoronarme delante de mi hija.

—Hola mamá... yo soy Bella, soy tu hija... bueno creo que eso ya lo sabes. —Sonrió—. Te hemos traído unas flores, las he elegido yo, espero que te gusten. Papá siempre me habla de ti con mucho amor, creo que está como se suele decir “enamorado”, también aunque no me lo diga sé que llora y mucho porque no puedes estar con nosotros, pero yo siempre le digo que estás de alguna manera. Aunque no me acuerdo de ti y solo te he visto en fotos, quiero darte las gracias por cuidarme desde donde estás y también decirte que te quiero mucho.

La niña me buscó con la mirada, mi instinto paternal me dijo en ese instante que necesitaba un abrazo, así que sin más la atraje a mí y lo hice, quería que supiera que ahí estaba, que siempre estaría para ella y que siempre la protegería. Nada ni nadie la dañaría mientras estuviera en este lugar llamado mundo.

Estuvimos un buen rato más en aquel lugar que a pesar de tantas emociones me inspiraba tranquilidad, tal vez fuera lo que yo quería sentir o tal vez lo que realmente emanaba.

Antes de marcharnos, tomé la carta que le escribí y la coloqué con mimo entre las flores con la esperanza de que donde estuviera leería mis palabras, llenas de amor y sinceridad.

Sin más mi hija y yo nos tomamos de la mano y comenzamos a caminar hacia la salida.

—¿Sabes una cosa? —Pregunté.

—¿Qué? —Cuestionó con curiosidad.

—Que te amo.

—Yo también y siempre estaremos juntos. —Aseguró.

Y con esa declaración de amor, abandonamos aquel lugar, el cual estábamos seguros que volveríamos a visitar.

Fin